

Los mejores temas

de **VIDA**
FELIZ



sobre...
Educación en familia





Handwritten text in the notebook:

September 6 to April 14, 1988
"Calendar of research"
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

Staedtler
MAKES PLASTIC
GRAND
Eraser for paper and film 3.98 \$2
Blue and silver pen

Los mejores temas

de **VIDA**
FELIZ



sobre...

Educación en familia

Dirección general
Dr. ROLANDO A. ITIN

Dirección editorial
Prof. MONICA CASARRAMONA

Coordinación técnica
Dr. NESTOR ALBERRO

Diseño gráfico
CESAR BRUGNONI

Fotografía
ARIEL LUST - RUBEN GONZALEZ



ASOCIACION CASA EDITORA SUDAMERICANA
Avda. San Martín 4555, 1602 Florida,
Buenos Aires, Argentina.

EL HOGAR COMO AGENTE EDUCATIVO

El joven hijo de un abogado comparecía ante el juez por el delito que había cometido.

—Joven —preguntó el juez—, ¿recuerda Ud. a su padre, ese padre cuyo nombre ha ensuciado?

—Lo recuerdo perfectamente —replicó el muchacho—. Cuando me acercaba a él en busca de consejo o de camaradería, siempre me contestaba: “¡Déjame! ¿No ves que estoy ocupado leyendo?” Ahora mi padre terminó de leer el libro, señor juez, y aquí me tiene Ud.

¿No es éste un caso típico de la incomunicación que se vive en muchos hogares de nuestro tiempo? ¡Cuán a menudo esa desconexión produce desorientación y soledad! El hogar pierde así la atmósfera de amistad constructiva, imprescindible para la buena formación de los hijos.

Una de las escenas más curiosas de nuestro tiempo es la que ofrecen los miembros del hogar frente al televisor, todos concentrados y silenciosos, incomunicados entre sí, símbolo elocuente del clima que prevalece en muchos hogares. Todos conectados con el mundo exterior, pero cada uno con su propio centro de interés y disociados entre sí.

Pensemos en nuestro propio hogar. ¿Promovemos el compañerismo en nuestra familia? ¿Sienten los hijos que son nuestros amigos o les pasa como al muchacho de nuestro relato inicial? ¿Estamos en condiciones de dialogar con los hijos, no importa con qué tema nos sorprendan, o tenemos temas tabúes que no queremos abordar?

Aprender a decir no

Hacía tiempo que Carlitos rogaba insistentemente a sus padres que le compraran una bicicleta. Pero éstos, sabiendo cuántos accidentes graves habían tenido otros ciclistas menores en ese barrio de calles tan peligrosas, le explicaron a su hijo: “Querido, no conviene que te compremos la bicicleta”. Pero el chico siguió con su insistencia, hasta que por fin se salió con la suya. Ya con la bicicleta en mano, rebosante de alegría, el hijo recibió todos los consejos paternos acerca de la prudencia que debía tener. Pero antes de muchos días, Carlos pareció olvidar los consejos recibidos y, como consecuencia, cierta tarde fue atro-

pellado por un automóvil. Desde entonces han pasado seis años, y Carlos todavía continúa entre la vida y la muerte. ¡Cuán importante es saber decir no a un hijo cuando pide algo inconveniente, por más lágrimas que derrame! ¿No vemos, casi cada día, padres que se condenan a sí mismos porque reconocen que parte del fracaso de sus hijos es el resultado del gobierno flojo que ellos han ejercido? Consentir en todo al hijo, darle todo lo que pide y comprarle lo que no necesita, no es señal de bondad, sino de falta de criterio para educarlo.

Aparentemente es más grata la vida del hogar cuando el hijo consigue todo lo que exige de sus padres. No hay llantos, ni ruegos, ni pataletas. El chico parece vivir siempre contento, pero lo que ocurre en realidad es que está incubando el germen de una personalidad egocéntrica y defectuosa. Y ese mismo niño, una vez crecido, seguirá siendo inmaduro, caprichoso e incapaz de triunfar en la vida. De tal suerte que los dolores de cabeza que los padres quieren evitarse hoy, los tendrán mañana, aumentados con abundancia de lágrimas y de amargura.

Mientras dormía

Era una agradable tarde de verano. El padre había salido al campo a pasear con su hijito. Y como hacía calor, el padre se acostó a la sombra de un árbol mientras el niño seguía corriendo y jugando a la vez que le traía a su papá flores silvestres que recogía de los alrededores. Pero por fin, un poco cansado, el padre se quedó dormido. Y mientras dormía, el niño se alejó de él. Cuando despertó, lo primero que hizo fue buscar al hijo, y luego de mucho andar llegó al borde de un precipicio, en cuyo fondo alcanzó a ver entre zarzas y piedras el cuerpo sin vida de su amado hijito. Bajó hasta donde estaba y tomando el pequeño cuerpo en sus brazos, comenzó a llorar y a gritar que él era el asesino, porque debido a que se había quedado dormido el chico había caído en el precipicio.

Cuántos otros padres, al igual que el del relato, están dormidos mientras sus hijos avanzan solos por caminos peligrosos, al borde mismo de una caída fatal. Padres que se confían demasiado, que son quizás

excesivamente descuidados, que dejan a sus hijos librados a sus propios caminos. Padres que desconocen la verdadera conducta de sus hijos; y que mientras descansan tranquilos, sus retoños pueden estar tomando una dirección equivocada en medio de la noche.

Padres, no renunciemos a nuestro papel de amigos, consejeros y maestros de nuestros hijos. Ellos quieren vernos a su lado, conviviendo y simpatizando con ellos. En esto consiste el delicado oficio de ser padres.

Libertad absoluta

Dos profesionales comentaban cierta acción realizada por uno de sus hijos. El padre estaba francamente disgustado y hasta enfurecido por el proceder del hijo, pero su colega le decía: “Mire, ¿quién puede decir hoy qué cosa está bien y qué cosa está mal? Si uno condena mucho a los hijos, ellos corren el peligro de pensar que nada está bien y se sobrecargan innecesariamente con un sentimiento de culpa frente a cualquier desliz que cometan”.

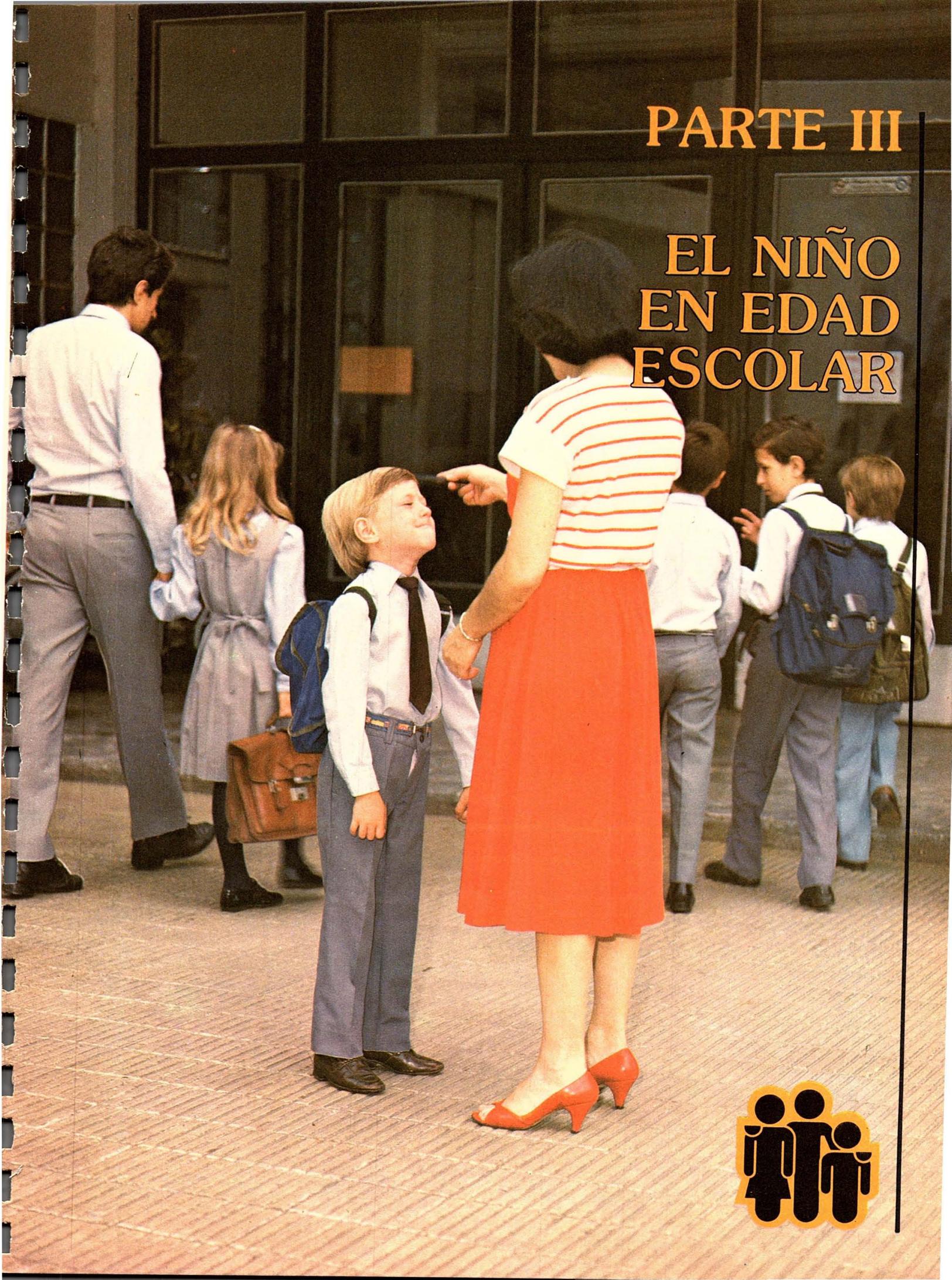
La observación de este profesional es compartida por muchas personas. Pero, ¿qué acontece cuando un hijo no es reprendido, y cuando, por no crearle traumas, sus padres le toleran los pequeños y grandes desvíos en su conducta? Sí, tal vez se críe sin sentimientos de culpa, pero no porque tenga limpia su conciencia, sino porque jamás ha tenido clara noción de lo bueno y de lo malo. Sus padres no le han señalado la diferencia entre una cosa y otra.

Pero esos mismos hijos adolescentes, cuya conciencia no les recrimina ninguna de sus malas acciones, carecen sin embargo de disciplina propia y del sentido de la obediencia. Estos son los buenos muchachitos de papá y de mamá que más tarde serán la pesadilla de los maestros, los profesores y la autoridad policial.

Nuestro mundo está necesitando desesperadamente más personas buenas, y éstas sólo podrán existir cuando tengamos el valor de condenar y evitar el mal; cuando desde nuestros hogares sepamos inculcar el bien, y cuando aniden en el alma de padres e hijos sentimientos de respeto y de amor, tanto hacia Dios como hacia nuestro prójimo.

PARTE III

EL NIÑO EN EDAD ESCOLAR



Capítulo 1

EL NIÑO VA A LA ESCUELA

¿Así que su hijo ingresó a primer grado?

Los factores perceptivos

Para que un niño aprenda a leer y escribir "Mi mamá me ama", no solamente le hace falta un cuaderno y un lápiz. Hay dos factores sensoriales que necesariamente deben darse: la percepción visual y la auditiva.

1. *Buena percepción visual.* ¡Así que este año su hijo ingresó a primer grado! Ya hace cuatro años que habla y habla sin parar, ¿verdad? Ahora es natural que sienta un deseo viviente y activo por aprender a leer y escribir. Entonces esté muy atento, porque la lectoescritura supone una percepción visual normal. Cualquier anomalía en este sentido, hará el aprendizaje difícil. Y hasta, a veces, imposible.

El necesitará percibir claramente los matices existentes entre dos letras con formas semejantes, cuya única diferencia, solamente es la orientación horizontal, como en el caso de la "p" y la "q", o de diferente sentido vertical: tal es el caso de la "b" y la "p" o la "u" y la "n"; o del tamaño, como la "m" y la "n". Estas rotaciones en las formas de los signos exigirán de su hijo una buena discriminación visual.

Además, usted observará que esta discriminación se vuelve más difícil de lograr por cuanto los signos no se presentan aisladamente, sino en palabras, y éstas en oraciones. Es natural entonces que los detalles se perciban con menos claridad.

Otro factor importante es el desplazamiento de la mirada. Ahora su hijo realizará con cada jornada escolar constantes barridos con sus ojos en una determinada dirección, de izquierda a derecha. Pero si él



incurriera en retrocesos o reversiones por problemas visuales, usted lo notará porque él cambiará sílabas de lugar y su lectura será defectuosa. Obsérvelo con cuidado mientras realiza trabajosamente sus deberes escolares. ¿No me diga que él cambia la secuencia correcta de letras o palabras en la lectura o en la escritura? ¡Escribe "sol" por "los"! ¿Lee "sal" por "las"? Y cuando escribe, ¿omite letras? Por ejemplo, escribe "sodado" en vez de "soldado". ¡Ah! entre las razones no descarte un problema visual.

2. *Buena percepción auditiva.* ¡Así que este año su hijo aprenderá a leer y escribir! Esto también implica oír bien. Las fallas en el oído se detectan menos precozmente

que las de la vista. Una lesión que afecte el órgano receptor de la audición puede provocar trastornos en la adquisición de la lectoescritura, pero son más difíciles de advertir, sobre todo cuando la pérdida auditiva es leve.

Los trastornos se notan especialmente en el dictado. Si al niño se le pronuncia "s" y no la percibe correctamente, claro está, la reproducirá defectuosamente. Por su parte, en la lectura, la descifrará mal. Al igual que con la vista, la dificultad aumenta cuando el sonido está integrado en una sílaba, palabra u oración. La diferencia de sonido entre "sopa" y "ropa" es muy sutil. Exige una buena discriminación auditiva.

Esto en cuanto a la vista y al oído. Y no se lo comenté para preocuparlo. Solamente para recordarle. O tal vez, para advertirle. Por supuesto, si me lo permite. ¿Usted está seguro de que su hijo ve y oye bien?

Los factores psicológicos

Los maestros son los profesionales de la enseñanza de la lectura y escritura. Ellos saben muy bien que mientras él no posea las estructuras que posibiliten la lectoescritura, es inútil iniciar el esfuerzo sistemático de su enseñanza.

La psicología del aprendizaje nos ayuda a comprender que alrededor de los seis o siete años el niño adquiere las funciones intelectuales, motrices y afectivas para aprender a leer y escribir. Sin embargo, dentro de este amplio margen, su hijo constituye una realidad única irrepetible. Su hijo tiene, pues, su propio tiempo, su propia madurez, su propio estilo motor y por ende su propio ritmo de aprendizaje. Usted como padre es la persona que más lo conoce y mejor lo puede comprender. No piense que porque este año su hijo ingresó a primer grado para aprender a leer y escribir, ahora toda la responsabilidad de incorporarlo a este fascinante mundo cultural es exclusivamente de la maestra. Usted como padre también tiene una participación importante. Su hijo ya ingresó a la escuela primaria, pero usted sigue siendo el principal agente educador. ¿Lo tiene pre-

sente? ¡Claro que sí! Por eso le interesará saber que además de los factores sensoriales o perceptivos ya enunciados, están también los psicológicos que intervienen seriamente en este momento especial en la vida de su hijo.

1. *Un buen conocimiento del cuerpo.* ¡Qué tiene que ver el cuerpo con la lectura y escritura! Cuando el niño tiene una correcta conciencia de su cuerpo, adquiere mayor autonomía, mayor autoconfianza. Entonces, la realidad que lo rodea es abordada con seguridad. Sitúa y distingue los objetos entre ellos y con respecto de él.

De esa realidad que lo circunda, la lectura forma parte importante. Si su hijo maneja con seguridad su cuerpo, tendrá un buen punto de referencia para distinguir las letras; la sucesión de éstas en la palabra y las palabras en la oración aparecerán de un modo estable y claro. La percepción correcta por la vista y el oído es un caso particular de la percepción corporal.

2. *Una buena orientación espacial.* Se trata de las nociones espaciales: derecha-izquierda; delante-detrás; arriba-abajo. Si su hijo tiene una correcta conciencia de su cuerpo, se situará bien en el espacio. Estas nociones son indispensables para reconocer algunas letras. Dentro de muy poco tiempo tendrá que saber diferenciar la "b", "d", "q" y "p". Estas letras sólo se diferencian por la distinta posición de la parte redondeada en el espacio del papel o de la pizarra. Son muy frecuentes los erro-

res de confundir "el" por "le" o "se" por "es", como resultado de la desorientación espacial.

Además, como se debe leer y escribir de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, es obvia la importancia de este factor, que se logra, principalmente, por la vista y el tacto. Mediante estos sentidos se capta el tamaño, la forma, la distancia, y la dirección de los objetos. Y su hijo no terminará de madurar estas nociones hasta que tenga alrededor de doce años.

3. *Preferencia de mano.* Estoy seguro de que su hijo ya sabe indicar cuál es su mano izquierda y su oreja derecha. Además, esta distinción la habrá repetido varias veces ante familiares y amistades que festejaron la hazaña. Por la edad de su hijo se supone que ya es capaz de relacionar la izquierda y la derecha fuera de su propio cuerpo. Usted ya habrá notado también que él prefiere usar una mano específica para la mayoría de las realizaciones. ¿En el caso de su hijo es la izquierda? No se preocupe. Lo importante no es que sea zurdo o diestro, sino que el predominio esté bien establecido para lograr un buen punto de referencia para situarse y orientarse. La lateralidad comenzará a afirmarse en él ahora que ingresó a primer grado.

Pero si usted observa que su hijo escribe de derecha a izquierda de un modo tal que al enfrentar la escritura con un espejo resulta perfectamente legible, entonces recurra a una consulta médico-pedagógica,

“Ya voy solo a la escuela”

Hay preguntas que preocupan a los padres desde el mismo nacimiento de sus hijos: ¿Cuándo el niño está en edad de ir y venir solo a la escuela? ¿Cuándo quedar en casa sin compañía alguna? ¿Cuándo puede administrar su propio dinero? ¿Cuándo está capacitado para efectuar diligencias en los comercios del barrio?

Tal vez usted, en la búsqueda de respuestas adecuadas a estos interrogantes, se esté internando en un laberinto de dudas y temores injustificados. Sería oportuno recordar que hasta los diez años el niño carece de pleno autocontrol. Esto no significa que no esté capacitado para llevar responsabilidades, sino que, dado el multifacético aprendizaje que debe realizar en un limitado período vital, su atención decae en algunos aspectos, y justamente en esos aspectos puede estar implícito el riesgo.

Los niños pueden asumir responsabilidades desde muy temprano. Sólo hay

que cuidar que esas responsabilidades sean consignadas de acuerdo con la *edad* y la *personalidad* del niño. Los padres protectores suelen crear un mundo de temores e inhibiciones alrededor del pequeño. Los entusiastas de la disciplina libre lo someten a presiones psíquicas y afectivas prematuras, produciendo los mismos resultados que tratan de evitar: ansiedad, inseguridad e indiferencia.

El niño no debe ser considerado como un minusválido. Se lo puede incorporar tempranamente a obligaciones y cometidos formativos. De ese modo desarrollará la autoestima, el sentido de responsabilidad, la autodisciplina, la solidaridad, el respeto por el prójimo, y hasta el valor del tiempo y del dinero. Pero la introducción en el mundo responsable debe ser hecha *gradualmente*, acorde con su edad mental y cronológica y con su personalidad.

Cuando el niño llega a los cuatro o cinco años puede quedar solo, con la

debida preparación, por un tiempo limitado y siempre que los padres regresen no más allá de lo prometido. El niño necesita esta prueba de madurez en algunas ocasiones. Pero las ausencias prolongadas y frecuentes son contraproducentes y peligrosas.

Con una educación vial elemental y bien aleccionado por los padres, el niño de cinco o seis años puede ir solo a la escuela, siempre que ésta no diste demasiado del hogar, y que no deba atravesar cruces difíciles o sortear peligros mayores.

Respecto del dinero, la mejor forma de lograr que un niño aprenda a valorarlo y a usarlo es haciendo que él “gane” pequeñas sumas por trabajos asignados, y las administre. Es claro que usted lo orientará en los errores y aciertos que cometa.

No es fácil para los padres enseñar a un niño a ser responsable. . . pero convengamos que tampoco es fácil para el pequeño aprender a serlo.



porque esa conducta puede formar parte de un cuadro más complejo.

4. *Movimiento correcto y coordinado.*

Todos los factores mencionados hasta aquí constituyen casos particulares de una buena motricidad. A esta edad, su hijo es una persona motriz por excelencia. Su inteligencia está más adelantada en gestos que en palabras. Antes de resolver en forma teórica los problemas, él los resolverá por medio de su cuerpo, sus percepciones o sus gestos. Las clásicas preguntas "¿por qué?" (clasificación), "¿dónde?" (espacio), "¿cuándo?" (tiempo) o "¿cómo?" (descripción) son primeramente experiencias vitales-corporales y más tarde intelectuales.

La existencia de una evidente torpeza motriz se manifestará en las deformaciones de la escritura. Usted solamente deberá preocuparse cuando la mayor parte de lo escrito resulta ininteligible.

5. *Nivel de lenguaje suficiente y correcto.*

Supongamos que su hijo en la escuela lee bien "Mi mamá me ama", pero en la casa su lenguaje habitual es defectuoso porque se lo ha festejado cuando hablaba en "media lengua", o no se le corrigieron los "seseos" o "teteos". No hay correspondencia perfecta entre los dos modos de comunicación: oral y escrita.

El lenguaje oral debe ser el mismo que el lenguaje adulto, dictado, hablado o leído. ¿Qué sucede cuando no hay correspondencia? Puede llegar a la situación en que la maestra le dicta "zapato", pero él interiormente reproducirá "topato" y, como consecuencia, en vez de escribir "zapato", escribirá "topato".

El sistema oral y el escrito deben presentar correspondencia perfecta.

6. *Nivel intelectual normal.*

La lectura implica también abstracciones y generalizaciones. El niño pequeño no tiene capacidad de abstracción. De allí que haya una gran variedad de opiniones acerca de cuándo empezar a enseñar la lectoescritura. Cuando se mide la preparación del niño para su adquisición, se mide lo que hemos venido comentando en esta presentación. De acuerdo con investigaciones realizadas, se demuestra que no conviene iniciar su aprendizaje antes de los seis años.

He presentado estas consideraciones para que usted recuerde, de ellas, lo más importante: esta preparación o capacidad puede o no coincidir con la edad cronológica de su hijo.

7. *Una buena relación afectiva.*

Ahora le confieso que para concluir el análisis de los elementos necesarios para la lectoescritura, intencionalmente dejé a éste para lo último, porque condiciona a todos los demás: la relación afectiva con el maestro, como figura central y motivadora; y con los padres, como soporte afectivo fundamental.

Ya le anticipé que la maestra de su hijo sabe que ella es la responsable de crear un clima adecuado para que el hecho de "ir y estar en la escuela" se transforme en un acto de compartir con los otros niños sus juegos, su maestra, el recreo, algunos útiles, en fin, su vida. Esto también tendrá que aprender su hijo en primer grado.

Por otro lado, usted como padre tiene una responsabilidad decisiva en este instante de la vida de su hijo. El ha pasado hasta este momento por etapas madurativas de la personalidad. Ahora ingresó a primer grado. Aprendió a independizarse tranquila y

relativamente de usted, sin que el miedo de perderlo (o perderla) interfieran su deseo de comprender el mundo que lo rodea. Por eso se hace el fuerte, mientras usted lo viste de guardapolvo blanco. Por eso, exteriormente, parece todo un hombrecito (o una mujercita) cuando entra a la escuela. Pero, por adentro, su hijo aprende más por afecto que por inquietud propiamente intelectual.

Entonces, tome en cuenta que la presencia de los padres en sus tareas es de por sí motivadora para aprender a leer y escribir. Porque para él, aprender es una forma de agradarlos. Pero el aprendizaje podrá ocasionarle problemas que agobiarán su cuerpo y empañarán, a veces, la claridad celeste de su alma.

¿Le exigirá usted a su hijo el aprendizaje de la lectoescritura convencido de que no hay en él causas que justifiquen su adquisición dificultosa? ¿Lo sobreprotegerá solucionándole todas las dificultades sin su participación para desarrollar su propia personalidad? ¿Aceptaré usted como una realidad las diferencias de aprendizaje de su hijo con respecto de los otros niños del grado? ¿Admitirá usted la orientación especializada de la maestra para ayudar a su hijo sin sobreprotegerlo? ¿Le exigirá, ansioso, a la maestra el adelanto rápido de su hijo en la adquisición de la lectoescritura olvidando todos los factores comentados en este artículo? ¿Se propuso consultar periódicamente a la maestra para saber oficialmente "cómo marcha" su hijo en la escuela?

En resumen, estimados padres: para su hijo, aprender a leer y escribir será una forma más de amarlos. Respondan con cariño, hoy más que nunca, a ese amor.

¿"Deberes" en vacaciones?

Los meses estivales parecen prolongarse más de lo deseado. Para evitar el aburrimiento de los chicos (y los daños y perjuicios que esto acarrea) y darse un poco de alivio, los padres suelen someter a los niños a un repaso escolar "para que no se olvide".

La idea no es mala. Pero es mejor que ese repaso tenga sabor a vacación y no a escuela. Es posible saltar del cuaderno a la vida real y mostrar al niño el lado práctico de toda la teoría que ha visto en el aula.

Por ejemplo, esta tarde salga de compras con Pablito: "Mira el precio de estos tomates; si te doy \$5.000, ¿para cuántos kilos te alcanza? Y si pagas con \$1.000, ¿qué vuelto corresponde?"

Andrés está en edad de ir solo a la escuela, pero no se anima. Este es el

momento: Salga con el chico a dar un paseo por la ciudad y aproveche para enseñarle el significado y el valor de los elementos viales: semáforos, señales gráficas, indicaciones en el pavimento, etc. O si prefiere repasar las ciencias naturales, alargue la mano y tome una hoja de árbol o de hierba y ayúdele a recordar las nociones elementales de botánica que el niño estudió el pasado año.

¿Y si después de una salida campes-tré le sugiere a Susana que escriba una carta a su amiguita (de vacaciones en casa de sus abuelos) contándole todo lo que vio y experimentó en esa salida? Allí está su oportunidad para ayudarle a la niña a repasar principios de ortografía y redacción.

¿Así que hoy vienen tus amiguitos a

casa? Bien, entonces hagamos pastelitos. Aquí tengo una receta para ocho personas, pero vienen tres. ¿Cuánta cantidad necesito de cada ingrediente?"

Nada hay en la inteligencia que no haya pasado primero por los sentidos. Entonces, permítale al niño sentir, registrar con el tacto lo rugoso, lo suave, lo áspero; abarcar con la vista lo colorido, lo inmenso. En resumen, permítale ver, oír, tocar, ser, vivir. Tal vez nada tenga que ver esto con los deberes clásicos y los repasos formales, pero piense que con esas vivencias en su haber el chico regresará a la escuela rico en imágenes y vocabulario (el mar, que hasta ahora sólo era "lindo", será ancho, fresco, verde, espumoso, ondulante y musical), más seguro, más independiente y sobre todo, más maduro.

El hogar y la escuela, pilares de la vida sana

Los principios de salud son parte del proceso de culturalización que el niño asimila a partir de su nacimiento. Del mismo modo como va adquiriendo el habla de un determinado idioma, internaliza modales, valores, prejuicios, preferencias y aversiones. Aprende por asociación e imitación. Surge así la importancia fundamental de la familia y la escuela.

Elena G. de White, una conocida educadora, dice: "Lo que el niño ve y oye está trazando profundas líneas en la tierra mente, que ninguna circunstancia posterior de la vida podrá borrar del todo".¹

Familia

En los primeros años de vida, antes que el niño tenga pensamiento lógico, adquiere los grandes hábitos que constituirán el fundamento de los principios de salud. En esta etapa no es responsable de sus actos, y es deber de sus padres velar por la formación de sus hábitos. La única forma educativa aceptable es la paciencia constante para lograr un ritmo, por supuesto, respetando las necesidades particulares del niño.

Progresivamente, el niño debe asumir responsabilidades respecto de sus hábitos

de higiene, alimentación, juego, descanso, etc. Es vital que sepa que es supervisado por sus mayores. No obstante, esa supervisión no debería ahogar la responsabilidad del niño.

Todas las conductas del hombre, y por lo tanto del niño, tienen connotaciones psicológicas, ya que somos una unidad bio-psíquico-espiritual. Desde temprana edad el pequeño descubre que por medio de su conducta puede castigar o gratificar, además de llamar la atención de los adultos; por lo tanto, es una forma ideal de controlar la situación. Entre los ejemplos más comunes podríamos mencionar el control de los esfínteres y los hábitos de alimentación.

Lamentablemente, muchas veces en nuestra educación caemos en ambivalencias perjudiciales, como restringir por un lado los dulces pero estimular al niño con una doble porción de postre. La educación que ofrecemos a nuestros hijos debe ser consecuente y no contradictoria.

Otro aspecto de la medicina preventiva es reducir al máximo la posibilidad de accidentes domésticos, primero evitándolos en la medida de lo posible, y luego enseñando al niño a "ver" el peligro. Muchos niños

pierden la vida o quedan con secuelas irreparables por accidentes que fácilmente se hubieran podido evitar si ellos hubiesen sido educados para anticiparse al peligro. ¡Cuánto podríamos hacer en este aspecto!

Es en el hogar donde el niño debe satisfacer tanto sus necesidades físicas como las psico-afectivas básicas: amor, estabilidad y seguridad.

Debemos reconocer que muchos de los hábitos están arraigados en nuestras necesidades emocionales. Tomemos, por ejemplo, las costumbres de fumar, de comer en exceso o de ingerir drogas, que son el refugio al que niños, adolescentes, jóvenes y adultos recurren para escapar a una realidad hostil.

Por lo tanto, si logramos reducir la tensión emocional y la ansiedad, proveyendo a nuestros hijos un bagaje lo más armonioso posible, estaremos favoreciendo todos los principios psíquicos de la salud.

Hogar y escuela

Al llegar a la edad escolar, son los padres quienes deben elegir la clase de escuela a la que enviarán a sus hijos, ya que en las dúc-

"Darío repite el grado"

En la gran mayoría de los casos, cuando un niño repite el grado es porque intelectual y afectivamente no pudo afrontar las responsabilidades que implicaban sus obligaciones escolares durante el año. El problema no está necesariamente en el niño. Bien puede estar en el sistema.

En este caso, en torno del pequeño se debe vivir un clima afectivo maduro, comprensivo, evitando toda agresión y represión. Esto hará de la repitencia una necesidad lógica dentro del marco del aprendizaje y aún beneficiosa para el futuro educativo del niño.

La sociedad, la escuela y usted mismo consideran la repitencia como un fracaso, que en el caso de su hijo y en el suyo propio dan lugar a un sentimiento de culpa. Primero, sáquese esa idea. Sólo entonces estará en condiciones de ayudar al niño. Si usted siente que es duro postergar un año el progreso del pequeño, expresará inconscientemente

su descontento haciéndolo estudiar durante las vacaciones, prohibiéndole la compañía de los amigos o privándolo de algún regalo.

También puede tratarse de un caso de boicot intelectual o contrainteligencia; o sea que un niño tiene suficiente capacidad para aprobar el grado, pero no aprende porque concentra provechosamente sus energías en otras direcciones, ocultando problemas afectivos o sociales que lo perturban e interfieren su aprendizaje.

Si en algún momento del año se entera de que su hijo repite el grado, no se irrite ni se frustre. Primero obtenga un buen diagnóstico escolar, a fin de conocer las causas de la repitencia. Luego siéntese junto con su hijo y haga un recuento de los logros que el niño obtuvo durante el año. Felicítelo por ellos y ayúdele a comprender que él necesita de los elementos que no pudo adquirir para crecer seguro, no importa

si para ello debe alargar sus estudios un año más. Eso *no es fracaso*. Es un progreso más lento que el estandarizado por la escuela. El niño sufrirá socialmente. Pero el dolor será menor si usted le ayuda a comprender que cambiar de grupo no es tan dramático; que encontrará otro Gustavo u otra Marisa, aunque tal vez no se llamen así, pero que serán buenos amigos.

Y durante las vacaciones sea madre o padre, no maestro. Si desea hacer una revisión de los contenidos educativos, hágalo jugando. Prepare adivinanzas de gramática, crucigramas de historia y rompecabezas de geografía, pero no le imponga horario de estudio. Tampoco lo mande a una maestra particular durante el verano. Eso es castigo, no apoyo.

Recuerde que la repitencia no es fracaso sino una señal de progreso más lento. Y sobre todo no deje que ella arruine su relación afectiva con el niño.

tiles mentes infantiles pueden aparecer serias ambivalencias entre los principios y valores enseñados en la casa y los observados y dictados en la escuela. Podemos notar claramente la importancia de una educación que no rompa la armonía hogar-escuela.

La maestra, como segunda madre, asumirá sus responsabilidades y aprovechará toda ocasión posible para reafirmar los principios de salud, de modo que progresivamente el niño estará facultado para ir comprendiendo las causas y consecuencias de su conducta.

Muchos de nuestros hábitos son parte de la rutina, pero no es aconsejable que reduzcamos nuestra conducta a hábitos mecánicos. El objetivo de la educación aspira a la conducta sensata, apropiada a las circunstancias y que realce, en todo momento, los valores morales que sustentamos.

La instrucción deberá ser progresiva, de acuerdo con la edad de los alumnos.

La autora ya mencionada aporta otro pensamiento, al decir: "Deberían [los padres] comprender la importancia que tiene el evitar las enfermedades mediante la conservación del vigor de cada órgano". No es suficiente que el alumno conozca teóricamente los hechos. "El gran requisito en la enseñanza de estos principios es impresionar al alumno con su importancia, de modo que los ponga escrupulosamente en práctica".²

Es en la escuela donde el niño podrá internalizar el principio fundamental que apunta a destacar que las leyes de la naturaleza deben ser respetadas, lo cual redundará en su propio bien.

Además, quisiera añadir la opinión de Jerónimo De Moragas: "El educador auténtico no es tan sólo aquel que trasciende hacia los demás una manera de ser por medio de la palabra, sino, ante todo, por medio del ejemplo de un estilo de vida".³ El docente debe proyectarse diariamente por medio de una vida íntegra. De nada vale escribir teorías con la mano y luego borrarlas con el codo.

Muchas veces, tanto en la escuela como en el hogar, los docentes y los padres se encuentran ante la difícil tarea de destruir hábitos negativos o perjudiciales y crear nuevos. No podemos quebrar antiguas formas de reacción sin establecer paralelamente nuevas conductas, deseables y positivas.

La necesidad de romper con los antiguos hábitos y establecer nuevos, provoca tensiones y, en algunos casos, frustraciones. Es en estos momentos cuando el estímulo de los padres y maestros será un valioso aporte. Se debe evitar la presión exterior ya que, junto con las propias ansiedades, pueden interferir seriamente e impedir los cambios que se desean.

Quiero destacar la importancia de aunar criterios entre los maestros y los padres. Necesitamos presentar a los niños una tabla

Actividades que no van a la escuela

"Queremos que Alex aprenda ahora todo lo que pueda", decía el padre mientras llevaba a su pequeño de seis años (que, además, arrastraba una enorme guitarra) a la primera clase de inglés.

¡Pobre Alex! El verano pasado les dijo a los padres: "Estoy aburridooo... ¿Cuánto falta para ir a la escuela?" Pero no era para tanto: la escuela, inglés, guitarra, natación...

Tal vez usted esté pasando por una situación similar. Es verdad que durante la infancia afloran en los niños habilidades que deben ser desarrolladas. También es verdad que no es bueno permitir que un niño se aburra por falta de actividades precisas. Pero, cuidado con introducirlo demasiado pronto en un mar extraescolar para el cual el niño no está maduro, pues en vez de amar esas actividades terminará detestándolas, y usted habrá logrado exactamente lo que trataba de evitar.

Primeramente es bueno que ambos padres y el niño conversen juntos y descubran cuáles son los intereses del pequeño y su disposición a cumplir tareas extraescolares. Una vez que el niño ha demostrado habilidad, interés, un mínimo de constancia e insistencia en el pedido, y los padres consideran que está

maduro para llevar adelante un estudio paralelo al escolar, y que el mismo no lo sobrecarga ni le mutila la niñez, está en condiciones de realizar una actividad "extra".

Muchas veces los padres hacen estudiar al niño cosas que en realidad no lo benefician sino que sólo dan brillo social a la familia ("Alex ya toca en la guitarra..."), "Si vieras patinar a Sylvia..."). Esta motivación no es beneficiosa para el niño. Sólo lo coloca en una vidriera.

Tampoco es bueno dejar que un niño mate el tiempo en la inacción. Si hay capacidad munisvalorada, él mismo notará que después de realizar sus deberes el tiempo le sobra. Ambos extremos son perjudiciales.

La elección de una actividad paraescolar debe apuntar al objetivo de que sea disfrutada y no "sufrida", a que la materia en cuestión se aprenda con gusto y no por obligación, lo cual por sí solo la invalida. Si son sabiamente elegidas, comenzadas en el momento oportuno y afianzadas con una actitud que dé al niño seguridad y lo motive a la constancia, estas actividades, aunque no vayan a la escuela, se graduarán con honores.

de valores coherente; por eso entre el hogar y la escuela deben estar constantemente abiertos los canales de comunicación, de manera que evitemos conflictos innecesarios a los educandos.

Considero que debe ser iniciativa de los docentes conocer a fondo la realidad social de cada alumno, sus hábitos y costumbres. Es por eso que las visitas a los hogares, las entrevistas con los padres, además de todo el material que nos provee el niño, serán elementos muy valiosos para conocer a nuestro alumno en forma profunda e individual.

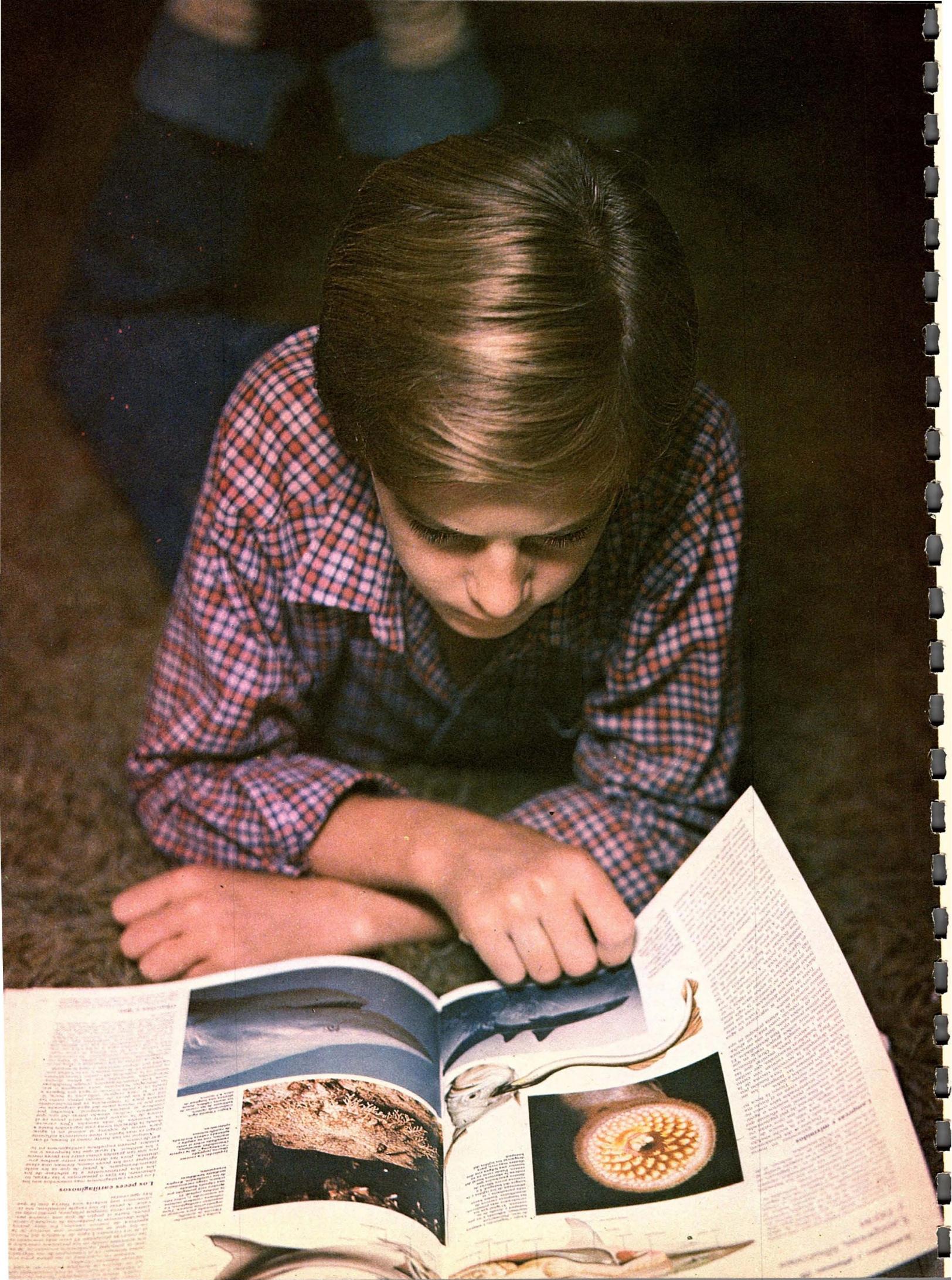
Los docentes también deben colaborar en la organización de "escuelas para padres". Esta "escuela" debería ofrecer reuniones periódicas con el propósito de informar acerca de los cambios físicos y psicológicos del alumno, las medidas preventivas, la alimentación, etc. Estas reuniones deben responder a las necesidades del grupo: ser dinámicas, cortas e interesantes. Es la oportunidad para superar algunos prejuicios, a veces perjudiciales, que la cultura acepta como científicos. Por ejemplo, que el niño obeso es símbolo de niño sano; que el

niño inteligente no practica ejercicio físico, etc.

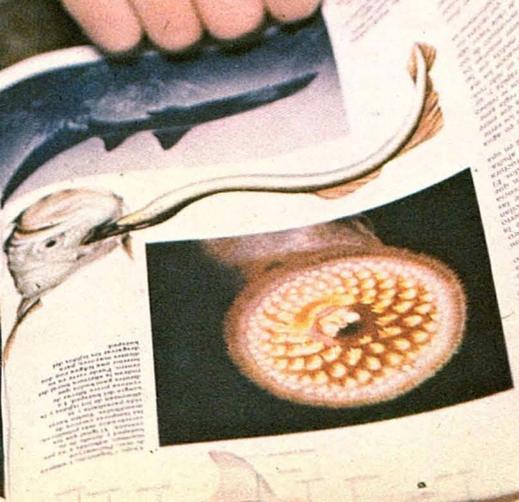
Como padres y docentes nuestro deseo es que los niños aprendan. Y no pueden hacerlo si están mal alimentados (no sólo subalimentados, sino alimentados con golosinas, etc.), si están enfermos (señalo en forma especial dolores de muelas, de cabeza, de oídos, etc., que son los que vemos a diario) o si les falta el descanso. Sólo con el apoyo de la familia lograremos niños sanos que puedan aprovechar en plenitud el aprendizaje.

Un gran desafío y una gran responsabilidad para los docentes y para los padres es grabar en las maleables mentes infantojuveniles los principios de salud que actuarán a modo de una llave que abrirá la puerta ancha de la felicidad a las próximas generaciones.

¹ Elena G. de White, *Conducción del niño* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1974), págs. 184, 185. ² White, *La educación* (Buenos Aires, ACES, 1978), págs. 196-200. ³ Jerónimo De Moragas, *Pedagogía familiar* (Barcelona, Ed. Lumen, 1974), pág. 21.



Los peces cartilaginosos
Los peces cartilaginosos son peces que carecen de huesos verdaderos, pero poseen un esqueleto rígido formado por cartilago. Este tipo de peces incluye a los tiburones, los peces lampiños y los peces elefantes. Su cuerpo es hidrodinámico y están adaptados para nadar rápidamente en el agua. Muchos de ellos poseen dientes afilados y son depredadores.



Los peces cartilaginosos son peces que carecen de huesos verdaderos, pero poseen un esqueleto rígido formado por cartilago. Este tipo de peces incluye a los tiburones, los peces lampiños y los peces elefantes. Su cuerpo es hidrodinámico y están adaptados para nadar rápidamente en el agua. Muchos de ellos poseen dientes afilados y son depredadores.

COMO FORMAR EL HABITO DE LA LECTURA

El niño y el libro

Un día, una canción de cuna

La escena viene repitiéndose desde los mismos albores de la humanidad. Desborda belleza y ternura. La madre mece a su niño y en dulcísimas y suaves melodías lo arrulla con una canción de cuna. Es algo instintivo, natural y simple. Las palabras y la música pueden variar de una cultura a otra, de un siglo a otro, pero no el rito, universal en tiempo y espacio. Gabriela Mistral, en Colofón con Cara de Excusa, al final de *Temura* dice: "La canción de cuna nace con las primeras Evas". Y con ellas, la literatura infantil.

Si partimos de la base de que prácticamente todos los niños son mecidos en su primera infancia al son de dulces y poéticas canciones de cuna, ¿por qué no todos desarrollan posteriormente el manejo correcto y estético del lenguaje y el amor a la literatura? Aún más, ¿por qué tantos niños y adolescentes literalmente huyen de los libros, o se entretienen con lecturas fáciles y de escaso o ningún valor ético y estético?

Y aquí es forzoso buscar una respuesta en la actitud de los adultos que intervienen en la formación de cada niño, respecto del lenguaje y la literatura, antes de entrar en la problemática de la literatura infantil.

Mucho antes de saber leer, y aun antes de hablar, el niño recibe los mensajes estéticos de las palabras. Desde la cuna escucha ruidos y voces que luego tratará de imitar. Esa imitación (o gorjeo) es para él una aproximación al lenguaje, ya que da nacimiento a múltiples onomatopeyas que conforman su lenguaje rudimentario: tu-tú, po-pó, pa-pa, ajó. En esta etapa suele cometerse el primer gran error en la formación literaria del niño —esto no es una exageración—: Muchos padres persisten en

ese lenguaje, prolongando innecesariamente esa etapa y negando al bebé la posibilidad de imitar el idioma de los adultos.

Aunque el pequeño diga sólo dos o tres palabras, comprende ya un gran número de ellas, incluso frases enteras. Eso se explica por la complicada maniobra que debe realizar para la pronunciación, que no es necesaria para la comprensión. Por lo tanto, lo indicado es hablarle naturalmente, dando a la voz las modulaciones correctas, con palabras fáciles y comprensibles para sus necesidades. Así va descubriendo la magia y el misterio de las palabras. Esos sonidos que acercan a la mamá, pequeñas llavecitas que le abren las posibilidades de la comunicación.

Aprender a leer es mucho más que descifrar los símbolos impresos.

Descubre que puede conseguir con ellas lo que necesita o simplemente desea y descubre también sus múltiples posibilidades. Así "mamú" es "mamá, quiero upa" o "mamá, dame" o "mamá, quiero estar contigo". Cada palabra representa para él el logro de algo y por eso la ama y la encuentra no sólo útil sino también placentera. Los sonidos lo maravillan y fascinan. Oye el parloteo de los adultos e intuye la comunicación y quiere participar de ella. Hablarle es la clave, pero hablarle correctamente. Se evitará así que retarde su progreso lingüístico, demorado en aprender de nuevo el nombre de todas las cosas.

Un día, un cuento

Y así, aún con un lenguaje elemental, el niño está en condiciones de escuchar y deleitarse con los primeros cuentos, y en gran medida todo su desarrollo literario posterior dependerá de esta etapa, en que la imaginación, la magia y la belleza están integradas a las palabras. De ahí la enorme importancia de este género, al que los adultos muchas veces despreciamos.

Para el niño todos los otros géneros literarios son cuento: poesía, canciones, rondas, teatro, cine, lecturas diversas. El contará luego una representación de títeres, una película o una poesía como un cuento. Es lo que él rescata de esas manifestaciones literarias, lo que satisface su necesidad de fantasía. Su imaginación completará las lagunas del argumento, los detalles de los elementos que intervienen, inventará parientes y amigos a los personajes; en una palabra, le permite crear, participar del acto literario. Para él las palabras de Gastón Bachelard: "Imaginar será siempre más grande que vivir".

Para que el niño disfrute realmente de un cuento, las mamás (o quien fuere el narrador) deberán tener en cuenta algunas pautas, especialmente relacionadas con las técnicas de narración. Tal vez en este punto discrepemos con la corriente pedagógica que preconiza el empleo de láminas, frielógrafos y mil otros elementos ilustrativos. Estos elementos tienen su aplicación en la enseñanza, en la escuela, sirven a distintas disciplinas. Pero recordemos que la literatura es palabra, voz, sonidos, mensaje. Eso es lo que buscamos los adultos en un libro, y lo buscamos generalmente en la soledad, rodeados de una atmósfera especial, de silencio. En ese ambiente nos entregamos

al placer de la lectura; son los momentos cuando podemos disfrutar de un libro, al que hemos elegido cuidadosamente, como a un amigo, y soñamos con él y en él. La narración sin láminas favorece la imaginación creadora, moviliza el pensamiento.

Por eso, el momento del cuento es un momento de intimidad de la mamá con los niños. Casi de recogimiento. Es entregarse a soñar; se produce un rompimiento con el tiempo cronológico. El "había una vez" aparta al niño del aquí y ahora y lo transporta a la atmósfera del cuento. No importa que los hechos ocurran en otra galaxia, en una casita del bosque o en un país que nunca existió. Su imaginación llegará allí en pocos segundos.

El lugar elegido para realizar el rito será el más confortable, donde el silencio permita recoger cada sonido, oír cada palabra, captar cada movimiento. Anteriores generaciones se reunían alrededor del fuego, cómodamente instalados; la narradora podía estar tejiendo o hilando, sin que ello perturbara el clima de suspenso y atención.

Los niños necesitan que el adulto se baje, se achique, se ponga a su altura. Ellos podrán distenderse; eso favorece la penetración de imagen y sonido. Se pondrán de pancita, de espaldas, sentados en el piso y nada más. Ellos y la voz de mamá se constituyen en todo lo que acontece en el cuento narrado. Eso no lo lograremos los adultos si no nos acordamos de nuestra propia infancia, de lo que necesitábamos, queríamos y soñábamos.

Sin embargo, lo que más preocupa, especialmente a las mamás, es la elección del cuento. ¿Qué contarles a los pequeños? Aquí también encontramos divergencias. Corrientes psicológicas modernas califican de crueles a muchos de nuestros cuentos, los que recordamos de nuestra infancia. Otros fueron desechados por la pedagogía, por obsoletos; no tienen nada que hacer en la era de la cibernética, la bomba atómica y las comunicaciones vía satélite.

No polemizaremos con la psicología ni con la pedagogía. El niño desborda la realidad, y su imaginación no está sometida a ella. Para él es natural que un zapallo se convierta en carroza, puesto que en sus juegos éste puede convertirse en cualquier objeto, de acuerdo con su necesidad inmediata. Sus conejos y grillitos le hablan, le obedecen y participan de sus juegos. Todos los objetos están sometidos al arbitrio de su imaginación.

Sin embargo el cuento *debe ser cuidadosamente elegido*. Condición *sine qua non* es que transmita belleza y ternura (que es otra forma de la belleza). Debe ser breve; tener sencillez en su línea argumental y en el significado de las palabras; contener repeticiones que dan musicalidad, y onomatopeyas (que son parte del lenguaje de los chicos); y ser narrado en estilo directo.

Puede ocurrir que en el pequeño auditorio de dos o tres chicos, alguno sea muy pequeño y no comprenda totalmente las palabras y su mensaje. Esto no debe preocupar demasiado, pues hay una inmersión en la belleza, en el misterio; los adultos lo podemos comprender, pues es lo que ocurre con la poesía leída en voz alta, en las que muchas veces el mayor valor reside en lo estético y poético antes que en el mensaje en sí.

Al aprender a leer, el niño adquiere un arma poderosísima, de doble filo.

En cuanto al tema, cada mamá conoce los gustos, necesidades y grado de comprensión de sus hijos. Las posibilidades son infinitas. Es cierto que existen cuentos que por distintas circunstancias: edad de los niños, porque contienen escenas de crueldad o temor, etc., deben ser reelaborados. En ese caso se debe tener mucho arte y conocer de literatura infantil para no cerce-

narlos, quitarles la esencia. De lo contrario, es preferible descartarlos, porque el niño percibe el cercenamiento o la sustitución y su sentido estético quedará insatisfecho.

No debemos olvidar que, además del valor estético, el cuento debe tener un valor ético. Repetido una y otra vez, deja en el niño lecciones y vivencias indelebles. Los personajes de su infancia volverán a acompañarlo durante el resto de su vida. En este punto es imprescindible hablar de un Libro que hace miles de años viene proporcionando a las mamás los más hermosos cuentos para sus hijos: Las bellas historias de la Biblia, como las llamara Arturo Maxwell en una adaptación de los relatos bíblicos para niños. A él pertenecen las siguientes palabras:

"La Biblia es el libro de historias más maravilloso que jamás se haya escrito; en todas sus páginas, desde el primer capítulo del Génesis hasta el último del Apocalipsis, abundan los relatos profundamente humanos.

"Dichas historias se han relatado una y otra vez durante el transcurso de los siglos. Con todo, todavía siguen presentándose renovadas, frescas y fascinantes ante cada generación. Es preciso que volvamos a

El niño y la lectura

Una de las quejas más frecuentes de los padres de hoy es que los niños leen poco. No les gusta leer. Prefieren mirar televisión. Es verdad que la televisión ocupa el lugar de la lectura en el tiempo y en el cerebro de los niños. Pero, ¿es la única culpable?

Como todos los hábitos, el de la lectura también tiene sus raíces en la más tierna infancia. Es en el hogar donde se planta y se cultiva la semilla de la lectura. Si usted pone a su hijo en contacto con libros de relatos —por ejemplo— desde bebé, él aprenderá a hojearlos primero por interés; luego, para deleitarse con sus figuras coloridas, aunque no entienda nada. Si más adelante usted mismo le narra esos relatos y pone en su voz toda la expresión que exige la imaginación infantil, las figuras que el niño ya conoce y ama cobrarán vida y el libro de relatos dejará de ser sólo una cosa interesante para transformarse en un compañero cautivante.

Y si, además, usted cultiva el hábito de leer con frecuencia y placer, cuando su hijo aprenda a leer los libros serán para él amigos inseparables e inspiradores. Entonces —quédese tranquilo—, no los cambiará por las series de dibujos animados o de *fantascencia* de la televisión.

El principio educativo que se desprende de todo esto es simple y tan antiguo como el mundo: el ejemplo vuelve a ser el mejor maestro.

Usted no necesita forzar al niño para que lea. Hágale notar espontáneamente la importancia y el valor de la lectura. Para ello, usted mismo debe estar convencido de esa importancia y ese valor. Forme una buena biblioteca con colecciones sobre vida animal y vegetal, curiosidades de la ciencia, geografía, historia del mundo, biografías y relatos inspiradores. Dedique un lugar de la casa para sala de lectura. Cualquier rincón robado a un pasillo, escalera o desván puede cumplir esa función, donde el orden y el silencio sean cómplices del encanto de la lectura. Frecuente ese lugar junto a su hijo tantas veces cuantas pueda y hágale sentir al niño que esos libros le pertenecen.

No use la lectura sólo para tener quieto al niño, o para entretenerlo mientras usted atiende una visita, porque así le sabrá a obligación o a castigo. Úsela como un privilegio, para satisfacer las necesidades de la mente y del alma. Así su hijo habrá encontrado un amigo más importante que la televisión.



narrarlas para que los niños del siglo veinte tenga la oportunidad de valorarlas en su incomparable belleza y de extraer de ellas su inspiración".¹

Esos humanos personajes formarán parte del mundo del niño. Gabriela Mistral dice que en su infancia hacía rondas con David, Rut, Ana, María, Daniel. Nuestros niños también harán rondas y cantarán con ellos, les reprocharán algunas cosas y admirarán otras. Los incorporarán a la caravana de personajes que los acompañan siempre y muchas veces volverán su mirada hacia ellos para saber cómo conducirse en un mundo tan distinto y lejano, pero a la vez de valores tan eternos como los de los cuentos de su niñez.

Un día, un libro

Y llegó el momento de introducir a nuestro niño en el mundo del lenguaje escrito,

de las palabras amontonadas y agresivas. Martha Salotti, esa gran maestra y escritora argentina, describe así el primer contacto del niño con el libro:

"El neófito, de la mano del maestro, se introduce en los misterios del ritual. ¿Qué va a suceder ante sus ojos azorados?"

"El maestro se detiene ante unas hojas blancas, sembradas de señales misteriosas, negras y apretadas.

"¿Qué hacen ahí esas legiones tiesas y mudas, preparadas como para un asalto?"

"Hormigas no son, porque ellas son graciosas y se mueven; en cambio, éstas se están ahí, rígidas, implacables, indiferentes a su asombro y a su miedo.

"¿Le saltarán a los ojos?"

"El niño aprieta tembloroso la mano del maestro, para sentir su contacto protector, que parece decirle: 'No temas, es sencillo, yo te enseñaré'".²

Es verdad, de esa instancia tan tremenda y trascendente que es aprender a leer, se encargan los maestros, y lo hacen muy bien. Pero aprender a leer es mucho más que descifrar los símbolos impresos. Es saber recoger, disfrutar, emocionarse, reaccionar frente a un libro, aceptarlo o rechazarlo, hacerlo un amigo o un enemigo. Al aprender a leer, el niño adquiere un arma poderosísima, de doble filo. En gran medida el uso que haga de ese nuevo instrumento estará condicionado por sus anteriores experiencias literarias. Por eso la etapa del cuento narrado es tan importante.

Se introduce en la nueva experiencia como en una aventura. El solo puede descifrar los agradables sonidos, introducirse en el misterio, reír y llorar con los personajes. Todo lo vivido en relación con los cuentos lo aplicará a la lectura. Por un tiempo aún serán los adultos los que escojan sus libros; luego también esto correrá por su cuenta.

Sin embargo, al abordar la problemática de la literatura infantil es necesario tener los pies sobre la tierra. No vivimos en una época que favorece la lectura, a pesar de que nunca se imprimieron tantos libros. Entre los hechos que atentan contra la lectura, podemos mencionar la carestía del libro, totalmente fuera del alcance de un gran número de niños. La rapidez con que se vive impide encontrar un momento de recogimiento. El libro necesita calma y afecto, hallables sólo en la detención del tiempo, para sumergirse en él. No siempre se encuentra un espacio disponible para leer; la estrechez y el hacinamiento de la vida familiar, por un lado, y la soledad del niño, por el otro, hacen que se dedique a pasatiempos menos exigentes: mirar televisión, leer historietas o entretenerse en alguna otra actividad que no demanda tanta concentración.

La vida actual incide muchísimo en el desarrollo literario del niño. Hay un fuerte predominio de la imagen sobre el sonido: cine, diapositivas, figuritas, revistas ilustradas en colores, televisión. Es misión de los padres salvar a los niños de ese avasallamiento, salvar al poeta, al creador, al sabio. Fomentar la imaginación creadora, no simplemente reproductora. Volver a enfrentar al niño con el lenguaje puro, el estilo gracioso y elegante, la belleza plena de los sonidos y las voces.

Es necesario volver a encontrar un lugarcito en el tiempo y el espacio para retirarnos a leer, recogidos, en coloquio íntimo con el libro. Tal vez seamos sorprendidos por los pasitos descalzos y sigilosos de los niños, que se acurrucarán a nuestros pies, con un libro en la mano, el asombro en los ojos y la imaginación. . . a miles de kilómetros de allí.

¹ Arturo S. Maxwell, *Las bellas historias de la Biblia*, pág. 5. ² Martha Salotti, *La lengua viva*, pág. 52.



¿SU HIJO LEE Y ESCRIBE BIEN?

Cómo ayudar al niño disléxico

A veces, las bajas notas que arruinan el boletín escolar de un niño tienen un culpable que no es la desidia, ni la desatención, ni la falta de aplicación, sino la dislexia.

¿Qué es la dislexia?

Es la "dificultad particular para identificar, comprender y reproducir los símbolos escritos".¹ El niño disléxico demuestra problemas al escribir, al leer y al tratar de comprender lo que escribe o lee. Esta perturbación varía desde una dificultad pequeña o fluctuante hasta la incapacidad permanente y completa relacionada con la lecto-escritura.

A veces afecta más a palabras que a letras; otras, más a figuras que a letras; y otras, sólo a letras, o a sonidos, o a sílabas.²

Algunos pedagogos y psicólogos emplean el término *dislexia* en un sentido amplio y designan con él toda perturbación de origen neurológico, psíquico o de aprendizaje que interfiere el proceso de alfabetización. Sin embargo, la verdadera dislexia es un síndrome [conjunto de síntomas] mucho más complejo, que se manifiesta por medio de dificultades en la lecto-escritura, pero que en el fondo proviene de una desorganización interna del aprendizaje, de origen psico-socio-neurológico, en parte heredada y en parte adquirida.

Resumiendo, la definición *descriptiva* de dislexia es la siguiente: "Confusión de letras parecidas, simétricas o de grafía semejante (b-d, b-p, d-p, n-u, w-m); confusión de sonidos (recreo-recleo, colegio-golegio); inversiones de letras (traje-tarje, del-dle), sílabas y palabras (la-al, las-sal, los-sol); omisión de líneas; vuelta atrás intempestiva; falta de puntuación; imposibilidad de

dar la entonación debida; captación y agotamiento de la atención en un laborioso desciframiento literal; imposibilidad de comprender el sentido de las palabras y de las frases leídas".³

La definición *genética* sería: "Manifestación de una perturbación en la relación entre el yo y el universo; perturbación que ha invadido selectivamente los campos de la expresión y de la comunicación".⁴

Dislexia e inteligencia

Generalmente lenguaje e inteligencia están relacionados. El primero es una manifestación de la segunda, y los problemas del primero suelen tener su origen en disturbios de la segunda. Pero éste no es necesariamente el caso del disléxico. La mayoría de los disléxicos posee inteligencia normal y salud y órganos sensoriales (vista, oído) intactos. Son buenos en matemáticas y en conocimientos generales y aprenden fácilmente si escuchan el contenido en vez de leerlo o escribirlo.

Queda entonces claro que la dislexia no es problema de inteligencia, sino de lenguaje escrito y leído.

Causas de la dislexia

Las causas más frecuentes de la dislexia son:

1. *El predominio lateral no definido.* El centro del habla se encuentra en el hemisferio cerebral izquierdo, excepto en los zurdos que lo poseen en el hemisferio derecho. Pero cuando un niño no es definitivamente zurdo ni diestro, tiene indefinido su predominio lateral y esta indefinición puede acarrear manifestaciones disléxicas.

Cuando un niño comienza a tomar el lápiz o a escribir y lo hace unas veces con la mano derecha y otras con la izquierda, los padres —por miedo a que adquieran un "mal hábito"— tienden a imponerle el uso de la mano derecha. Para ello usan la fuerza o el castigo y así ocasionan un grave daño al pequeño, pues él usa su mano izquierda (o finalmente se define por ella) porque posee el centro del habla en el hemisferio cerebral derecho. Si su niño tiende a usar la mano izquierda no se lo impida ni le imponga el uso de la derecha. No es defecto ni anomalía ser zurdo.

2. *El nivel de madurez y desarrollo neurológico.* El niño disléxico suele tener un nivel de madurez y desarrollo neurológico menor al del niño sin problemas de lecto-escritura. Este atraso neurológico tiende a minimizarse o desaparecer a medida que se avanza en edad y experiencia. Por esa razón será más notorio cuando el niño comience a ir a la escuela. Con el tiempo logrará esa madurez, aunque sea después de la edad cronológica correspondiente.

3. *El factor constitucional hereditario.* En la etiología de la dislexia se encuentra casi siempre un factor constitucional hereditario. "Hallgren, en su estudio de doscientos setenta y tres disléxicos, llega a la conclusión de que la dislexia específica de evolución resulta de un gen monohíbrido dominante".⁵ Alrededor del 44 por ciento de los niños con el síndrome de dislexia tiene parentesco con zurdos.

Factores que agudizan la dislexia

Hay algunas actitudes que pueden agudizar la dislexia. Algunas de ellas son perfectamente evitables:

AYUDE A SU HIJO A PREPARAR EXAMENES

La familia entera frente al examen

Cada familia que alberga en su seno un estudiante sabe —tan bien como el propio escolar— lo que significa el mes de exámenes.

La docimología¹ es una ciencia que estudia los exámenes en lo que respecta a su sistema de calificación y al comportamiento de examinadores y examinados. En este último campo ha hecho un serio diagnóstico y propuestas interesantes.

Un diagnóstico de la realidad

A pesar del intento de los últimos años de dividir el examen final de una asignatura en evaluaciones periódicas, trimestrales o bimestrales, es bien sabido que éstas sólo controlan la retención de conocimientos acumulados, dejando sin explorar los aspectos más importantes de la inteligencia, que una educación integral debiera considerar.

Así encarado, el examen “constituye una especie de control de fabricación, de verificación de la conformidad al molde, al patrón”.² Las consecuencias de una situación tal han sido analizadas repetidas veces y por muchos educadores. En vez de constituir un paso más en la conformación armoniosa de la personalidad del estudiante, viene a ser como una declaración de impuestos, que es detectora de bienes pero no generadora de civismo.

Aunque ésta suele ser la situación que acompaña a los niños y jóvenes, y no podemos cambiarla desde estas líneas, trataremos de orientar a la familia sobre lo que se puede hacer para que esta ocasión sea lo más feliz y positiva posible conjugando la situación psicológica del escolar con las expectativas de sus padres y maestros.

Estado psicofísico del escolar

“En una civilización en la que el éxito escolar es condición previa del triunfo material y social —a tal punto que Young se creyó en el deber de denunciar los peligros de la ‘meritocracia’— el examen que decide sobre el paso al año siguiente o la obtención del diploma es temido por el niño y su familia”.³ Incluso, el respeto de las pruebas se aborda con temor y desconfianza.

Evite a su hijo toda emoción violenta. Y antes que nada, déle la seguridad de que aun en el caso de que fracasara, la relación afectiva entre él y usted no sufrirá alteraciones.

Las exámenes abarcan por lo general se realizan sucesivamente en pocos días. ¿Cuál es el cuadro psicofísico del escolar frente a un examen o a una serie de ellos? Consideraremos los más importantes:

1. *Ansiedad.* La ansiedad es un estado de agitación, angustia y preocupación constantes que deja la sensación de incompleto o inalcanzado. Puede actuar como causa o como efecto. La ansiedad que se siente por un determinado hecho ubicado en el futuro puede incapacitar a la persona para realizar bien ese hecho o disfrutar de él. O bien un

fracaso puede dejarla tan ansiosa que la lleve a la incapacidad de superar la situación aceptando las consecuencias.

Las manifestaciones de la ansiedad toman las formas más variadas:

Hostilidad sistemática. Oposición o rechazo hacia un determinado asunto (“¡Uf! ¿Otra vez. . .?”).

Bloqueo. Desconcierto a pesar de la simplicidad de los hechos (“Sencillamente, no entiendo nada”).

Irresponsabilidad aparente. No sustancial (“Me olvidé”, “No sabía”).

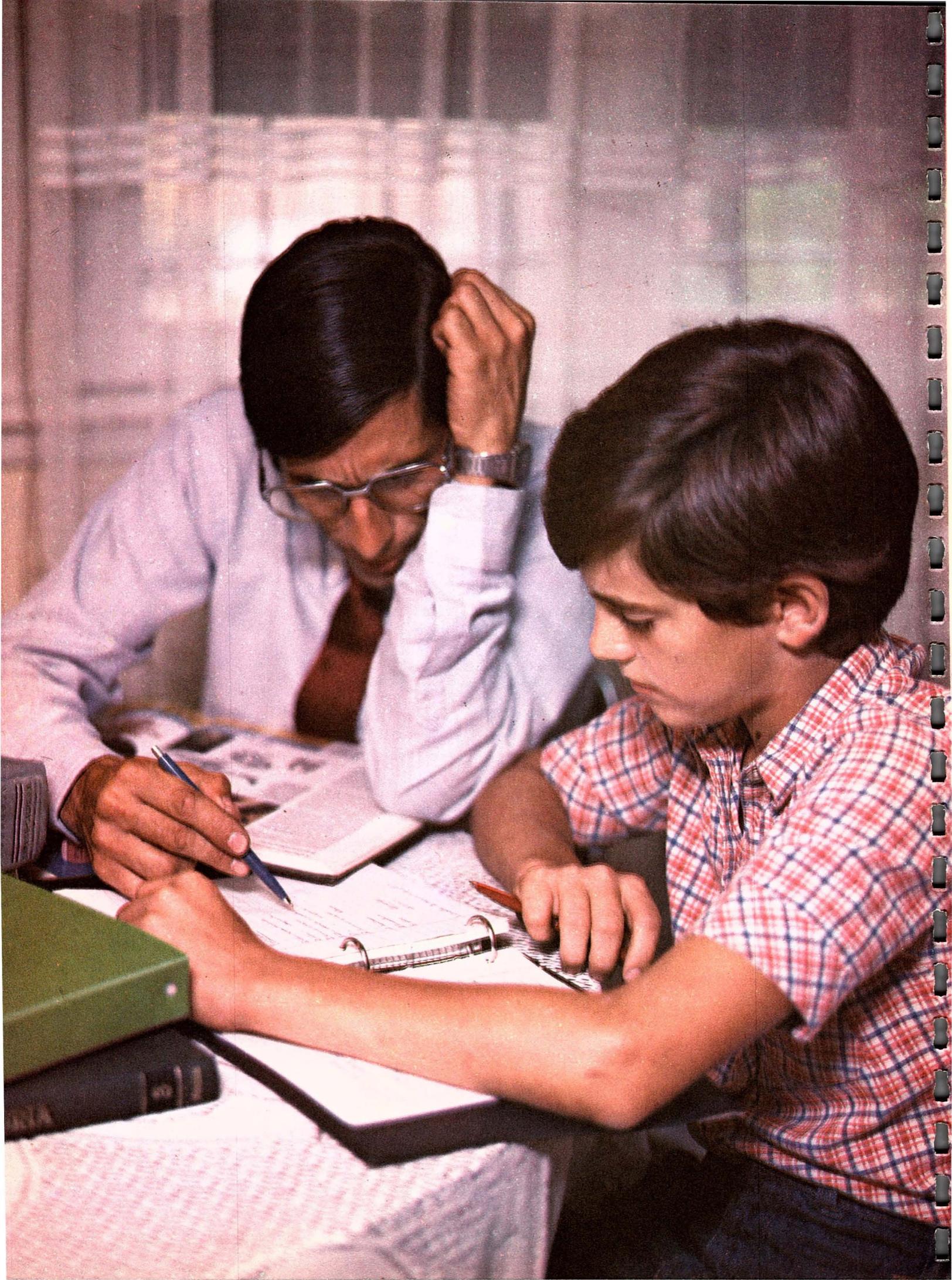
Dependencia. A veces exagerada respecto de los padres, docentes o condiscípulos, “para obtener respuestas que él mismo podría encontrar con un mínimo de reflexión o trabajo personal”⁴ (“Dígame la primera palabra. . .”).

Disturbios físicos. Vómitos, diarreas, tiques nerviosos, eczemas u otras reacciones propias de cada escolar.

2. *Temor.* El miedo del escolar frente a los exámenes es doble: por un lado el fracaso y por otro la desilusión de quienes confían en él. Algunos estudiantes sienten sus fracasos más intensamente que otros. Mucho depende de la educación que hayan recibido. Pero es verdad que así como algunos superan el fracaso y la humillación con cierta facilidad, otros quedan marcados para toda la vida. Aunque parezca un círculo vicioso, algunos sólo fracasan por miedo al fracaso.

El temor de desilusionar a padres y docentes puede tener raíces afectivas: perder el cariño y verse obligado a enfrentar la inseguridad que esta pérdida trae consigo, o simplemente miedo al castigo.

3. *Descuido de hábitos regulares.* A veces el “síndrome de examen” provoca la des-



organización de la vida diaria del estudiante. Este descuida sus horarios regulares de sueño, ejercicio físico cotidiano y adquiere vicios alimentarios, como ingestión frecuente de café y otras drogas para "mantenerse despierto y activo".

4. **Irritabilidad.** El niño o adolescente sometido a exámenes abarcales o finales presenta un alto grado de irritabilidad como manifestación de cansancio, estrés o un estado que engloba todas estas molestias juntas.

Expectativas de padres y docentes

A veces los padres y los maestros cifran sobre los exámenes más expectativas de las saludables para el escolar, y lo que es peor las expresan repetidamente a los escolares. Esta actitud hace que ellos se sientan traidores si no colaboran para ver realizadas esas esperanzas. En otras ocasiones esas expectativas van acompañadas del ofrecimiento de premios valiosos por el éxito, que llegan a ser tan codiciados que la posibilidad de perderlos por el fracaso atemoriza al estudiante.

Consejos a los padres

De cada diez escolares, dos aprobarán siempre los exámenes, dos no podrán nunca aprobarlos a menos que reciban una ayuda especial, y seis verán depender su éxito o su fracaso de factores concomitantes: salud, perseverancia, competencia docente, suerte, etc. Algunos consejos dignos de tenerse en cuenta para ayudar al

escolar a probar sus exámenes son los siguientes:

1. **Vigile la salud de su hijo.** Sobre todo con anterioridad al período de exámenes y durante él. "No es posible salir bien en los estudios cuando no se está bien de salud".⁵ La adolescencia es una edad crítica en la cual entran en funcionamiento algunas glándulas y el metabolismo sufre alteraciones.

2. **Aliméntelo adecuadamente.** Ofrezcale una alimentación que contenga los elementos de una dieta equilibrada, compuesta principalmente de frutas, legumbres y cereales preparados de un modo simple. Así evitará la pesadez después de las comidas y la tentación de eliminar las mismas con medicinas que lo liberarán momentáneamente pero que terminarán agotando sus energías.

"Las células cerebrales con las que el niño llega a la escuela deben recibir proteínas y vitaminas. . . si se permite a los niños el libre acceso a las nueces, el queso y otros alimentos proteínicos puede calmarse a los más turbulentos, a los más desobedientes y a los más destructivos. . . El cerebro del niño requiere de dos a tres veces más energía que el del adulto".⁶

3. **Controle su descanso.** Si bien la proporción necesaria de sueño varía con la edad, se puede afirmar que el estudiante ha dormido lo suficiente si se despierta descansado por la mañana y listo para iniciar las actividades cotidianas. Normalmente un niño debiera dormir nueve horas diarias — a veces necesita un período adicional de des-

canso durante la tarde. El adolescente se sentirá bien físicamente después de haber dormido ocho horas. Vele para que el escolar evite el estudio nocturno y le sustraiga horas al sueño.

4. **IncentíVELO para que no descuide el ejercicio físico.** El estudiante es activo por naturaleza y se siente mejor cuando se mueve que cuando está obligado a quedar quieto. El ejercicio a practicar durante el período de exámenes debería ser de relajación y no de sobreexcitación: paseos, aerobismo, trabajo físico al aire libre lejos de las multitudes y la contaminación. Mientras estudia para los exámenes debería intercalar períodos de estudio y de ejercicio durante el día.

5. **Ofrezcale un ambiente físico adecuado.** Proporcione a su hijo un lugar apropiado para estudiar. Si es posible una habitación de la casa donde pueda estar solo y disponer de sus elementos escolares como lo crea conveniente. Cuide que el entorno sea silencioso y apacible.

6. **Rodéelo de las mejores condiciones emocionales.** Aunque muchos escolares se adaptan bien a la escuela, no tienen la madurez necesaria para enfrentar los problemas que el sistema escolar les impone. La escuela a veces culpa al hogar de ciertas inconductas porque éstas se producen allí, pero con frecuencia es la situación escolar la que origina esta tensión.⁷

Las tensiones producidas por una situación de exámenes pueden provocar vómitos, pesadillas, disminución de la atención, irritación, problemas visuales, etc.

Ayude a su hijo a sentirse seguro de lo que estudia repitiéndole vez tras vez que si fija bien los conocimientos los recordará en el momento oportuno aunque crea haberlos olvidado.

Evítele toda emoción violenta, sobre todo negativa. No lo sobreestime desde ningún punto de vista. Y antes que nada, déle la seguridad de que aun en el caso de que fracasara, la relación afectiva entre él y usted no sufrirá alteraciones.

7. **Ayúdele a lograr una buena experiencia espiritual.** No dejemos de reconocer que la actitud espiritual cumple un papel significativo en la aprobación de exámenes. Enseñe a su hijo a confiar en Dios, en sí mismo y en usted. Oriéntelo para que cumpla honestamente su parte, cumpla usted la suya y Dios hará el resto. No tenga la menor duda.

El apoyo familiar y el aprendizaje

Cuando existen relaciones amistosas entre padres y maestros, la enseñanza adquiere un nuevo sentido e importancia. Los padres pueden apoyar las actividades escolares y generalmente lo hacen así cuando saben qué es lo que sucede y por qué motivo una actividad es importante. Este apoyo a menudo toma la forma de una ayuda directa: padres que conciertan visitas a una industria de la comunidad; una familia que invita a los niños del jardín de infantes a ver una lechigada de gatitos; padres que explican a los alumnos mayores los comple-

jos detalles de sus negocios; madres que ayudan a preparar los trajes para una representación teatral; y matrimonios que encuentran la manera práctica de sacar partido, en casa, de la lectura, la escritura, la aritmética, la ortografía. . .

El apoyo paterno sirve de escudo para proteger a la enseñanza de las críticas infundadas e irreflexivas y de los ataques que la desacreditan a sabiendas o por ignorancia. El franco apoyo que pueda prestarse a los objetivos de la escuela se encuentra entre los factores que mejoran la calidad y eficacia de la enseñanza.

¹ Gilbert de Landsheere, *Evaluación continua y exámenes* (El Ateneo, Buenos Aires), pág. 3. ² *Ibid.*, pág. 12. ³ *Loc. cit.* ⁴ Rothney et al., *El aprendizaje y sus problemas conexos* (Librería del Colegio, Buenos Aires), pág. 270. ⁵ Maurice Tièche, *Guida pratica dell'educazione* (Edizioni A.D.V., Firenze, Italia), tomo 2, pág. 313. ⁶ A. Gesell, F. Ilg, L. Ames, *El niño de cinco a diez años* (Ed. Paidós, Buenos Aires), pág. 381. ⁷ *Ibid.*, págs. 386, 387.

Capítulo 5

¿POR QUE MIENTEN LOS NIÑOS?

La mentira tiene remedio

La mentira infantil no es una causa sino un síntoma. Ella no indica simplemente que el niño ha faltado a la verdad; es una señal de alarma. El problema subyacente puede estar lejos de la mentira en sí.

Hay mentiras y mentiras

Primeramente tratemos de determinar qué es mentira y qué no lo es. Tratándose de un adulto es fácil definir la mentira: expresión contraria a la verdad. Pero si nos estamos refiriendo a un niño de tres o cuatro años, esta definición casi carece de sentido, porque el niño a esa edad no tiene noción precisa de lo que es "la verdad".

a. *Mentiras que no lo son.* Un niño pequeño puede afirmar algo falso sin la menor intención de engañar a su interlocutor. Acoge del mismo modo cuantas ideas le vienen a la mente: lo que ve, lo que desea, lo que imagina. Todo le parece más o menos real. Lo ejemplifica claramente una niña de tres años que le había rogado a su padre que la llevara a un estanque próximo para ver los patos que se lucían diariamente en él. Ante la insistencia de la niña, un día padre e hija se pusieron en marcha hacia el lugar y comenzaron a recorrer el borde del estanque. . . con tan mala suerte que ese día no pudieron ver ni un solo pato. No pudieron descubrir dónde se habían escondido. El padre, sintiéndose obligado a seguir buscando, daba vueltas una y otra vez por el borde del estanque, hasta que la niña, de espaldas al mismo y con la atención ya fija sobre otra cosa, le dijo: "No busques más papá, ya veo los patos". En realidad no vio pato alguno. Los patos "verdaderos" no se hicieron ver durante todo el paseo. ¿Era ésta una mentira? Para el adulto, sí. Para la niña, no.

A veces son los adultos los que hablan de "realidad". Al niño, el deseo y la imaginación le proporcionan muchas veces esa realidad. La niña del ejemplo deseaba tanto ver los patos, que después de una hora de hacer todo lo posible por verlos, tenía la cabeza llena de patos y era, después de todo, como si los hubiera visto.

**Todo niño que miente,
envía una señal. ¿Sabe
usted descifrarla?**

**¿Cuándo las mentiras
infantiles comienzan a ser
realmente mentiras?**

Bien puede ser que hasta los seis años el niño vea cosas que en realidad no ha visto, o mejor dicho, que los adultos no hemos podido ver, pues su imaginación se las ha hecho "ver" tal como él quería. En otras ocasiones el niño suele mentir por exageración. En ese caso, no lo desmienta con brusquedad. Enséñele "poco a poco qué cosas son verosímiles y cuáles no lo son; qué es posible y qué es imposible. Si dice que ha visto un perro grande como un león, es sin duda porque el perro le ha causado miedo y su imaginación le ha hecho aumentar el volumen del mismo".¹ Enséñele que los perros son más pequeños que los leones, que lo que ha dicho es una exageración, pero no lo trate de mentiroso, porque eso puede ofenderlo y confundirlo.

El niño pequeño puede imaginar que afirmando una cosa la hace existir, y que negándola, la suprime.

Pero hablemos de las mentiras "de verdad". El caso que preocupa es el del niño que cuenta cosas falsas cuando ya distingue entre la verdad y el error. Después de los cuatro años está en condiciones de diferenciar la verdad de la mentira. Esta diferenciación no es rápida ni automática; se adquiere por medio de aprendizaje, experiencias. . . y mucha paciencia por parte de los padres.

b. *La mentira exploratoria.* Al niño le gusta explorar lo desconocido. A veces miente para "descubrir el otro lado de la verdad y encontrar lo que puede estar oculto allí".²

Los niños creen y aceptan las normas establecidas por sus padres, hasta que llega el día cuando tratan de explorar si esas reglas son realmente firmes. "¿Qué pasará si rompo esas reglas?" "¿Qué se sentirá al decir una mentira?" La mentira exploratoria puede ser el primer paso titubeante de su hijo hacia la independencia. El niño quiere definir la mentira por sus límites. Es difícil impedirle que diga la primera mentira exploratoria. En algún momento del camino del desarrollo cada niño pondrá la verdad a prueba. Espere la mentira exploratoria pero no la deje pasar sin hablar seriamente con su hijo sobre ella.

Hágale saber que las normas del hogar y la conducta son firmes, y que hay que respetarlas. Hágale ver claramente la osadía de tal exploración y las posibles consecuencias. A esta altura el niño sabe que el acto de mentir tiene implicaciones que caen fuera de la moral y de la ética. Sea consecuente en su enseñanza. No deje

pasar ni una mentira sin hacerle notar la gravedad del caso. No obstante, no sea trágico ni lo acuse de mentiroso. Ayúdele a crecer, no lo destruya.

c. *Mentira encubridora*. Es el arma de la cual se vale el niño para ocultar algo que ha hecho o dicho y que sabe que está mal. Dice la mentira para protegerse de ser descubierto. Ser descubierto significa ser castigado, y trata de evadir el castigo encubriendo una mala acción con la mentira.

La mentira encubridora merece castigo. Y los padres deberían aplicar un castigo justo, proporcional y oportuno para crear conciencia de que la mentira deforma el carácter y el niño debería evitarlas siempre, aun frente a presiones externas o causas "justificadas".

Este tipo de mentira denota un mal más profundo y ella misma es en sí una doble falta: la mentira y la mala acción que la causó.

d. *Mentira manipuladora*. Es la que el niño usa para conseguir ventajas o cosas que de otro modo no podría obtener. "Me duele la cabeza, no puedo ir a la escuela". Si usted comprueba que el tal dolor de cabeza no existe, no recompense la mentira permitiendo que el niño quede en casa. Llévelo a la escuela y enséñele a enfrentar su falta de estudio o de voluntad. Demuéstrele que usted no se impresiona con su "dolor de cabeza" y que se ha dado cuenta de su mentira.

Tampoco le permita manipular la mentira para destacarse entre sus amigos o quedar como héroe frente a ellos. "Le di tantas 'piñas' a Carlitos que le gané, y

todos los chicos me aplaudieron, y él me pidió perdón, y..." Demuéstrele que usted no le creyó esa fantasía y que esa mentira lo puede alejar de sus amigos en vez de ayudarle a ganárselos.

e. *La mentira descarada*. Es la mentira obvia. El niño la usa aun cuando sabe exactamente que sus padres conocen la verdad. El mensaje de la mentira descarada es: "Denme más atención", "háganme sentir que soy alguien para ustedes", "díganme que me quieren". A veces el niño, mediante la mentira descarada, busca el castigo. Por increíble que parezca, prefiere ser castigado antes que no recibir atención alguna. Al menos así no se siente ignorado.

El castigo en este caso no es el remedio más efectivo. No obstante, se le debe mostrar su error. Como padre o madre detecte el mensaje de esta mentira. Descubra lo que el pequeño necesita y ofrézcaselo: amor, tiempo, amistad, atención. Planee actividades junto con él. Hágale sentir que lo ama, y la mentira descarada desaparecerá.

Causas frecuentes de las mentiras

Ya mencionamos que las mentiras son síntomas. Entonces ¿cuál es la etiología? Es múltiple:

a. *Fantaseo*. Simple fruto de la imaginación. No es peligrosa, pero merece atención. No aceptarla. No castigar al niño por ella, pero ayudarle a fijar límites entre lo real y lo irreal.

b. *Temor al castigo*. Arma de autodefensa. "Los padres sancionadores tienen hijos mentirosos".³ No castigar, pues se

acrecenta el mal que se trata de evitar. Conversar. Demostrar confianza. Animar al niño a enfrentar la situación y a ser cuidadoso para no repetirla.

c. *Presunción*. Es el arma usada para atraer la atención sobre sí mismo. Los mayorcitos suelen vanagloriarse de sus proezas, jactarse de sus fechorías, "dárselas de duros" para lograr un lugar reconocido en el grupo (sobre todo cuando no lo poseen).

No fomentar estas jactancias. El niño debe darse cuenta de que no impresiona a sus padres con eso. No obstante, no deje de captar el mensaje de este tipo de mentira: el niño se siente inferior dentro del grupo. Hable con él. Infúndale confianza en sí mismo. Ayúdele a destacarse por sus dotes naturales. Felicítelo cuando lo merezca. Nunca lo desmerezca ni lo compare con otros.

d. *Fingimiento*. Las mentiras por simulación son difíciles de atacar. No obstante, no baje la guardia. El niño finge para evitar una tarea desagradable o para ponerse a tono con el grupo o los personajes que admira. Intente desconcentrar sus focos de atención y ofrecerle otros más atractivos.

No obstante, a veces parece fingir y en realidad no lo hace. Puede haber razones orgánicas: hipovisión (visión disminuida), hipoacusia (audición disminuida), u otros problemas similares. Hay simulaciones de las que no es responsable. En este caso el castigo es inútil, pues la punición no hace impacto alguno en la vida inconsciente. Si insiste en no ir a la escuela porque se siente enfermo, llévelo al médico. Si no

Causas y tratamiento de la mentira infantil

En la infancia raramente la mentira se presenta como una alteración intencional o dolorosa de la verdad. A esta edad existe una modificación de los hechos provocada por la imaginación y que no siempre tiene contornos amenazadores para la ética. No obstante, si un niño miente con frecuencia habría que detectar las causas de esa conducta y controlar la situación ayudándole a evitar cualquier problema que amenace la veracidad.

La mentira infantil puede ser el equivalente verbal del sueño. Con ella el niño conforma la realidad que anhela y no posee. La imaginación del infante parte de una realidad incompleta para llegar a una realidad ideal y la mentira suele ser el vehículo de este pasaje. Cuando el niño habla de su amigo —muchas veces imaginario— o de sus

hazañas increíbles, no miente, sino que pone en funcionamiento un mecanismo de compensación.

El peligro comienza cuando la mentira se transforma en instrumento de defensa y ataque. Las principales causas de la mentira infantil son: carencia (afectiva, social, etc.), rigidez del ambiente (normas, disciplina, etc.), deseo de figurar, imitación, miedo y tendencia mitómana (patología). Una vez detectada la causa hay que proceder a su eliminación o superación. Si ésta fuere el exceso de imaginación, se le deben brindar situaciones y oportunidades que sean propicias para la canalización de su energía creadora. Si hay una no aceptación de la realidad, existe una "lesión" afectiva que considerar y es necesario ayudar al niño a internalizar esa realidad de un modo suave y persistente para no

causar traumas. Si la causa fuere la rigidez excesiva, es conveniente modificar el ambiente, brindándole un clima familiar comprensivo que favorezca el desarrollo y la expansión de su personalidad. Si la causa fuere la imitación, ¡cuidado! Como padre revise sus móviles y vigile sus actos y palabras. Si la tendencia mitómana es de contornos patológicos, conviene iniciar un tratamiento terapéutico orientado por un profesional.

No obstante, aun la mentira más inocente puede convertirse en una amenaza para la ética y la moral. Hay que combatirla sabia y persistentemente. Ofrecer un ejemplo incuestionable, hacer ver al niño las consecuencias de sus mentiras y, sobre todo, buscar la ayuda divina para erradicar toda mentira que pueda deformar el carácter infantil.

tuviera una razón física, déjelo en cama hasta que "se sane". Tal vez la inactividad total lo haga renunciar a su comedia. Y si no renuncia, es porque hay en él una situación de bloqueo. Consulte a un especialista que descubra la verdadera causa y le ayude a terminar con la simulación.

e. **Agresión.** Hay mentiras que van "directo a la mandíbula". Sólo llevan el objetivo de agredir. Es como usar los puños o los pies en el ataque ofensivo-defensivo del enfrentamiento personal. "Mamá, Valeria dice que eres una tonta", equivale a pretender que mamá eche de casa a Valeria o le dé una reprimenda verbal con la amenaza de hacerla castigar por su propia madre. ¿Causa? Hostilidad. ¿Solución? Allanar el camino de la reconciliación y resolver el resentimiento.

Remedios para la mentira

No pretendemos dar recetas magistrales para erradicar el hábito de mentir en los

niños. Pero sí hay algunas cosas que le ayudarán a prevenir o a curar de a poco este mal tan común en los pequeños.

a. **Confianza en el niño.** La mentira es un cáncer que debe ser prevenido o, si está presente, extirpado. No obstante, a veces un niño miente porque cuando dijo la verdad no se le creyó. Si usted le demuestra desconfianza sistemática e injustificadamente, lo obliga a mentir, pues en vez de decirle lo que siente o lo que estima que es la verdad, le dirá lo que le parezca que usted va a aceptar. No lo acuse de mentiroso. Mentir una vez no es ser mentiroso. Una sola acusación equivocada hará vacilar la confianza que tiene en usted y en él mismo.

b. **Sinceridad.** Para que el niño considere inútil la mentira, basta criarlo en un clima de sinceridad. ¿Le dice usted las cosas como son, tal como su edad le permite entender? ¿Usted actúa y habla siempre con sinceridad? Está seguro/a de no echar mano de mentirillas en las que los

niños participan más o menos directamente: "Si llama la Sra. X dile que no estoy"; "No le cuentes esto a papá".

Tampoco le mienta (ni le diga medias verdades) para evitar ofrecerle la información que solicita sobre una cuestión que le causa dificultad: educación sexual, divorcio, pornografía, etc. Busque la respuesta clara, que la edad del niño requiere, désela con simplicidad y no se avergüence por ello. No precisa darle más información que la que él le pide, pero désela con franqueza y seguridad.

Si no puede responderle algo, dígame que se lo explicará cuando él pueda comprenderlo, pero no lo engañe. Si su hijo confía en usted, le creará aunque no pueda comprenderlo.

c. **Discreción.** A medida que su hijo crece, necesita independencia. Por eso recurre a veces a mentiras para lograrlo. No lo deje llegar a este punto. Renuncie a sus sentimientos sobreprotectores, dándole la dosis de independencia progresiva que necesita. Déjelo equivocarse —cuidándolo siempre del peligro— pero no se lo haga notar. No fuerce su intimidad. No lo obligue a ser su confidente. Si usted lo ha educado en un clima de confianza, él mismo le contará sus sentimientos. Guarde siempre sus secretos (sin ser cómplice de sus fechorías). Dispóngase para escucharlo más que para hacerlo hablar.

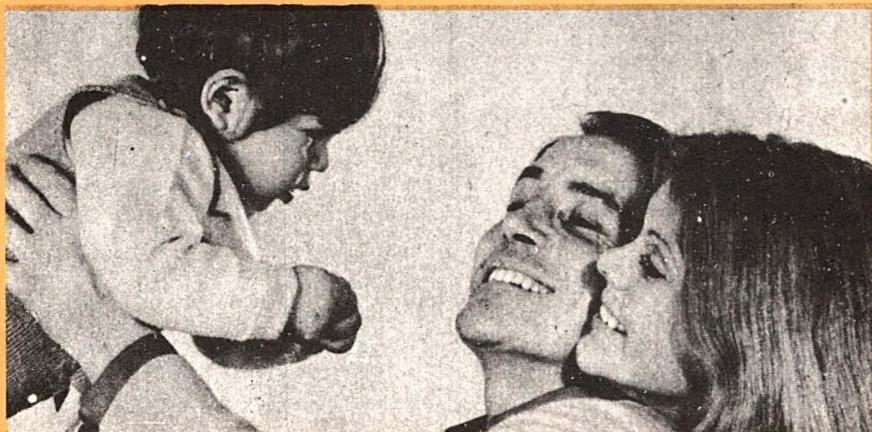
d. **Use el castigo en caso extremo y necesario.** El castigo (corporal o psíquico) no es siempre oportuno. No obstante, cuando lo sea, cuide que sea justo y didáctico.

e. **Firmeza.** Sea firme en decir, seguir y defender la verdad, y la mentira no tendrá mucha cabida en el decir y hacer de su hijo. Sea consecuente y perseverante. No deje pasar una mentira porque ese día está "cansado", en tanto que otra vez lo castiga porque "ésta no se puede dejar pasar". Guíe la educación de su hijo por principios y no por estados de ánimo.

f. **Contorno ético.** El niño debe vivir la verdad como clima del hogar. En tal caso la mentira será un intruso en casa, y aunque el niño la experimente alguna vez, no se arraigará en él como un hábito. Hágame ver los contornos éticos de la mentira, las consecuencias en su propio carácter y en la vida de los demás y, sobre todo, la desaprobación de Dios en relación con la lengua mentirosa: "El Señor aborrece a los mentirosos, pero mira con agrado a los que actúan con verdad".⁴

¹A. Berge et al., *Las dificultades de vuestro hijo* (Madrid, Ed. Morata, 1976), pág. 125. ²P. Ackerman y M. Kappelman, *Señales. Los niños no hacen las cosas porque sí* (Ed. Pomaire, 1981), pág. 48. ³Psicóloga Lidia Daffinotti, asesora de la revista *Vivir*. ⁴Proverbios 12: 22. versión Dios habla hoy.

Los padres como modelos de veracidad



No permitáis que vuestros hijos tengan motivo para excusarse diciendo: Mamá no dice la verdad; papá no dice la verdad. . . ¿Serán pervertidos vuestros hijos por el ejemplo de los que deberían guiarlos por los caminos de la verdad?

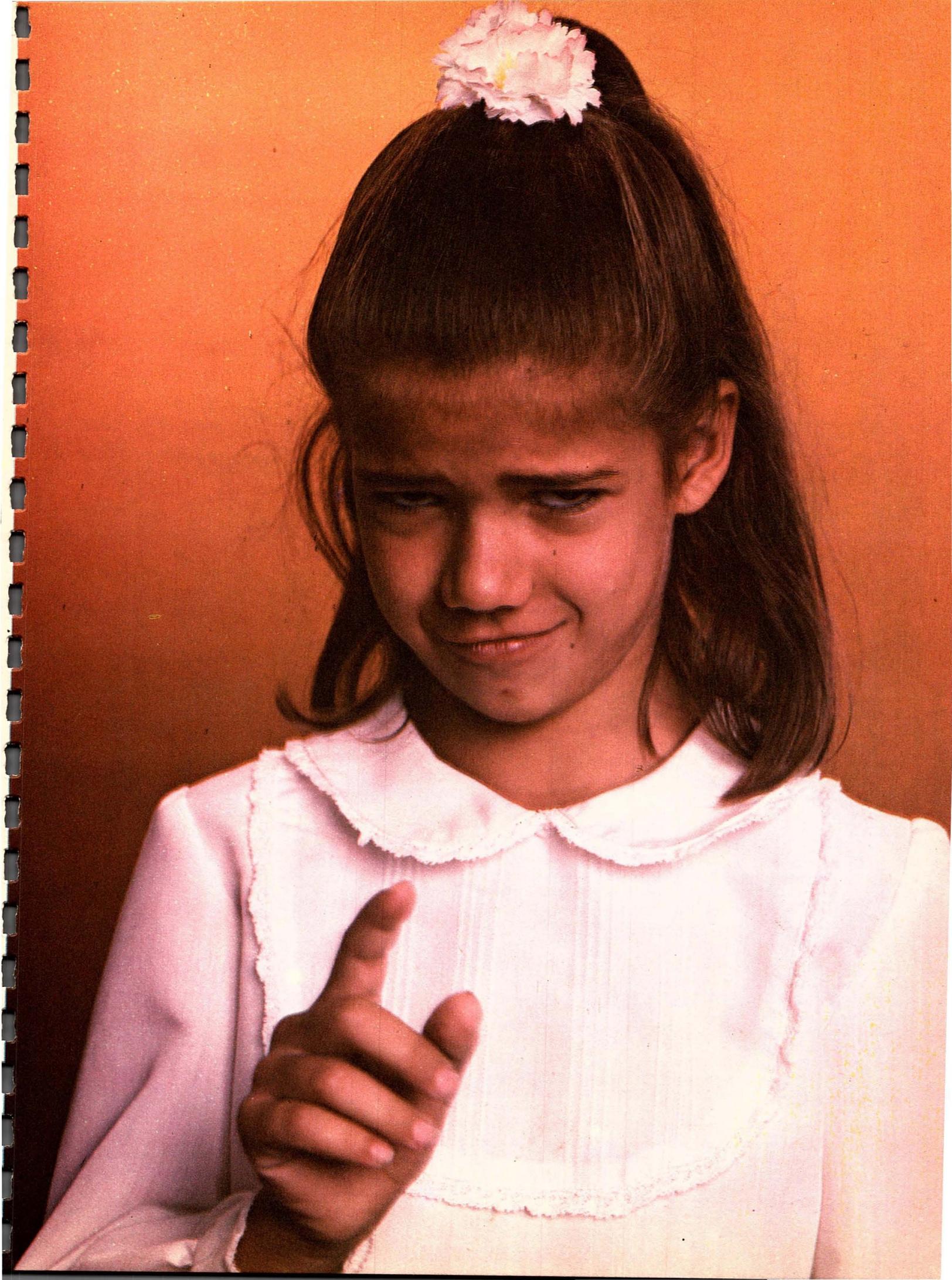
No puede esperarse que los niños sean completamente cándidos. Pero existe el peligro de que los padres, por un trato desacertado, destruyan el candor que debería caracterizar a la experiencia infantil. . . A medida que los hijos crecen, los padres no deberían proporcionar la menor ocasión para la siembra de esa semilla que se desarrollará hasta convertirse en engaño y falsedad, y que madurará en hábitos de desconfianza.

Los padres deberían ser modelos de veracidad, porque ésta es la lección dia-

ria que debe imprimirse en el corazón de los niños. Principios inmovibles deberían dirigir a los padres en todas las ocupaciones de la vida, especialmente en la educación y enseñanza de sus hijos.

Padres, no mintáis nunca; nunca digáis lo que no es verdad en precepto o en ejemplo. Si queréis que vuestros hijos sean veraces, sed veraces vosotros mismos. Sed rectos e inmovibles. No debería permitirse ni una mentira por pequeña que sea. Debido a que las madres están acostumbradas a mentir, los hijos siguen su ejemplo.

No os impacientéis con vuestros hijos cuando yerran. Cuando los corriáis, no les habléis abrupta y duramente. Esto los confunde y les hace temer decir la verdad.



Capítulo 6

LA FORMACION SOCIAL DE LOS HIJOS

Vacaciones en familia

Seguramente hace ya varias semanas que usted sueña con el descanso anual, con detener el ritmo sobrecelerado que el año ha impreso a su cuerpo y a su mente. Se imagina recostado en una reposera, acariciado por el sol, escuchando la danza lenta pero incesante que los latidos de su corazón describen al compás de las olas marinas.

Pero resulta que Marcelo, su hijo de doce años, quiere estrenar el equipo de andinismo que le regalaron para Navidad; Claudia (de quince) espera las vacaciones para viajar como mochilera con un grupo de amigos y amigas de la barra; y Germán (de siete) amenaza con no separarse de su bicicleta ni durante las horas de playa.

Tal vez consiga quince días en enero, pero su esposa tiene que estar de vuelta para el 25 de ese mes en la oficina. En febrero Claudia debe dar examen de piano (y 5º año no es broma). Germán dispone de tres meses y quiere disfrutarlos a fondo. Mucho tiempo libre para algunos, demasiado poco para otros. Una semana o dos puede ser suficiente, pero es imprescindible que sean vacaciones "en familia".

Los miembros de una familia tienen diferentes edades, llegan a las vacaciones desde distintos estilos de actividad y depositan en ellas expectativas dispares. Todo eso hace que ese descanso anual deba ser planificado con cuidado, buscando la mayor garantía posible de éxito y desarrollo familiar.

¿Para qué "juntos"?

En mayor o menor grado el trajín escolar, hogareño o laboral determina períodos en que la familia debe renunciar a estar reunida. Las obligaciones de cada uno, la partici-

pación en variados grupos sociales —club, escuela, iglesia, círculos profesionales, amigos, etc.—, privan a la familia durante el año de algo que las vacaciones pueden restituirle: tiempo y espacio para *estar juntos*, para restablecer comunicación, para conocerse mejor, para redescubrirse, para asombrarse ante el crecimiento de unos, para fortalecer la confianza en otros, para encontrarse mutuamente en el juego, en la conversación y (¿por qué no?) en la aventura.

Hallar ese tiempo parece obra de un experto. Las vacaciones de los chicos dependen del calendario escolar; las de los padres, de sus ocupaciones. Hacerlas coincidir puede ser fácil, o no, pero es *imprescindible* encontrar un tiempo para estar juntos. Algunas familias lo necesitan más que otras, pero todas deben crear situaciones de convivencia que favorezcan la superación de situaciones de dependencia-independencia, necesidad-servicio, trabajo-juego, comunidad-privacidad por medio de una mayor flexibilidad de normas y una amplia diversidad de experiencias. Y las vacaciones son el momento ideal para lograr estos objetivos.

¿Adónde ir?

Hay vacaciones para grandes que aburren a los chicos y vacaciones para chicos que agotan a los grandes. ¿Al campo o a otra ciudad? ¿Al mar o a la montaña? ¿*Camping*, hoteles o casas de parientes? Tal vez las vacaciones en ciudad, visitando museos y lugares históricos, sean interesantes para adultos y jóvenes universitarios, pero para los niños dejan de ser "vacaciones".

Trate de elegir un lugar que satisfaga los intereses de todos los miembros de la fami-

lia o que signifique el menor sacrificio para cada uno de ellos.

¿Qué le parece el campo? Si usted piensa que sus chicos se van a aburrir... ¡se equivoca! Las ventajas de un verano en el campo son incontables. El clima, mucho menos excitante que el marítimo, es ideal para niños pequeños. Los grandes espacios verdes permiten disfrutar de correrías, viajes en *sulky* o tractor. Los estímulos que un niño puede recibir en el campo —olores, sabores, colores, sonidos— desarrollan su percepción, su imaginación, y lo enriquecen profundamente. El campo permite relaciones interfamiliares más intensas porque hay menos ruido y poca gente. Proporciona a los niños mayores nociones de tiempo y espacio más claras, lo que hace que capten mejor el macromundo y el micromundo y capitalicen estos procesos con más provecho. El campo descansa y enseña, o sea, mientras usted descansa sus niños aprenden.

¿Pensó alguna vez en los parques nacionales? Casi puedo oír su respuesta: "¡Vaya novedad! Son el destino vacacional casi obligado de miles de personas cada año". Sí, pero la mayoría busca en ellos una porción limitada del vasto espectro de posibilidades recreativas y educativas que éstos encierran. ¿Advirtió que cada planta, cada flor, cada bichito, merece una detenida observación porque ofrece datos y más datos acerca de las maravillas de la naturaleza y sus procesos? Es casi como sentir la emoción de observar un "rinconcito" del mundo tal como era antes que el hombre lo arruinara. Será el punto de partida para mirar la naturaleza con otros ojos.

Una playa poco concurrida, las sierras o las montañas son también un buen refugio para la familia en vacaciones. Recuerde que

mientras más alejados estén del ruido y del movimiento, más fácil les será estar todos "juntos".

¿Qué hacer?

A ese padre que sólo se lo ve de noche, cansado y tal vez malhumorado, se lo puede descubrir a las once de la mañana dispuesto a hacer deliciosos panqueques para todos. Durante el año mamá tiende las camas cuando todos han salido de casa. Marcelo casi no lo ha advertido, pero ahora descubre que hacer su propia cama es divertido y que esto le devuelve una madre conversadora, animada y compañera.

La continuidad de la compañía, sólo posible en vacaciones, parece estimular el

desarrollo y el descubrimiento de las cualidades positivas que habíamos perdido insensiblemente detrás de la rutina y las tensiones.

Quizá la mamá descubra que puede jugar en la playa con sus hijos (aunque sean varones). ¿Por qué no aprovechar esa caminata "de a dos" para conversar con su adolescente? ¿Y si el partido de tenis lo convenciera de que su hijo menor tiene destrezas que usted no había descubierto? Compartir las vacaciones puede acercarnos a una riqueza insospechada. Es necesario conversar mucho, observar con atención, renunciar un poco a los propios gustos para favorecer el de los otros miembros de la familia, intentar cosas nuevas, dejar atrás los negocios, los problemas escolares, las

urgencias económicas y las ansiedades cotidianas. Un ánimo así dispuesto y una buena cuota de privacidad permiten recuperar y fortalecer los lazos familiares más prístinos.

Destierre de las vacaciones las discusiones y los enfrentamientos. Trate de descubrir en cada miembro de su familia ese ser que usted quiere ver, y sin duda lo encontrará.

Mucho o poco tiempo, cerca o lejos, rica o modestamente, las vacaciones familiares son el descanso del año, tal vez el único y el más recordado. Planificarlas, aceptar lo imprevisto como un ingrediente divertido, respetar las individualidades sin perder la comunión familiar, son deber y derecho de toda familia.

El maltrato infantil

El maltrato de los niños ha existido desde tiempos inmemoriales bajo diversos aspectos y formas. Antiguamente, las nodrizas se prestaban a la compra y venta de los pequeños que luego eran explotados mediante la integración a una ardua vida de trabajo. Cuando llegaban a la edad escolar se los sometía al cuidado del "hombre del látigo", que los castigaba con el menor pretexto.

Todavía en el siglo XIX los padres, maestros y tutores creían que el único modo de curar la insensatez que alberga el corazón de un niño era la represión con la vara. La máxima "la letra con sangre entra" ha tenido vigencia durante mucho tiempo, y todavía la tiene aunque digamos lo contrario.

Con el paso del tiempo el mundo se ha preocupado por el bienestar infantil. Con ese motivo en 1825 se creó en los Estados Unidos el Child Welfare Movement [Movimiento de Bienestar Infantil], y en 1871 la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Niños. Posteriormente surgieron otros organismos nacionales e internacionales para proteger al niño de los diversos maltratos aplicados por padres, familiares, tutores o maestros.

En 1868 Ambroise Tardieu, catedrático de Medicina Legal en París, describió por primera vez el síndrome del niño golpeado. Para eso se basó en las autopsias de 32 niños que murieron a causa de golpes o quemaduras ocasionadas por adultos.

En el mismo año Athol Johnson, del Hospital de Niños de Londres, publicó un informe sobre la frecuencia de los casos de fracturas múltiples que observó en niños llegados al hospital luego del castigo aplicado por sus padres.

En 1961 Henry Kempe organizó un simposio en la reunión anual de la Academia

Americana de Pediatría sobre el síndrome del niño golpeado. Allí presentó los puntos de vista pediátrico, psiquiátrico, radiológico y legal, concluyendo que la gran mayoría de las afecciones infantiles eran originadas por el abandono y el maltrato.

La agresión en cifras

UNICEF, a través de su Agrupación de Periodistas para la Infancia, informó en una mesa redonda realizada en septiembre de 1984 en el Centro de Información de las Naciones Unidas de Buenos Aires, que en un año se reciben un total de 851.000 denuncias sobre niños martirizados, o sea, víctimas de un maltrato extremo.

Cifras iguales o mayores hacen referencia a un maltrato oculto referido no solamente a las familias de los niños agredidos sino a instituciones con fines de protección y rehabilitación de menores.

En los Estados Unidos se detectan anualmente 320 casos de niños maltratados por cada millón de habitantes. En Chile, para citar un país latinoamericano, fueron denunciados 800 casos de maltrato solamente en el año 1983, en la ciudad de Santiago. Lamentablemente, las cifras de la agresión no son proporcionalmente menores en el resto del mundo.

¿Qué es el maltrato infantil?

El maltrato infantil se ha definido como "el uso de la fuerza física intencional, consciente o inconsciente, dirigida a herir, lesionar o destruir al niño, ejercido por parte de un padre o de otra persona responsable del cuidado del menor".¹

Las actitudes y acciones adultas consideradas maltrato, respecto a un niño, corresponden a las siguientes categorías: violencia física o moral, abandono físico y emocional, violencia emocional (amenazas, burlas, etc.) y explotación sexual.

La agresión física queda delatada por un cuadro clínico que generalmente no concuerda con las explicaciones entregadas por los padres. El niño ingresa al nosocomio con fracturas múltiples, hematomas y lesiones cerebrales diversas, causadas por golpes de palos, cinturones, alambres y otros elementos duros y cortantes. Otras veces presenta huellas de quemaduras de cigarrillos o artefactos eléctricos, que actúan como armas causantes de la muerte del infante.

También el abandono y el descuido total del niño pueden producir daños psicofísicos irreversibles. La violencia emocional, velada muchas veces bajo la forma de amenazas, presiones psicoemotivas, burlas, etc., suele dejar secuelas iguales o peores que la agresión física. Y finalmente, la explotación sexual es una de las formas más dramáticas de maltrato a la infancia.

En los orígenes del maltrato

Las causas determinantes del maltrato son de diverso origen, especialmente los padres y el medio. Algunas características psicológicas encontradas en los padres de los niños agredidos, revelan una severa distor-



sión del concepto de paternidad. Por ejemplo: baja estimación —acompañada de volubilidad emocional—, escasa tolerancia a la frustración y descontrol de los impulsos primarios, consecuencia a su vez del maltrato recibido de sus padres durante la infancia.

La carencia de apoyo y afecto que sufrieron en su niñez, impulsa inconscientemente a estos padres a rechazar a sus hijos mediante el castigo y el maltrato.

La inmadurez emocional de muchos progenitores los lleva a maltratar emocional-

mente a sus criaturas en busca de una seguridad personal que no poseen y que, por otro lado, les resulta inalcanzable.

Estos padres, consciente o inconscientemente, identifican al niño como la causa de sus conflictos familiares y socioeconómicos, y descargan sobre ellos sus frustraciones sometiendo a un maltrato solapado y constante.

El estrés de la vida moderna y de los ambientes marginados es otra de las causas del comportamiento colérico —o indiferen-

te— que conduce a los padres al maltrato de sus hijos.

Un análisis somero del problema podría inducirnos a pensar que el comportamiento agresivo del adulto depende de la condición socioeconómica. Pero no es así, aunque esto es parte de la verdad. El maltrato se presenta en todos los estratos sociales y bajo una multitud de formas. Lo que sí es verdad es que en el submundo de las clases marginadas estos casos son más frecuentes y dramáticos y reciben una mayor divulga-

ción por parte de los medios de comunicación masiva.

Resta, obviamente, decir que muchos casos no son informados o denunciados, ya sea por temor o por no hacer públicas las actitudes erróneas de padres y familiares que llevan una vida aparentemente "normal".

¿Cómo reaccionan los niños maltratados?

La vida de un pequeñín está llena de transiciones y novedades. Está sujeto a un imperativo que a menudo le exige ir donde nunca ha ido, hacer lo que nunca antes ha hecho, ser lo que nunca antes había sido. Un niño lleva una vida llena de aventuras, descubrimientos y búsqueda de lo desconocido.

A veces los padres se olvidan de esto y castigan físicamente al niño para "enseñarle" a actuar en forma correcta. Se cuenta que Martín Lutero dijo en cierta ocasión: "Mis padres me educaron con mucha dureza, de manera que me he convertido en un ser tímido. Mi madre por la menor cosa me pegaba de tal modo que me hacía brotar la sangre. Y la vida severa y seria que han

Los mil rostros del drama

¿Cómo se da cuenta un médico cuando el caso que se le presenta es efectivamente el de un maltrato? El Dr. Oscar Nobua, del departamento de Psicopatología del Hospital de Niños Pedro Elizalde, de Buenos Aires, responde: "La mayoría presenta golpes de distinta antigüedad en lugares del cuerpo que difícilmente se lastiman por casualidad. Si vemos que un chico tiene hematomas de distintos colores en la espalda, abundantes chichones, escoriaciones o quemaduras, comenzamos a desconfiar. Cuando los niños son más grandecitos, el síntoma más evidente se encuentra en los brazos, pues con esa parte del cuerpo tratan de frenar los golpes".

"El carácter de un niño apaleado es bastante particular —afirma el Dr. Enri-

que Biagioli, de la misma institución—. La primera impresión que dan es la de ser chicos asustadizos, muy retraídos y desconfiados. Son reticentes para hablar y muestran actitudes muy sufridas. Se los ve como paralizados frente a la acción ambiental. Se someten a los castigos o engendran resentimientos que no sabemos en qué pueden finalizar. Por otra parte, desarrollan un gran temor hacia toda autoridad y existe la posibilidad de que surjan conductas antisociales como agresión y venganza".

¿Existe alguna solución para esta enfermedad? Sí: rescatar al niño que hoy es castigado, ayudarlo para que mañana no haga lo mismo con sus hijos y vencer a los padres para que se sometan a una terapia de recuperación.

llevado conmigo ha sido la causa que me obligó a encerrarme y a hacerme monje".²

La mayoría de los niños castigados corporalmente sienten en su interior un fuerte

rechazo hacia sus padres, y el castigo, lejos de cumplir su objetivo, los deforma. En lugar de conducir a un reconocimiento de la falta, el niño es empujado hacia una actitud de terquedad y de rebelión.

Cuando un niño se habitúa a recibir el castigo corporal como pago y medida de cada una de sus actitudes o acciones, pronto lo incorporará como necesario, bueno y hasta placentero, aunque almacene en su alma todo el odio del mundo. Muchos niños aceptan el castigo como la evaluación de su comportamiento y cuando llegan a adultos condicionan su placer al recuerdo de los maltratos.

J. H. Schultz, psicoterapeuta berlinés, relata el caso de un militar de 38 años. Este oficial tenía miedo al matrimonio, pues sólo podía llegar a la satisfacción sexual cuando era castigado con varas y especialmente en una habitación de color rojo. Bajo hipnosis este hombre relató un recuerdo muy vívido de su infancia. Cada vez que merecía un castigo, su madre le hacía subir a su habitación, cuyo color dominante era el rojo. Allí le aplicaba el castigo con varas. La relación es obvia, ¿verdad?

El maltrato infantil es la más vil de las formas de exteriorizar las frustraciones y la ineptitud. Sheldon White dice: "El niño con quien se utilice más el método del amor que el del castigo físico, se introducirá mejor en la vida".³ He aquí el secreto, entonces: amor y no castigo.

La epidemia invisible

Hay una enfermedad que no tiene síntomas externos, pero es tan generalizada que ha tomado contornos de epidemia: el maltrato emocional de los niños.

Investigaciones realizadas por la Universidad de Minnesota sobre la paternidad y el desarrollo infantil afirman que los efectos del maltrato emocional en los niños pueden ser al menos tan devastadores como los del maltrato físico.

¿A qué llamamos maltrato emocional? Al conjunto de actitudes, palabras y acciones dirigidas a avergonzar, censurar, presionar y rechazar al niño en forma permanente: "Todos los días lo mismo. . .", "Siempre fracasas", "No tienes remedio", etc. Estas no son simplemente frases de una madre molesta o de un padre que ha tenido un mal día, sino las de padres que están habituados a atacar a sus pequeños. Las palabras *siempre* y *nunca*, que indican que el niño invariablemente acaba con las esperanzas de sus padres, son la clave para distinguir a los padres consistentemente abusivos de los que critican ocasionalmente con enojo o frustración.

Los maltratos emocionales no se originan en la mala conducta de la criatura, sino en los problemas psicológicos

no resueltos de los adultos, que son incapaces de comprender que la conducta de un niño es a veces independiente de lo que un adulto haga o deje de hacer. Un padre puede maltratar a un niño cuando llora insistentemente, sin pensar que la criatura tiene hambre o miedo, y que no lo hace "por capricho" o "porque quiere sacarme de quicio".

El maltrato emocional puede ser reconocido por las cuatro "D": desapego, desprecio, distanciamiento y dominación, y cualquier madre o padre desapercebido puede dañar a su hijo castigándolo con una de ellas. Lo peor es que las consecuencias del maltrato emocional a veces no afloran hasta que esos niños se convierten en padres.

¿Está usted constantemente enojado con su hijo? ¿Ve en él características que le recuerdan a alguien de la familia que a usted le desagradó? ¿Compara a su hijo con los de otras personas? ¿Con sus hermanos y hermanas? ¿Es indiferente a las alabanzas que otro hace de su hijo? ¿Se siente avergonzado de él? ¿Le molesta? Ojalá sus respuestas a estas preguntas sean negativas. Así se habrá salvado la autoestima del pequeño que él tanto necesita para ser equilibrado y feliz.

¹ Información proporcionada por el Servicio de Psicopatología del Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez, de Buenos Aires, Argentina. ² Oswalt Kolle, *Tu hijo, ese desconocido* (Barcelona, Editorial Brujuela), pág. 74. ³ Sheldon White, *Niñez*, colección La psicología y tú (México, Ed. Harper), pág. 118.

LA SALUD DEL NIÑO

La necesidad del control médico

Los niños entre cuatro a diez años son como los pichones que quieren volar del nido. Tentativas y ensayos sucesivos, algunos éxitos y no pocos errores y frustraciones, hacen que continuamente retornen al ambiente familiar en busca de ayuda y seguridad. Así van creciendo y desarrollándose, adquiriendo cada vez mayor independencia, destreza, habilidad y confianza.

En este período de la vida es cuando menos los ve el pediatra. Las consultas más comunes son por dolencias respiratorias, gastrointestinales o de la piel, generalmente de poca importancia; o bien por traumatismos o alergias. Pero, sin duda, en esta etapa las enfermedades son harto menos frecuentes que cuando eran pequeños.

Si bien es cierto que el crecimiento es mucho más regular que en los picos de los primeros años y de la pubertad, en el organismo del niño se producen cambios y readaptaciones importantes para un ser humano que ahora debe enfrentar problemas sociales que antes no tenía.

Principales exámenes

Es conveniente —y suficiente— una visita anual al pediatra para un control de peso, talla y tensión arterial, además de un examen físico completo.

Desde los cuatro años de edad, y una vez al año, se harán algunos estudios de detección de ciertas afecciones, que, de estar presentes, podrán tratarse precozmente. Sólo enumeraremos los más importantes:

1) *Examen visual.* Entre el 20% y el 25% de la población en edad escolar padece miopía o algún otro defecto en la vista.

La prueba de percepción de colores se hará en el ingreso a la escuela.

2) *Pruebas de audición.*

3) *Atención dental.*

4) *Examen sistemático de la columna vertebral.* Es muy importante, para detectar a tiempo posibles escoliosis.

Esta es la etapa de la probable aparición de dificultades escolares y emocionales, con trastornos en la adaptación ambiental.

Piaget se refiere a este período como el de las "operaciones concretas; el niño empieza a comprender lo que es una serie, adquiere capacidad de clasificar y también el concepto de 'inclusión', es decir, la relación del todo y sus partes".

A pesar de las diferencias temperamentales, del ritmo de maduración y del comienzo de la independencia en sus relaciones fuera del hogar, el niño va incrementando rápidamente sus habilidades manuales, intelectuales y sociales. Siente orgullo y satisfacción por sus logros y es sensible al estímulo.

Características cambiantes

Es importante saber que en este proceso de crecimiento y desarrollo, aun en un hogar normal y bien constituido (sin discordias conyugales, ni graves problemas de salud o trabajo, por ejemplo), el pequeño puede experimentar ansiedades que son inexplicables tanto para él como para sus padres. Estas ansiedades son expresadas o canalizadas de diversas maneras, según las características propias de cada niño y de su familia. Así, pueden observarse tiques, enuresis, dificultades de aprendizaje, trastornos

de conducta, lapsos de mal humor, accesos de agresividad, períodos de hiperactividad, alteraciones en el apetito y en el sueño, retraimiento, etc. Y esas fluctuaciones, cuyas variedades son infinitas, suelen desaparecer tan rápida e insólitamente como llegaron, si son debidamente manejadas.

En estos años también se ponen de manifiesto los conceptos de justicia, solidaridad, ética y responsabilidad, y se forma una escala de valores acorde con el medio en que el niño es educado.

Debe quedar bien claro a los padres que un chico de cinco años tiene características diferentes de uno de seis, y éste, de uno de siete. Los cambios son bien netos y se requiere que los padres estén enterados al respecto para saber tratar con propiedad, paciencia y seguridad, y sin ansiedades, a su hijo que va cambiando año tras año. Es preciso informarse no sólo sobre sus diferencias físicas sino también sobre sus características psicológicas. ¡Cuántas sorpresas se llevarían los padres al descubrir cuáles son estos rasgos fisiológicos, y cuántas angustias se evitarían con sólo reconocer esos "trastornos" pasajeros para tolerarlos y encauzarlos debidamente!

Maravillosa profesión la de ser padres: plena de desafíos y desvelos, y pródiga en preocupaciones, sin duda; pero también gratificante como pocas. Los padres tienen el honroso privilegio de haber sido designados colaboradores de Dios en la formación de otros seres humanos —sus hijos—, candidatos para su reino eterno. Y esa dicha no se puede comprar ni vender. Es un don que el Cielo otorga a los que diariamente acuden con humildad y confianza a la Fuente de vida y salud en busca de sabiduría y fortaleza.

“Mi hijo se moja en la cama”

Que un niño moje la cama de noche o se orine con la ropa puesta durante el día, no debería ser signo de alarma si el pequeño tiene menos de tres años. A esa edad es un lujo que le pertenece. Pero después de los tres años, la cosa cambia. Si continúa mojando la cama o la ropa después de los 36 meses, estamos ante un caso de *enuresis*.

¿Qué es la enuresis?

“Es la emisión inconsciente e involuntaria de orina, durante el día o el sueño nocturno, después de los tres años de edad”.¹

La enuresis no es una enfermedad sino un síntoma que puede integrar el cuadro de diversos complejos sintomáticos. Es más frecuente en las niñas que en los varones.

En la primera infancia el acto de orinar es reflejo. Entre los 18 y los 24 meses va madurando el sistema nervioso simpático y dicho acto se va haciendo consciente. Ahora el control del cerebro es voluntario, y alrededor de los 30 meses se adquiere la capacidad de dominar la vejiga durante el sueño. Por eso decimos que mojar la cama después de esa edad debe ser motivo de preocupación.

Causas de la enuresis

Las causas de la enuresis pueden tener cinco focos de origen: orgánico, físico, nervioso, educativo y psicológico.

Entre las causas *orgánicas* podemos mencionar las siguientes: problemas de uretra, estrechez, inflamación, infección u obstrucciones de la vejiga o de los órganos genitales, parásitos (oxiuros), fimosis (estrechez del prepucio), defecto en el cierre de los huesos de la parte baja de la columna vertebral (espina bífida oculta), infección en los riñones.²

También hay causas secundarias, cuyos efectos concomitantes se pueden reflejar a través de la enuresis: adenoides, infección en las amígdalas, en los senos paranasales, en los dientes, en el apéndice o en porciones bajas del intestino. La diabetes también puede hacer que el niño moje las sábanas, debido a la mayor producción de orina que ésta ocasiona.³

Las causas *físicas* pueden ser: régimen alimentario rico en sales y minerales, alimentos muy condimentados (conservas, vinagre, mayonesa, salsas picantes), frituras, bebidas alcohólicas o cafeinadas, orina ácida, ropas ásperas o muy apretadas.⁴

Las afecciones del *sistema nervioso* también pueden ser causa de enuresis. Del

mismo modo, una *educación* defectuosa puede ocasionar reacciones enuréticas en el niño: adquisición de hábitos descuidados, excesivo consentimiento, sobreprotección, amenazas, festejo de chistes, hazañas o gracias, defectuoso entrenamiento en el control de los esfínteres. Es contraproducente forzar al pequeño para que use el inodoro —o sus sustitutos— antes de los 18 meses, pues es recién a partir de esta edad cuando logra una maduración orgánica para tal entrenamiento.

También es negativo el silencio de los padres respecto de temas difíciles como sexo, fantasmas, drogas, etc. y la evasión de respuestas satisfactorias según las necesidades de cada edad. A las reticencias de los padres a hablar, el niño opone su propio silencio. Esto produce ansiedad y la ansiedad puede conducir a la enuresis.

Pero las causas *psicológicas* son las más difíciles de atacar. (¡y de reconocer!) y las de resultados más nefastos. Los problemas emocionales juegan un papel muy importante. Cuando un niño se siente seguro y amado, todo su mundo anda bien, inclusive su organismo.

Se ha comprobado que el 65 por ciento de las enuresis tienen su origen en situaciones emocionales conflictivas. En un ambiente familiar tenso y carente de afecto el niño busca una descarga emocional en la práctica de hábitos indeseables como la enuresis, la masturbación, el robo, el chuparse los dedos, el comerse las uñas y otros semejantes o peores.

Cuando el niño se siente desplazado por la llegada de un hermanito, crece su deseo de recibir atención y un modo —inconsciente— de lograrlo es mojando la cama.

El divorcio, las peleas y discusiones entre los padres; las exigencias exageradas de progreso, buenas maneras, aseo u obediencia; los sentimientos de desánimo, de culpa, de inferioridad, de postergación, de fracaso y el miedo, son causas frecuentes —y a veces irreconocidas— de enuresis.

Hay causas más profundas que pueden convertir en enurético a un niño mayorcito (seis a ocho años o más). A veces un niño tiene sentimientos censurables hacia sus hermanos o padres: celos, envidia, rivalidad, agresividad. Estos lo llevan a sentir culpa; culpa que debe tapar para no sentirse descubierto y señalado. Si confesara que siente envidia, sus padres desaprobarían su conducta. Más aún, no se atrevería a confesársela a sí mismo. Tiene miedo de admitir que es “malo”, pues razona que lo malo merece severo castigo y eso haría tamba-

lear su posición en la familia. Estos pensamientos se llegan a tornar insostenibles para un niño y se ve obligado a apartarlos, sublimarlos y... surge la vía de escape: la enuresis.

Otras veces el niño moja la cama para proteger su estado de bebé. Simplemente se rehúsa a crecer y, por consiguiente, se niega a asumir nuevas responsabilidades, como sería, por ejemplo, controlar su vejiga. Usa la enuresis para llamar la atención y reemplazar el placer de crecer por el que le proporciona el orinarse (propio y natural de un bebé): alivio de la tensión de la vejiga, “cosquilleo” que la orina produce al correr y calor agradable en sus piernas, nalgas y espalda. Con la diferencia de que el bebé, al madurar, va prescindiendo de una parte importante de sus satisfacciones personales para adquirir otras igualmente gratificantes: elogios, sonrisas de parte de sus padres al verlo controlarse, orgullo por sus hazañas, mayores prerrogativas (“Matías ya es grande, puede dormir en casa de sus primos”).

Y, por último, otra causa es la hostilidad. A veces el niño tiene un temperamento agresivo y usa la micción como castigo para sus padres (humillación, incomodidad) y para sí mismo (autopunición a causa de sentimientos de culpabilidad).

¿Qué hacer?

Como usted habrá podido notar, la enuresis tiene origen múltiple. Del mismo modo, las soluciones pueden ser buscadas por diversas vías. Si es provocada por difusión o enfermedad *orgánica*, consulte al pediatra y siga detalladamente sus indicaciones.

Si el problema estuviera en la *alimentación*, evite darle bebidas irritantes (té, café, alcohol, Coca-Cola), condimentos y frituras. Si la dificultad la motivaron los *hábitos*, vigílelo para que ingiera poco líquido después de la hora 16 (4:00 PM). Hágalo orinar antes de acostarse y, si hiciere falta, despiértelo unas horas después para que orine otra vez. Si durante el día el niño no puede dominar bien su vejiga, enséñele a orinar a intervalos gradualmente crecientes (cada dos horas, cada tres, etc.). No lo avergüence nunca, no lo castigue por mojar la cama, no lo asuste ni lo amenace. Alábelo o recompénselo cada vez que, al levantarse, su cama está seca. No le festeje las gracias que haga al respecto, pero tampoco se aire.

Si después de haber hecho todo esto, su hijo aún sigue mojándose en la cama, acerque calor al hielo: rodéelo de un am-



biente familiar seguro, tranquilo, sin conflictos ni rezongos (¡y sin peleas entre los padres!). Déle todo el amor que el niño merece y en todas las formas en que lo necesita: caricias, reconocimiento, juegos compartidos, confianza, conversaciones oportunas, tolerancia, comprensión, flexibilidad, libertad, responsabilidades. En resumen, déle un hogar y la seguridad psicológica de que lo ama así como es [después

de todo, él es lo que usted ha hecho de él].

Sí, ya sé que todos los padres cometen errores y que el hogar que le dan no es *siempre* el que quisieran darle, pero un hijo es más importante que todas las contingencias que conspiran contra él. Si Dios se lo dio, ¿acaso no le dará también toda la ayuda necesaria para verlo crecer feliz, si usted se la pide?

¹ A. Berge y colaboradores. *Las dificultades de nuestro hijo* (Madrid, Ediciones Morata, 1976), pág. 63. ² Gunnar E. Wensell, médico urólogo, "¿Qué hacer si su hijo se moja en la cama?" (Sanatorio Adventista del Plata, Entre Ríos, Argentina). ³ P. Ackerman, y M. Kappelman. *Señales. ¡Los niños no hacen las cosas porque sí!* (Barcelona, Editorial Pomare, 1981), pág. 67. ⁴ "Ele molha a cama". Informe del Servicio de Relaciones Públicas del Hospital de Clínicas de la Facultad de Medicina de la Universidad de São Paulo, Brasil.

¿POR QUE LOS NIÑOS TIENEN MIEDO?

Qué es el miedo y cómo enfrentarlo

Las emociones son tan ubicuas, fluidas y esquivas que es difícil aun enumerarlas. A pesar de ello todas las clasificaciones conceden al miedo una gran importancia.

El miedo es una emoción que se produce en presencia de un objeto, real o imaginario, y que el niño —con razón o sin ella— considera peligroso.

Todo niño nace con la capacidad de sobresaltarse. Tal vez ésta sea una de las pautas más fundamentales y primitivas. ¿Cuáles son sus manifestaciones físicas? Entre las más frecuentes están: parpadeo de los ojos, inclinación brusca de la cabeza hacia atrás, apertura de la boca, contracción abdominal, flexión exagerada de rodillas, codos y dedos, enrojecimiento, palidez, sudor, dificultad respiratoria, sensación de mareo y palpitación cardíaca. También aumenta la presión sanguínea, el bazo libera corpúsculos rojos y el hígado descarga glicógeno en el torrente sanguíneo.

El miedo está siempre presente en la vida del ser humano y hasta puede generar sentimientos de adoración, respeto, prudencia, vigilancia y angustia.

Desde el punto de vista de la educación infantil el miedo no debe ser exageradamente temido. Temer es natural. A menudo, como el fuego, es útil en el lugar adecuado y en el momento propicio, y perjudicial si se da en el lugar equivocado y escapa a nuestro control.

“Los primeros temores de la niñez cambian con la edad. Estos cambios dependen de la madurez del niño. Algunos de los temores parecen absolutamente razonables y otros, al parecer irracionales, pueden poseer una profunda justificación evolutiva”.¹ En todos los casos el miedo coexiste con la amenaza de seguridad o de desequi-

librio. El estado que hasta entonces se mantenía equilibrado se rompe y sobreviene un *cambio de situación* que provoca el miedo. Un bebé oye el golpe de una puerta que se cierra estrepitosamente rompiendo el silencio reinante; entonces se sobresalta y llora. Del mismo modo llora si se le quita el apoyo sobre el cual está parado o sentado, o si la madre lo deja, porque todas estas situaciones implican un cambio que agrede su seguridad.

El miedo y el desarrollo evolutivo

Desde el nacimiento el niño muda sus temores a medida que madura. A las dieciséis semanas llora una y otra vez cuando oye las campanadas del reloj. A las veinticuatro semanas escuchará sin temor el mismo reloj, pero llorará ante la proximidad de un extraño. A las treinta y dos semanas siente miedo al ver a su madre con un vestido nuevo, temor que poco después habrá superado para adquirir otros que la experiencia luego le ayudará a explicar.

La continua perceptividad indica un progreso en el crecimiento. Si un niño mantuviera siempre los mismos miedos denotaría la presencia de fobias, lo que requeriría un tratamiento complicado y prolongado para superarlas.

En la medida en que mudan, los miedos también tienden a una creciente complejidad. Una criatura pequeña siente miedo ante ruidos siniestros, el preescolar ya lo puede sentir ante el rostro arrugado de un anciano o una máscara de carnaval. Más tarde temerá el rugir del trueno o la vaga oscuridad de altillos y sótanos. Posteriormente lo asustarán los ladrones o espías imaginarios que él cree escondidos en esos misteriosos lugares, o que llegan por ondas

a través de un programa televisivo excitante.

Hacia los diez años se reirá recordando esos temores de “cuando era más chico” ya superados. Pero entonces temerá a la muerte, al juicio final, a la eternidad y a ciertas actitudes y conductas adultas.

A pesar de haber crecido junto con el miedo, esta emoción habrá enriquecido y fortalecido su estructura mental. Note que a medida que aumentó su madurez, el niño no desterró sus temores; simplemente refinó y organizó su modo de expresarlos.

La tendencia en la tónica de los temores pasa de los auditivos a los espaciales, luego a los visuales, nuevamente a los auditivos y finalmente a los personales. “Como es lógico suponer, todas estas tendencias están sometidas, en gran medida, a las diferencias individuales de temperamento, de condiciones ambientales y de asociación experimental”.²

No trate de razonar

Cuando descubra algún miedo en su hijo, no trate de razonar para descubrir por qué lo adquirió (tal vez no llegue a saberlo nunca), y menos de hacer razonar al niño para que lo venza. El mundo de los pensamientos infantiles es muy diferente del nuestro, y sus temores pueden parecer con frecuencia extraños e incomprensibles. No obstante, tienen su explicación profunda si los analizamos con un poco de visión psicológica.

Una de las causas que hace difícil el razonamiento sobre los miedos infantiles es la tendencia a generalizar que tienen los niños. El miedo al médico —a causa de la inyección— puede extenderse a todos aquellos que lleven un uniforme o delantal

blanco. O puede ser que el recuerdo de un hecho remoto que lo haya asustado conserve para el niño sólo un detalle. Por ejemplo, sus padres lo dejaron solo en una noche de luna y ahora tiene miedo de la luna. Con frecuencia, incluso el recuerdo del objeto asociado al miedo se ha borrado, pero el objeto le sigue inspirando temor.

Otra de las causas que dificulta la comprensión lógica de los temores infantiles es el hecho de que el temor puede transformarse. Tomemos el caso de un niño que siendo pequeño sufrió angustias relacionadas con su alimentación (cambios frecuentes de nodriza, espera prolongada de sus comidas, ingestión de alimentos contra su voluntad, etc.); bien puede más adelante sentir ansiedad ante cada comida y rehusar el alimento (anorexia).

Otro de los casos ante el cual los padres se desesperan por razonar con un niño es el miedo a la oscuridad. Muchas veces usted, prendiendo la luz de la habitación le dijo a su chico: "Pero ¿no ves que no hay nada?". Y efectivamente "no hay nada". Pero eso es justamente lo que hace que un ambiente sea extraño en la oscuridad: las formas de las cosas cambian, las sombras parecen desplazarse y allí se produce una mezcla de lo que es con lo que no es, de los recuerdos con la fantasía. La oscuridad también permite que el niño explique todo lo que no sabe, lo que no ve y lo que tiene miedo de saber o de ver.

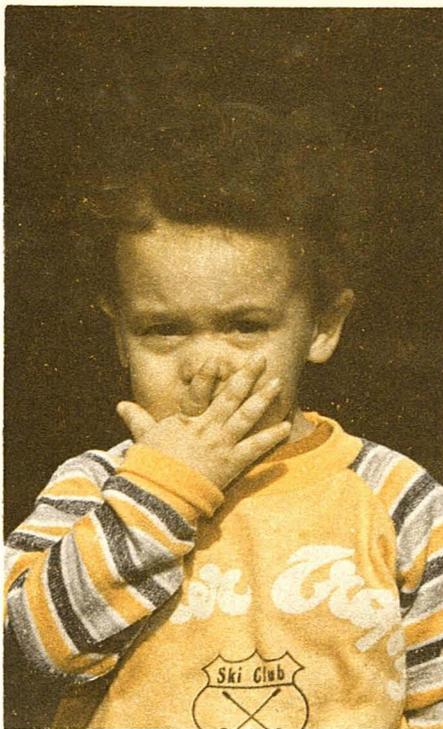
El miedo y los sueños

Los psicólogos afirman que los sueños de temor superan en número a los sueños de cólera y otros. El típico sueño que produce temor en el niño es el de ser perseguido. El escapa, corre, pedalea, vuela, pero siente a su perseguidor cada vez más cerca. O bien se siente paralizado, sin poder moverse del lugar. En este caso los sueños adoptan el nombre de pesadillas. El episodio sólo dura uno o dos minutos. Le precede un breve período de llanto o quejas y agitación corporal y después un largo período de vigilia antes de recuperar el sueño.

Hay veces en que la experiencia onírica [relativa a los sueños] adquiere caracteres dramáticos. En este caso ya no es pesadilla sino terror nocturno. Entonces la reacción física del niño es violenta: se sienta en la cama o salta fuera de ella, se aferra a los muebles o a una persona, se le distorsiona el rostro, abre exageradamente los ojos, pero no reconoce personas ni ambiente. Llora, transpira y hasta puede llegar a desvanecerse. Tiene una duración mayor a la pesadilla y termina bruscamente.

Cómo ayudar al niño miedoso

Los temores infantiles parecen de poca importancia y divertidamente absurdos.



El miedo es una emoción natural; sin embargo, puede convertirse en un factor de perturbación en el desarrollo psíquico del niño.

Pero el adulto debiera considerarlos con seriedad —sin llegar a la extrema preocupación— y ayudar al niño a enfrentarlos. He aquí algunos principios de la higiene preventiva del temor:

1. *Controle el clima familiar.* Para que el niño pueda vencer el miedo es necesario mantener las actitudes de los padres y el clima familiar bajo control, ya que esto influye en la serenidad del niño frente al peligro. "Las disputas entre los padres, una atmósfera tensa, o bien amenazas... o reprimendas continuas; un padre siempre ausente, la irregularidad habitual de los horarios, o también un estado de agitación perpetua, nerviosismo, excitación en la familia, son ciertamente factores que en nada contribuyen al sentimiento de seguridad de que tiene necesidad el niño. Todos sabemos que por muy pequeño que éste sea, posee una facultad especial para 'captar', 'sentir' que 'las cosas no marchan bien' en la vida familiar: capta esa tensión, esa inquietud, y las siente como si fueran una amenaza para su propio equilibrio".³

La ausencia de equilibrio y seguridad es lo que abre las puertas al miedo infantil.

2. *No avergüence al niño tildándolo de cobarde.* Algunos padres tienden a mostrarse rudos con los hijos miedosos, especialmente los varones. ("¿Qué! ¿Acaso tienes miedo al agua? ¡Te doy un zambullón y verás como sales nadando!")

3. *Evite las amenazas.* Las amenazas son perjudiciales en cualquier ocasión, cuánto más respecto del miedo. "Te encierro en el galpón y apago la luz", "Irás al jardín solo, esta noche" son sentencias que no le ayudarán al niño a vencer sus miedos. También evite las amenazas con personajes imaginarios como el "cuco", el "hombre de la bolsa", las "brujas", etc.

4. *Nunca use el chantaje.* "Seguramente tú no tienes miedo de hacer eso, ¿verdad?" o "Naturalmente, tú tienes miedo de todo y no serás capaz de hacer aquello". El eco de estas palabras es nefasto para el niño, mina la seguridad en sí mismo, le provoca ansiedad y le quita las fuerzas para sobreponerse.

5. *Evite las situaciones que producen miedo.* Si el niño teme a la oscuridad no lo deje solo a oscuras ni lo obligue a salir solo de noche o a dormir con la luz apagada. Si tiene miedo a los perros, evítele el contacto con ellos.

6. *Enseñe al niño a jugar con sus miedos.* El sentido del humor combinado con un afectuoso sentido común ayuda a prevenir los celos yacentes en la raíz de los temores exagerados. Si el niño teme al agua, juegue con él a la orilla del mar o en la piscina, sin hacer un esfuerzo denodado para que venza en poco tiempo ese miedo. Si tiene miedo a la oscuridad o a la soledad, juegue con él al anochecer en el jardín. Manténgase siempre cerca hasta que él se familiarice con sus miedos y, jugando, se sobreponga.

7. *No exponga al niño a los temores manufacturados.* "Manténgalo alejado de las películas cinematográficas, de los programas radiotelefónicos, de las historietas y de los programas de televisión absurdamente terroríficos".⁴ Las buenas historias también brindan experiencias de miedo que, en la justa dimensión y unidas a la imaginación infantil orientada por el adulto, serán positivas y evitarán miedos patológicos.

8. *En caso de fobias o terrores nocturnos lleve al niño a un especialista.* En estos casos de miedos exagerados la conducta toda se desequilibra, el niño se vuelve hiperemotivo, sensible, impresionable y en muchos casos adquiere tiques nerviosos.

¹ A. Gesell, F. Ilg y L. Ames. *El niño de cinco a diez años* (Buenos Aires, Edit. Paidós, 1977), pág. 308. ² *Ibid.*, pág. 309. ³ A. Berge et al., *Las dificultades de vuestro hijo* (Madrid, Ed. Morata, 1976), pág. 115. ⁴ Gesell, *ibid.*, pág. 312.

La respuesta más difícil

La pequeña caminaba pensativa, describiendo círculos sobre el prado.

—¿Por qué caminas así?

—Lo hago para no aplastar las margaritas: ellas también deben vivir.

Otra vez, hablando de los cazadores, dijo:

—¿Por qué matan a los pajaritos? Ellos también necesitan vivir.

Estas son consideraciones que ya indican en los niños un detenerse en el pensamiento sobre la vida y la muerte, y pueden comenzar a surgir alrededor de los cuatro o cinco años. También puede suceder que un niño a esa edad se interrogue elementalmente sobre el misterio de la vida.

Pero la verdadera toma de conciencia de lo que significa la muerte vendrá a causa de la experiencia con ella: la pérdida de un familiar, de un amigo, de un animal querido. Esa situación hará surgir súbitamente en la mente infantil la pregunta sobre el misterio de la vida y de la muerte.

Obviamente, el niño se aproxima al problema de la muerte de un modo diferente al del adulto. El experimenta la muerte como la privación de un ser querido.

—¡Ha muerto la abuela!

—¿Por qué murió?

—Porque era anciana y estaba enferma.

Para el niño esta conversación no tiene un sentido trascendente. Sólo comprende que la abuela no está más. Y piensa sobre eso. Sabe que está dentro de la tumba, en el cementerio. A menudo dice:

—Vamos a buscarla, levantamos la losa y la traemos a casa.

—No se puede.

—Pero después la volvemos a llevar. . .

Luego la incredulidad, la desesperada no aceptación de la idea de la separación definitiva —como en todos los adultos—, finalmente el camino hacia la resignación. Ahora el niño sabe lo que significa morir. La experiencia le hace elaborar los conceptos correspondientes.

Es común que los padres, cada tanto, refiriéndose a la vida familiar futura, digan: "Cuando me muera. . ." A una consideración de esta clase el niño fácilmente responde: "No, tú no morirás nunca". Pero ya ha tomado conciencia de lo que es la muerte.

También puede suceder que un pequeño diga (al padre que no quiere comprarle una cosa que desea): "Cuando te mueras compraré todo lo que quiera". O que un niño que se encuentra en una situación difícil por haberse sentido traicionado, dolorido, desesperado por lo que considera un comportamiento "malo" de uno de los padres, o de ambos, exclame: "Quiero morirme".

En estos casos el niño entiende la muerte como agresión, castigo y venganza para con sus padres.

No es infrecuente que el niño diga a sus padres: "Cuando te mueras, estas cosas las haré yo" (refiriéndose a los trabajos de la casa, del jardín o los negocios, sobre todo cuando el pequeño ya está habituado a "dar una mano"). Aun esto demuestra conciencia de lo que para él significa la muerte.

Pero tal vez el razonamiento más inquietante que puede hacer un niño (y que puede obsesionar a los adolescentes) es aquel que gira sobre la inevitabilidad de la muerte: "Todos mueren, todos deben morir. ¿Yo también moriré? Entonces preferiría no haber nacido". ¿Cómo responder a un niño que dirige a los adultos y a sí mismo estas preguntas?

La religión y la filosofía pueden dar algunas respuestas. Pero con los niños se necesitan argumentaciones de concreción inmediata, dirigidas sobre todo a dar seguridad psicológica y tranquilizantes prospectivas existenciales. Se debe lograr que la aceptación de la realidad se abra a los valores positivos de la vida, al optimismo, a la alegría de recibir aquello que nos toca, y que ello nos lleve a valorar lo que podemos conquistar.

El niño quiere vivir. Se puede comprobar que los niños más vitales son los que poseen una mayor carga interior, una tensión psicofísica más intensa, los que más se interesan en la problemática de la existencia.

Entre los mitos humanos está el de la inmortalidad, o por lo menos el del elixir de la eterna vida; y los niños agregan su imaginación al respecto. A la pregunta "¿Qué hacer para no morir?" —que cada tanto le daba vueltas en la cabeza y que a veces dirigía a sus padres—, una niña de cuatro años y medio encontró una lógica solución. Confiando en el axioma "comer para vivir" y teniendo en cuenta eso de que "cuando se es viejo se muere", creyó haber encontrado el remedio, y dijo: "Si se sigue comiendo aun cuando se es viejo, no se muere nunca. Yo comeré siempre, ¡así no moriré!" A la objeción de que podía enfermarse, respondió: "Pero yo no enfermo nunca. Tomo siempre los remedios".

Los niños preguntan también: "¿Qué se hace cuando estamos muertos? ¿Qué se ve en la tumba?" Y piensan en una continuación material de la vida en el más allá, que hace que imaginen a los muertos munidos de víveres y objetos.

En cierto momento los niños comienzan a tener algunas confidencias con la muerte,

al considerarla un hecho habitual y normal. A la madre, que le corta alrededor de las uñas las cutículas o pielcita muerta, un niño le puede preguntar: "¿Y cuando toda la piel haya muerto, moriremos también nosotros?"

Las fantasías sobre la muerte, son, en resumen, bastante comunes entre los niños. Se lo puede comprobar por el hecho de que en los juegos infantiles con frecuencia algún personaje muere, se le realiza el funeral y termina en la tumba. Aunque después vuelva a vivir, como si la muerte no hubiera sido una realidad. . . para alivio de los autores de esta pasajera melancolía.

Del mismo modo, no son desconocidos los frutos de la imaginación sobre muertes por suicidio, conectada con desilusiones y oposiciones a los padres, a menudo representadas en la amenaza: "Ahora me voy y no vuelvo más". Es singular la innovación de una niña, ya enterada del proceso de procreación, para decir que no hubiera querido nacer: "Hubiera preferido permanecer como una 'semilla'".

A veces los episodios son patéticos y tienen hasta una melancólica poesía. Una niña trabajaba con el padre plantando flores en el jardín. Cada tanto encontraba un caracolito que "ponía a salvo" llevándolo a otro cantero. Sin embargo, a uno de éstos —con un poco de sadismo— lo enterró, diciendo: "Así dormirá para siempre, como la abuela muerta, como yo cuando me muera". Al decir esto su rostro mostraba un velo de resignada tristeza.

De a poco los niños se acostumbran a ser conscientes del ciclo natural vida-muerte.

Aunque no es fácil responder sus preguntas sobre la muerte, es oportuno compararla con un sueño o un descanso. Este tipo de respuesta dejará en el niño, siempre latente, la esperanza de un mañana y un después, quitándole de ese modo el sentido trágico que comienza a adquirir para él la muerte.

Y cuando se preguntan y nos preguntan: "¿Por qué se nace?" "¿Por qué se vive?" "¿Por qué se muere?", debemos dar respuestas simples, activas, válidas para el instante, tranquilizantes y un poco humorísticas. "Se nace para aprender y para ser felices. Se vive. . . para darnos un beso, para tomar un helado, para hacer un ramo de flores y regalarlo a mamá, para hacer un castillo en la arena, para nadar, para leer un libro interesante, para realizar tantas, tantas otras cosas que hacen linda la vida. . . Y se muere porque también es necesario descansar".



LA VOLUNTAD, ESE TESORO

Modelar la voluntad sin quebrantar la autoestima

La disciplina paterna, y particularmente el empleo de castigo físico, ¿quebranta la autoestima de un niño? La respuesta a esta pregunta depende enteramente de los modos y la intención de los padres. La cuestión no es "castigar o no castigar"; es "cómo, en qué forma y para qué". Este tema necesita ser reexaminado específicamente en relación con el concepto que el niño tiene de sí mismo.

El castigo es una herramienta muy valiosa cuando se usa en forma apropiada, y yo insto vigorosamente a su periódica aplicación en las nalgas de nuestra generación más joven. Sin embargo, como cualquier herramienta, puede aplicarse correcta o incorrectamente. Creer en el castigo corporal ciertamente no es excusa para que usted descargue sus frustraciones y ansiedades en Juancito; no justificará que le dé una sonora bofetada en el oído por sus errores, accidentes e irresponsabilidad infantil; no ofrece licencia para castigarlo frente a otros o para tratarlo con una total falta de respeto.

Nadie puede dudar que el castigo feroz, hostil, inmerecido y arbitrario es devastador para un infante, especialmente cuando sabe que en el hogar no se lo ama. En este terreno hay que evitar, entonces, muchos peligros psicológicos.

El niño indisciplinado

Por otro lado, otra forma altamente eficaz de dañar la estima propia es ir al extremo opuesto: evitar totalmente el control disciplinario. Cuando un niño sabe que se ha portado mal, que ha sido egoísta u ofensivo con los demás, espera que sus padres reaccionen apropiadamente. Después de todo, son los símbolos de justicia, ley y orden que todo niño aprecia. La

renuencia de ellos a enfrentar su desafío es vista por el chico con falta de respeto, haciendo que los padres le parezcan indignos de su obediencia. Pero, y esto es lo más importante, se pregunta por qué ellos le permiten hacer esas cosas dañinas si realmente lo aman. En Hebreos 12: 8 la Biblia enuncia esta pizca de sabiduría explícitamente: "Pero si Dios no los corrige a ustedes como corrige a todos sus hijos, es que ustedes no son hijos legítimos, sino ilegítimos" (versión *Dios habla hoy*). ¡Cuán

El castigo oportuno es una herramienta valiosa para la formación del carácter del niño, cuando se usa en forma apropiada.

cierto es esto! Un niño que no es disciplinado siente como si no perteneciera a la familia, a pesar del "amor" que le profesan sus padres.

El Dr. Joseph Bobbitt, conocido psicólogo infantil, expresa este mismo concepto de la siguiente manera: "Se han hecho estudios que demuestran que el niño con más baja estima propia es aquel a quien no se le permite decir ninguna palabra en la mesa. *El que ocupa el siguiente lugar en la escala de una imagen pobre de sí mismo es el niño a quien se le permite dominar la conversación.* Al tope de la lista está el chico cuyos padres le dicen: 'Sí, puedes

hablar -cuando sea tu turno' ". Esta declaración revela el importante equilibrio que hay entre amor y control, lo que produce niños emocionalmente seguros y sanos.

Ingredientes de la buena disciplina

Si la buena disciplina es tan importante para edificar la estima propia, consideremos entonces sus ingredientes. Volviendo al tema del castigo, ¿cuándo y en qué circunstancias es apropiado usar esa forma de disciplina? Usted no perjudicará a su hijo emocionalmente si sigue esta filosofía:

1) *Establezca los límites de antemano.* Antes que el niño la quebrante, explíquelo exactamente en qué consiste la regla. Asegúrese de que él entiende qué espera usted y por qué. ¡No debería establecerse la infracción después que el hecho ha sido cometido!

2) *Actúe cuando el chico desafía arrogantemente su autoridad desobedeciendo sus indicaciones.* El mismo espera que usted lo haga. No lo defraude. El castigo, por lo tanto, debe reservarse para ese momento de conflicto cuando el niño lo desafía a que usted defienda su derecho a conducir. Debe aplicarse en respuesta a su impertinencia, altanería o abierta desobediencia. CUANDO ESTA EN JUEGO EL DESAFIO DELIBERADO, NINGUNA OTRA FORMA DE DISCIPLINA ES TAN EFICAZ COMO EL CASTIGO.

En este sentido, el castigo corporal no es un "último recurso" a ser aplicado después que usted ha gritado, vociferado, chillado, rogado, llorado, o después de haber privado al niño de algo o de haberlo puesto en penitencia en un rincón. Debe usarse toda vez que él decide estirar el cuello, apretar

los puños y pasar el dedo del pie por encima de la raya que usted ha trazado en el suelo.

3) *No castigue al chico por errores y accidentes.* No lo castigue por olvidarse de alimentar al perro, o de hacer su cama, o por otros actos de inmadurez. No lo castigue para ayudarle a aprender sus lecciones. (Flip Wilson dijo: "No puedo aprobar que se castigue a un niño para ayudarle a aprender algo. ¿Cómo puede esperar que él aprenda cosa alguna mientras usted está vapuleándole el trasero?") Coincido.)

No lo castigue hoy por algo que usted pasó por alto ayer. Esta clase de comportamiento no representa un desafío deliberado de parte del niño, y él sentirá resentimiento al ser castigado por provocar su ira accidentalmente.

4) *Demuéstrele a Juancito que usted lo ama aún después de haberlo castigado.* Sin duda él estará esperando y necesitando ese reaseguro. Sin falta, jabra los brazos e invítelo a acudir! Abrácelo estrechamente y dígame que lo ama. Mézalo suavemente y explíquele, otra vez, por qué fue castigado y cómo puede evitar problemas en el futuro. No le será posible hablar a un niño de esta manera, de corazón a corazón, mientras usted todavía esté en conflicto; la comprensión y el acercamiento no se logran enviando a su cuarto a un niño enojado y desafiante para que suelte sus berrinches. Este momento de comunicación se crea por medio de la ventilación emocional producida por un castigo apropiado, y no destruye la estima propia. Origina amor, fidelidad y unidad familiar.

5) *La disciplina del castigo debe haberse completado para el tiempo cuando un niño tiene ocho o nueve años de edad.* ¡Nunca castigue a un adolescente! Siendo que la estima propia de un adolescente está, de todos modos, en seria duda, una paliza es el máximo insulto, pues lo hace sentir como un bebé.

¿Quebranta la autoestima?

Actualmente hay muchos especialistas en desenvolvimiento infantil que dicen que una paliza enseña a su hijo a golpear a otros, convirtiéndolo en una persona más violenta. ¡Palabras sin sentido! Si su hijo alguna vez ha golpeado con el brazo alguna estufa caliente, usted puede apostar que nunca lo hará deliberadamente de nuevo. El no se vuelve una persona más violenta porque la estufa lo quemó; en realidad, por el dolor aprendió una valiosa lección. De modo similar, cuando se cae de su sillita elevada o se aplasta el dedo en la puerta o es mordido por un perro gruñón, aprende acerca de los peligros físicos que hay en este mundo. Estos golpes y magulladuras que recibe a lo largo de la infancia constituyen la forma en que la naturaleza le enseña qué cosas debe temer. Esto no



daña su estima propia. No lo hace rencoroso. Simplemente lo pone al tanto de la realidad. De manera semejante, el castigo apropiado de un padre amante le proporciona el mismo servicio. Le expresa que no sólo hay peligros físicos que deben evitarse, sino que también debe mantenerse a prudente distancia de algunas trampas sociales (egoísmo, rebeldía, deshonestidad, agresión no provocada, etc.).

Finalmente, debo referirme de nuevo a la pregunta original: El castigo, particularmente el castigo físico, ¿quebranta el espíritu del niño? ¡Es muy importante entender la diferencia entre quebrantar la *autoestima* de un niño y doblegar su *voluntad*! El espíritu humano es excesivamente frágil en cualquier edad, y debe ser tratado con cuidado. Comprende el concepto que la persona tiene de sí misma, su estima personal.

Un padre puede dañar el espíritu de su hijo muy fácilmente: por medio del ridículo,

la falta de respeto, la amenaza de dejar de amarlo y el rechazo verbal. Todo lo que desvaloriza su estima propia es caro a su espíritu. No obstante, mientras que el espíritu es frágil y debe ser tratado dulcemente, la voluntad está hecha de acero. Tiene plena fortaleza en el momento de nacer, como lo sabe cualquier persona que ha entibiado maderas a medianoche. Aun un chico cuyo espíritu ha sido aplastado puede presentar el despliegue más asombroso de fuerza de voluntad. *Debemos, entonces, modelar la voluntad del niño, pero dejar intacto su espíritu.* Esto se logra requiriendo razonable obediencia a preceptos predeterminados, y entonces ganando las batallas que él decide iniciar. Si usted permite que la voluntad de su infante permanezca sin freno, a menudo el resultado es extrema terquedad, la que lo convierte en inútil para sí mismo, para otros, y aun para Dios.

El poder de los hábitos

Cómo se establecen los hábitos. Cualquier acto, bueno o malo, no forma el carácter; pero los pensamientos y sentimientos acariciados preparan el camino para los actos y hechos de la misma clase.

Por la repetición de los actos se establecen los hábitos y se confirma el carácter.

El tiempo para establecer buenos hábitos. En gran medida, el carácter se forma en los primeros años de vida. Los hábitos que entonces se establecen tienen más influencia que cualquier don natural para que los hombres se conviertan en gigantes o enanos intelectualmente, pues por el mal uso de los hábitos, los mejores talentos pueden torcerse y debilitarse. Mientras más precozmente se practiquen hábitos dañinos, más firmemente sujetarán a su víctima en la esclavitud, y más ciertamente rebajarán su norma de espiritualidad. Por otro lado, si se forman hábitos correctos y virtuosos durante la juventud, por regla general determinarán el proceder de su dueño durante la vida. En la mayoría de los casos, se encontrará que los que en los años maduros de la vida reverencian a Dios y honran lo recto, aprendieron esa lección antes de que hubiera tiempo para que el mundo sellara su imagen de pecado en el alma. Las personas de edad madura, por regla general, son tan insensibles a las nuevas impresiones como lo es la roca endurecida, pero la juventud es impresionable.

Los hábitos se pueden modificar, pero rara vez se cambian. Lo que el niño ve y oye está trazando profundas líneas en la tierna mente, que ninguna circunstancia posterior de la vida podrá borrar del todo. Entonces el intelecto está tomando forma y los afectos están recibiendo dirección y fortaleza. Los actos repetidos en cierto sentido se convierten en hábitos. Estos se pueden modificar mediante una severa educación, en la vida posterior, pero rara vez se cambian.

Una vez que se ha formado un hábito, se impresiona más y más firmemente en el carácter. El intelecto recibe continuamente su molde por las oportunidades y ventajas mal o bien aprovechadas.

El esfuerzo perseverante es necesario. Lo que nos atrevimos a hacer una vez, estamos más inclinados a hacer otra vez. Los hábitos de sobriedad, dominio propio, economía, celosa aplicación, de conversaciones sanas y sensatas, de paciencia y verdadera cortesía, no se ganan sin una diligente y celosa vigilancia del yo.

Los hijos formarán hábitos erróneos, si en su temprana niñez no son paciente y perseverantemente educados en la debida forma.

Los malos hábitos se forman más fácilmente que los buenos. Todo el conocimiento que puedan adquirir no contrarrestará los malos resultados de una disciplina laxa en la niñez. La frecuente repetición de un descuido forma un hábito. Un acto erróneo prepara el camino para otro. Los malos hábitos se forman más fácilmente que los buenos y se renuncia a ellos con más dificultad.

Si se los deja a su capricho, los tiernos niños aprenden lo malo más fácilmente que lo bueno. Los malos hábitos se acogen más fácilmente en el corazón natural, y las cosas que se ven y oyen en la infancia y en la niñez se imprimen profundamente en la mente.

Los hábitos precoces deciden la futura victoria o derrota. Seremos individualmente, para el tiempo y la eternidad, lo que nos hacen nuestros hábitos. Las vidas de los

que desarrollan hábitos correctos y son fieles en la realización de cada deber, serán como luces brillantes que esparcen resplandecientes rayos sobre el sendero de otros; pero si se consiente que haya hábitos de infidelidad, si se permite que se fortalezcan hábitos de relajamiento, indolencia y descuido, una nube más oscura que la medianoche se posará sobre las perspectivas de esta vida y para siempre privará al individuo de la vida futura.

En la niñez y la juventud es cuando el carácter es más impresionable. Entonces es cuando debe adquirirse la facultad del dominio propio. En el hogar y la familia, se ejercen influencias cuyos resultados son tan duraderos como la eternidad. Más que cualquier dote natural, los hábitos formados en los primeros años deciden si un hombre vencerá o será vencido en la batalla de la vida.

¿Qué es un hábito?

Hábito es la capacidad de dar una respuesta aprendida a un determinado estímulo, más o menos invariable y particular para cada individuo.

Todo hábito tiene en su base un reflejo condicionado, o sea la subordinación de un acto a la percepción de una señal. Cuando el hábito se ha establecido podemos decir que se ha abierto un camino a través del sistema nervioso en el cerebro, en la médula espinal y en los nervios que recorren el cuerpo. El hábito tiene un soporte material, formado por los nervios y músculos, y una vez arraigado no se puede cambiar a menos que se efectúe una alteración en esos caminos nerviosos, mediante la vigilancia constante y el esfuerzo de la voluntad para imponer el cambio deseado.

El psicólogo norteamericano William James descubrió que la formación de todo hábito está regida por las siguientes leyes:

1. *Ley de la iniciativa.* En la adquisición o en el abandono de un hábito debemos poner una iniciativa tan poderosa cuanto sea posible. La voluntad juega un papel decisivo.

2. *Ley de la constancia.* El arraigo de un hábito no permite excepción alguna hasta que está firmemente instalado. La constancia produce una continuidad que acostumbra al sistema nervioso a responder con exactitud.



3. *Ley de la oportunidad.* El hábito necesita de toda oportunidad posible y de todo estímulo emocional en su favor para fortalecerse.

4. *Ley de la conservación.* Para fijar un hábito es necesario repetir el acto periódicamente, aunque no se tenga necesidad de él.

Desde un punto de vista científico, nada de lo que hacemos se borra totalmente. ¡He ahí la importancia de los buenos hábitos!

No entiendo a la gente grande. . .

. . . Porque quitan las flores de las plantas para dejarlas marchitar en un jarrón.
. . . Porque dicen que quieren a los pajaritos pero los encierran en jaulas.

. . . Porque no dejan entrar en las casas la luz del sol (dicen que les arruina los muebles).
. . . Porque pintan todas las cosas de gris y han llenado el cielo de antenas, chimeneas, tanques y torres.

. . . Porque no me dejan tocar todo lo que es lindo y colorido.

. . . Porque no me dejan caminar descalzo ni chapotear bajo la lluvia.

. . . Porque le han puesto nombre difícil a todas las cosas sencillas.

. . . Porque han llenado la casa de cristales, porcelanas y cosas que se rompen.

. . . Porque cuando pregunto algo me contestan que soy muy chico, pero cuando lloro me dicen que soy un grandulón.

. . . Porque dicen que no tienen tiempo para nada, pero se pasan la vida discutiendo.

. . . Porque me compran lindos juguetes, pero no quieren que juegue con ellos porque se rompen.

. . . Porque desobedecen las leyes que ellos mismos hacen.

. . . Porque quieren tener empleos importantes, pero viven sentados en una silla.

. . . Porque se gastan la vida para conseguir dinero y cuando lo tienen lo malgastan.

. . . Porque no sienten el placer de perder el tiempo mirando las cosas, corriendo o saltando por prados y parques.

. . . Porque para reírse le piden permiso a la elegancia.

. . . Porque no le encuentran gracia al dar vueltas en una calesita.

. . . Porque me hacen decir versitos que no entiendo.

. . . Porque me obligan a ser simpático y a besar a gente que no conozco, pero me impiden hablar con un desconocido.

. . . Porque están demasiado apurados para contestarme una pregunta o contar-me un cuento.

. . . Porque cuando me porto mal me amenazan con ponerme una inyección, y cuando estoy enfermo me dicen que hace bien.

. . . Porque se preocupan tanto por hacerse lindos o serios.

. . . Porque dicen mentiras y ellos mismos se las creen (además, piensan que yo no me doy cuenta).

. . . Porque me dicen miedoso, pero ellos mismos me hablan de cucos y fantasmas.

. . . Porque me exigen que sea bueno, pero me regalan revólveres, dardos, flechas y escopetas de aire comprimido.

. . . Porque me castigan cuando discuto con mis compañeros, pero ellos se pelean y se matan.

. . . Porque se olvidan las cosas que tanto les gustaban cuando eran chicos.

. . . Porque cuando me equivoco me dicen "no te quiero más".

. . . Porque se creen importantes por el solo hecho de ser grandes.



LA VIDA ESPIRITUAL DE LOS HIJOS

La educación religiosa del niño

La palabra "religiosidad" es cada vez menos usada en nuestra sociedad. Su uso ha decaído a tal punto que cada vez que la empleamos nos vemos obligados a redefinirla y a reubicarla en el contexto en el cual la usamos, para no dar lugar a confusión o a mala interpretación.

Se acepta como generalizado el hecho de que "religiosa" es una persona que en cierto modo ocupa un lugar no común en la comunidad o en su mismo grupo, ya sea por su posición ideológica o por la naturaleza de su profesión.

Sin connotaciones secundarias, "religiosa" es una persona que posee una religión que orienta su vida, y que la profesa con celo. Si es así de simple ser religioso, entonces ¿por qué no detenemos y considerar con más frecuencia la religiosidad en el ser humano? El estudio de esta cualidad humana trae aparejados algunos interrogantes: ¿Es el sentimiento religioso innato? ¿Cuándo nace? ¿Cómo se origina? ¿Cómo se desarrolla? ¿Cuánto dura? A continuación, consideremos algunas respuestas a estos interrogantes.

Origen del sentimiento religioso

El niño nace con el innato "deseo de ser bueno"¹, por un lado, y la predisposición y tendencias heredadas hacia el mal, por el otro (Romanos 7: 21), pero sin la capacidad para distinguir el bien y el mal en sí mismos, aunque sí sus consecuencias.

En los primeros años el niño es incapaz de captar el hecho de que puedan existir autoridad y puntos de vista diferentes del suyo propio. Se sitúa necesariamente en el centro de su mundo e interpreta todo según su propia experiencia. De este mo-

do, es "bueno" lo que le hace bien y le ocasiona placer y es "malo" lo que lo daña o lo disgusta. Aunque esto es más bien moral que religiosidad, es uno de los puntos de partida para la formación de la conciencia religiosa. Cuando el niño ha sido bien encaminado en la consolidación de su juicio moral, su sentimiento de religiosidad tendrá una base más firme y no tan sólo imitativa.

La responsabilidad paterna va más allá de proveer instrucción, alimento y vestido a los hijos. Los padres deben saber cómo guiar a los niños en la vida espiritual.

Desde un punto de vista psicológico, podríamos decir que alrededor de los tres o cuatro años, cuando el niño llega a la edad del animismo, está en condiciones de iniciar la vía del sentimiento religioso, pues ya ha comenzado a conceder a las fuerzas humanas mayor valor que a la de los objetos. "No cabe establecer en qué momento una experiencia se hace religiosa y cuándo se la puede calificar de tal. Pero es innegable que en la infancia se esbozan decisivamente los caracteres de la religiosidad: la relación con fuerzas —por lo común personificadas—, la atracción y el temor hacia ellas, el esfuerzo por entrar en comunicación con las mismas. Todo ello está magni-

ficado y puede parecer falso a un pensamiento lógico crítico, pero es también un paso importante y bien dado"² para la formación del sentimiento religioso.

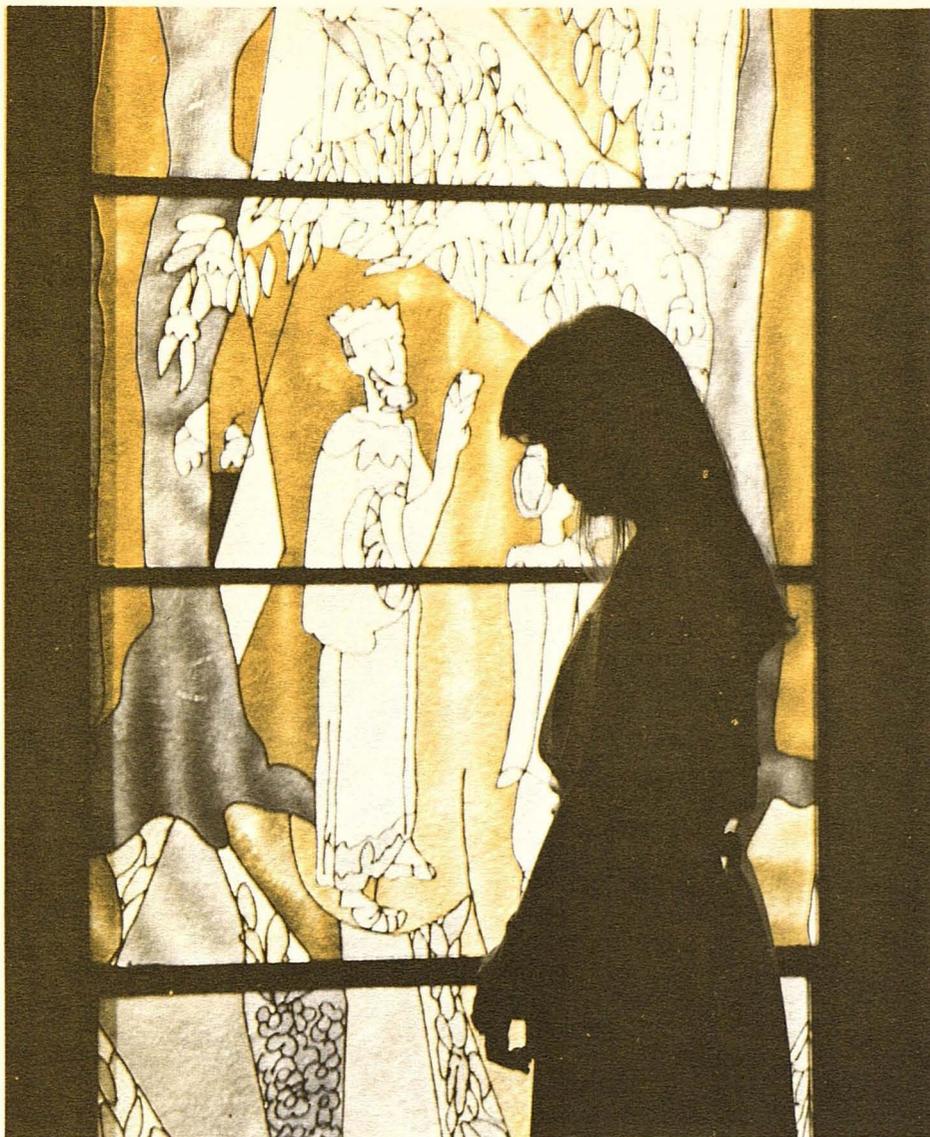
No obstante, el ingreso a la vía de la religiosidad debe ser preparado aún antes del nacimiento. La vida piadosa de la madre y su preocupación por las cosas espirituales constituyen el primer paso que encaminará al niño en esta vía; y la siembra religiosa de cada día en el tierno corazón del pequeño dará frutos que se concretarán en un carácter equilibrado y en una profunda experiencia espiritual.

Los padres y el hogar

Respecto del origen del sentimiento religioso, Jean Piaget nos hace notar: "En efecto, la esencia del sentimiento religioso es una mezcla *sui generis* de amor y de temor que denominamos respeto. Ahora bien, ese respeto es inexplicable si no encuentra su manantial en las relaciones entre el niño y sus progenitores. Es, pues, sentimiento filial verdadero y propio"³.

La familia es el jardín donde el brote de la religiosidad comenzará a cultivarse. Los padres son los jardineros insustituibles en ese cultivo delicado y sublime. Si los padres comprendieran cabalmente esta responsabilidad y este deber, existirían pocos seres irreligiosos en este mundo.

Un niño tendrá el mismo concepto de Dios que el que tiene de sus padres. "Los padres deben considerar que están en el lugar de Dios para sus hijos para fomentar cada principio correcto y reprimir cada pensamiento equivocado"⁴. "Felices son los padres cuya vida constituye un reflejo tan fiel de lo divino, que las promesas y las



órdenes de Dios despiertan en el niño gratitud y reverencia; los padres cuya temura, justicia y longanimidad interpretan para el niño el amor, la justicia y la longanimidad de Dios; los padres que, al enseñar al niño a amarlos, confiar en ellos y obedecerles, les enseñan a amar a su Padre celestial, a confiar en él y a obedecerle. Los padres que imparten al niño un don tal le dotan de un tesoro más precioso que las riquezas de todos los siglos, un tesoro tan perdurable como la eternidad”.⁵

El psicólogo P. Bovet afirma: “Descubrimos un doble origen en la más característica manifestación del amor filial: la veneración y el respeto, el amor tierno y el amor admirativo, es decir, los mismos orígenes que vemos atribuidos a la religión”.⁶

El niño otorga a sus padres caracteres divinos: omnipresencia, eternidad, omnipotencia y ubicuidad. Más adelante, con el correr del tiempo —en la adolescencia— esas perfecciones que fueron atribuidas a los padres quedarán expuestas a los desengaños de la vida cotidiana y sobrevendrá la primera gran crisis religiosa”.⁷ Si bien los

psicólogos afirman que la ruptura del hechizo de la “divinidad de los padres” es necesaria para que el niño pueda dar lugar a un concepto maduro de un Dios espiritual y paterno, los padres pueden hacer todo lo posible para que la “desintegración” de ese hechizo, aunque afecte la imagen paterna, no deteriore la comunicación espontánea del niño con Dios.

¿Los padres deberán esperar hasta una “cierta edad” para observar manifestaciones religiosas de los niños? La edad no es el factor decisivo. “Una vez se preguntó a un eminente teólogo qué edad debería tener un niño antes de que fuera razonable esperar que fuera cristiano. ‘La edad no tiene nada que ver’, fue la respuesta. ‘El amor a Jesús, la confianza, la calma, la fe, son cualidades que condicen con la naturaleza del niño. Tan pronto como un niño puede amar a su madre y confiar en ella, puede amar a Jesús y confiar en él como en el Amigo de su madre. Jesús será el Amigo del niño, amado y honrado’”.⁸ En vista de esta veraz declaración, ¿podrían los padres ser demasiado cuidadosos en el

precepto y el ejemplo que presenten delante de sus hijos? La religión debe ser práctica. Se la necesita tanto en nuestro hogares como en la casa de culto. “Puede enseñarse a la pequeños que vuelvan la mente a Jesús como las flores vuelven sus pétalos que se abren al sol”.⁹

Cómo se desarrolla la religiosidad en el niño

El niño aprende por imitación. Mientras no adquiere juicio crítico y habilidades mentales que le permiten apropiarse conscientemente de una determinada conducta o actitud, la base de su aprendizaje será la imitación. Y también su actitud y conducta religiosas serán adquiridas por imitación.

El niño imitará lo que ve. Hará lo que sus padres hacen. ¡He aquí la gran responsabilidad de los padres! Si los padres critican, el niño condenará a la sociedad; si los padres transigen con el mal “permitido”, el niño probará la iniquidad hasta su límite; si los padres dicen verdades a medias, el niño mentirá cínicamente.

El pequeño no puede abstraer ciertos conceptos como “mal”, “bien”, “pecado”, “reverencia”, “respeto”, etc., pero sí puede ser ayudado a comprender estos términos en un contexto concreto: la observación —y en algunos casos, la experimentación— de las consecuencias de las malas o buenas acciones, de la reverencia o la falta de ella, de la adoración o la profanación. Aquí los padres y maestros deben desempeñar una tarea importantísima: la enseñanza por precepto y ejemplo. “A menos que los padres hagan de la dirección de sus hijos la primera ocupación de la vida, para conducirlos por sendas de justicia desde sus más tiernos años, la senda errónea será elegida antes que la correcta”.¹⁰

¿Pueden los niños tener una experiencia religiosa?

Los niños tienen experiencias religiosas válidas y muchas veces son tan ricas o más que las de los propios adultos. “Una niña de doce años relató de una manera sencilla la evidencia de que era cristiana. Dijo: ‘No me gustaba estudiar, sino jugar. Era perezosa en la escuela y, muchas veces, no sabía mis lecciones. Pero ahora aprendo bien cada lección para agradar a Dios. Antes era desaplicada en la escuela y, cuando no me miraban las maestras, hacía travesuras para que las vieran los otros niños. Ahora procuro agradar a Dios, portándome bien y observando las reglas de la escuela. Era egoísta en casa; no me gustaba hacer mandados y me enojaba cuando mi mamá me llamaba del juego para ayudarla en el trabajo. Ahora me es un verdadero placer ayudar a mi madre de cualquier manera que sea, y mostrarle que la amo’”.¹¹

¿Cómo pueden los padres ayudar a los niños a tener una experiencia religiosa? La infancia es una edad receptiva de todo tipo de relato (aun cuando los temas de los mismos varíen según los intereses de la edad). Esto da maravillosas oportunidades a los padres para enseñar principios religiosos por medio de los relatos. Las historias de la vida de Cristo deberían ser las primeras que el niño escuche y el nombre de Jesús debiera llamar su atención desde los más tiernos años. Estas enseñanzas, dadas con constancia y fe, harán del niño un ferviente religioso.

Otro factor que ayudará a los niños a tener una experiencia religiosa profunda y positiva es el modo como los padres transmitan y comuniquen su propia experiencia religiosa a sus pequeños. De aquí la importancia de que los padres lleven una vida espiritual fecunda.

La conservación del sentimiento religioso

“La infancia es un período de preparación, un período de espera, la espera de un futuro que dura toda la vida y sólo cesa con la muerte”.¹² Si el interés hacia el por-

venir se debilita, si un ser humano se ve privado u obstaculizado en su orientación hacia lo porvenir, si el impulso que motiva los actos de su conducta se desvanece, el equilibrio general del individuo se deteriora. “He aquí por qué el impulso en la edad infantil debe considerarse como la primera manifestación de una actividad humana fundamental”.¹³

Este “impulso” es el deseo innato de hacer lo bueno, es el sentimiento de admiración, de dependencia y de amor filial que un niño siente aun desde sus primeros años y que debe ser descubierto, orientado y cuidadosamente educado por sus padres, principalmente, y por sus maestros.

En la religiosidad, este impulso está siempre presente de un modo más o menos intenso, y “es un error reducir su importancia a la de una [fuerza motora] del fatal determinismo psíquico”.¹⁴ Es un error no seguir este impulso, no cultivarlo como se cultivan las demás capacidades humanas. El sentimiento de religiosidad que se manifiesta o que describimos como la experiencia infantil no está destinado a desaparecer en la madurez como muchos piensan, “sino que es un ‘planteamiento’ que continúa también en ella, aunque cambie la forma

de su expresividad, y no está en peligro de decaimiento”.¹⁵

¿Es, entonces, posible conservar el sentimiento religioso originado en la niñez? Sí, es perfectamente posible conservarlo con toda su fuerza y su pureza. Sólo se necesita atención y cuidado, que padres y maestros sabios y dedicados sabrán brindar a su descubrimiento y cultivo.

Nos vienen a la memoria las palabras de Proverbios 22: 6: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”.

¹ Elena G. de White, *La educación* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1958), pág. 26. ² Giorgio Zunini, *Homo Religiosus. Estudios sobre psicología de la religión* (Buenos Aires, Eudeba, 1970), pág. 143. ³ Jean Piaget, *La Formation du Symbole Chez l'Enfant. Imitation, Jeu et Rêve, Image et Représentation* (Neuchâtel, Delaclaux y Niestlé, 1945), pág. 383. ⁴ Elena G. de White, *Conducción del niño* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1964), pág. 453. ⁵ Loc. cit. ⁶ P. Bovet, *Il Sentimento Religioso e la Psicologia del Fanciullo* (Firenze, La Nuova Italia, 1956), págs. 15, 16. ⁷ Zunini, *Homo Religiosus*, pág. 146. ⁸ White, *Conducción del niño*, pág. 459. ⁹ *Ibid.*, pág. 460. ¹⁰ *Ibid.*, pág. 462. ¹¹ *Ibid.*, págs. 463, 464. ¹² Zunini, *Homo Religiosus*, pág. 150. ¹³ Loc. cit. ¹⁴ Loc. cit. ¹⁵ Zunini, *op. cit.*, pág. 151.

Educación para la responsabilidad

Es bastante común escuchar de un niño frases como las siguientes: “Se me ha manchado el cuaderno”, o “Se me cayó el vaso”. En estas expresiones está presente la tendencia infantil a ubicar la responsabilidad de sus propias acciones fuera de ellos mismos.

Cuando un niño hace alguna cosa que advierte como “mal hecha”, es movido a atribuirlo no a su propia desatención, o al hecho de haber sido desmañado, apurado, distraído, sino a una especie de “fatalidad” por la cual no ha sido él mismo el autor, sino que la cosa “ha sido hecha” sin que él lo quisiera.

Naturalmente, el niño quiere escapar a la reprimenda y a las recriminaciones de los adultos, a los cuales debe rendir cuentas de lo que hace. Por lo tanto, usa este lenguaje como una excusa, o por lo menos como una invocación de atenuantes para sus traerse a su propia *responsabilidad*.

La primera cosa que deben hacer los adultos, los padres y los maestros frente a hechos de esta naturaleza es comenzar por corregir el lenguaje. Así quedará des-enmascarado el marco escondido en las

palabras —dado que el lenguaje da a entender una realidad psicológica bien precisa— y el niño será “presentado a sí mismo”.

El niño no nace con el sentido de responsabilidad. Lo adquiere por medio de una cuidadosa educación.

Es necesario objetarle que diga: “Se me ha manchado el cuaderno”; debería decir: “He manchado el cuaderno”. Debería reemplazar: “Se me ha caído el vaso”, por: “He dejado caer el vaso”. O sea, que aprenda a no usar un lenguaje “fatalista”, sino real.

Naturalmente, podemos escuchar sus justificaciones, considerar las posibles causas de los errores, la intervención de factores externos y sus estados de ánimo al hacer las distintas cosas, pero siempre le

debemos hacer notar que, de las cosas que le suceden, en gran parte él mismo es el mayor *responsable*.

De esta manera, tratando de hacerlo consciente del hecho de que él “actúa” y no es “actuado”, se lo puede habituar a estar más atento a lo que hace para luego no tener que buscar excusas que justifiquen su comportamiento.

Por otro lado, los padres actúan des-aceradamente cuando usan con el niño pequeño algunas manifestaciones irracionales, como por ejemplo “castigar” a una mesa o “reprenderla” por haber “tropezado” con el pie del niño, en vez de hacerle reconocer que él mismo fue quien dio contra el obstáculo. Es necesario que seamos realistas desde los primeros años y hagamos ver al niño las cosas como son.

Sobre todo es muy importante habituar al pequeño a saber prever las consecuencias de lo que hace y educarlo para que sea prudente al manejar objetos o situaciones que no sabe dominar y con los cuales aún no ha experimentado. Es necesario que “tenga ojo”, usando una expresión proverbial.



Hay una vieja fábula que puede servir para ilustrar que es indispensable prever las consecuencias de las acciones y no actuar por actuar.

Había un zorro que, saltando un seto, resbaló y cayó. Al levantarse se tomó de una zarza llena de espinas, llenándose las manos de heridas punzantes.

—Ay de mí —dijo el zorro a la zarza—. Me dirigí a ti en busca de ayuda y ¡mira cómo me has dejado!

—El error es tuyo —le dijo la zarza—. Te deberías haber fijado que estoy recubierta de espinas. ¿Cómo podías esperar salir indemne al abrazarte a mis espinas? Has sido precipitado. Deberías haber mirado bien antes de tomarte de mis ramas. Aquí al lado hay una suave dalia; podrías haberte dirigido a ella.

Fábulas de este tipo ayudan a los niños —sobre todo a los mayorcitos— a reflexionar sobre las actitudes humanas y a encontrar soluciones para problemas como el

propuesto. En algunos casos habrá que ayudar un poco al niño, pero él necesita darse cuenta de que es responsable, según su edad y su experiencia, de lo que le ocurre, y que en cierta medida él puede ayudar a evitar algunos de los problemas en los cuales se encuentra inmerso.

El niño no nace con el sentido de responsabilidad. Lo adquiere a través de una cuidadosa educación. De esa educación depende que él despierte a ese sentido y que lo desarrolle.

PARTE IV

SU HIJO
ADOLESCENTE



Capítulo 1

UN HIJO CON VOZ Y VOTO

El preadolescente

Los niños entran en la preadolescencia alrededor de los 11 años y permanecen en ella hasta el año siguiente. Algunos ya inician ese camino a los 10 años. Como ésta es una etapa de transición, el niño es muchas veces incomprendido.

El preadolescente vive en un estado de pereza más o menos constante. Crece con tanta rapidez que a menudo está cansado y no tiene ánimo para hacer nada. El estrés le consume la energía propia de la niñez y puede parecer difícil y poco cooperativo.

Su estado de ánimo cambia con rapidez. De mañana se siente dispuesto para iniciar un trabajo y a la tarde tal vez ya esté deprimido y no tenga más interés en él. Es posible que las niñas manifiesten su depresión llorando con frecuencia por hechos o comentarios insignificantes en su apariencia.

El preadolescente es un severo crítico de sus padres y maestros y al mismo tiempo rinde culto al héroe adulto que le robó toda la admiración y el amor. Quiere crecer pero tiene miedo de dejar atrás la seguridad que le da la niñez. Un día puede parecer responsable y capaz, y excesivamente infantil al siguiente. Necesita y espera la ayuda de sus padres y maestros, pero se ofende si le dicen lo que debe hacer.

El preadolescente contradice, discute y adopta la opinión contraria a lo que digan sus padres, hermanos y a veces hasta sus amigos. Detesta las tareas hogareñas y tal vez no coopere cuando se le pide ayuda, pero quizá sea servicial con las personas ajenas a la familia. Le molesta que se burlen de él; no obstante, le agradan las bromas y gusta hacerlas a los demás, inclusive adultos.

Se ha llamado a la preadolescencia un período de desorganización. El muchacho



de esta edad se rebela contra los horarios, la limpieza, y la sugerencia por parte de los padres de la ropa que debe usar. Los varones son desprolijos, poco cooperativos y mal hablados. También algunas niñas adoptan esta conducta, pero la mayoría de ellas se interesa por vestirse de modo atractivo. Muchas veces ellas mismas re-

chazan a la niña chapucera, ordinaria y varonil.

La preadolescencia es una edad difícil, preludio de otra más difícil todavía, pero una edad oportuna para usar de paciencia, comprensión y sabiduría que Dios pone al alcance de los padres que las soliciten con corazón sincero y humilde.

Dos perfiles de la pubertad

Ambos muchachos tienen trece años y cursan el primer año del nivel medio en una escuela de comercio. Los dos poseen mucha vitalidad y gozan de una salud desbordante. Tanto uno como otro están dotados de una inteligencia brillante, superior al término medio. Con todo, fueron plasmando proyectos de vida un tanto distintos.

Ricardo

Por propia iniciativa consiguió trabajo fuera del horario escolar. Manifiesta notables cualidades de vendedor, desempeñándose como tal en una casa de ventas de artículos de marroquinería. Administra con criterio "empresarial" el pequeño capital que fue acumulando con sus sueldos. Para ello tiene abierta una cuenta bancaria.

El hecho de dedicar unas veinte horas semanales al negocio, no afecta los estudios de Ricardo. Completa con todo rigor los trabajos escolares, se prepara conscientemente para los exámenes y obtiene muy buenas calificaciones.

El cumplimiento de sus obligaciones escolares y de su responsabilidad laboral no le impide estudiar música —ejecuta con cierta destreza el clarinete— ni concurrir a un club de *scoutismo*.

Le apasionan los campamentos, el ciclismo y los paseos a pie. De temperamento alegre, siempre se lo ve jovial, de buen humor. Sus compañeros y compañeras lo tienen en gran estima.

Es miembro de la comisión directiva de su curso y coordinador de la subcomisión de apoyo en el aprendizaje. A menudo sus pares le piden en préstamo sus apuntes de clase. En más de una ocasión se lo ve tomar notas con papel carbónico a fin de hacerle llegar una copia a algún compañero ausente. Es muy minucioso, y posee habilidad para seleccionar lo que queda consignado en sus apuntes.

En clase colabora activamente participando de los diálogos a que dan lugar los profesores, especialmente en las asignaturas de geografía y ciencias biológicas, cuyos contenidos constata en los volúmenes de una enciclopedia científica que le regalaron sus padres.

Ernesto

Ernesto tiene mucha facilidad para el estudio, particularmente para el aprendizaje de las matemáticas, aunque no siempre sus "múltiples" actividades le permiten cumplir con los ejercicios que debe realizar en su casa.

Ernesto dedica muchas horas a jugar con la computadora, actividad que le apasiona y que no le deja demasiado tiempo ni motivación suficiente para completar sus obligaciones escolares. La hora de estudio lo encuentra con los auriculares puestos y ante la pantalla de la computadora, opción que le parece menos insípida.

Por otra parte, las tareas encomendadas por los docentes le parecen cargas muy pesadas de llevar y las atribuye exclusivamente al sadismo de ciertos profesores que se complacen en ver sufrir a sus alumnos. Entiende que debe hacer lo posible para sobrellevarlas de algún modo, como para seguir subsistiendo.

Durante la pubertad, la voluntad pugna por afirmarse. Padres y maestros deberían guiar el desarrollo de esa voluntad para que llegue a ser a la vez firme y equilibrada.

No siempre Ernesto anda de buen ánimo. En algunas ocasiones su euforia lo dispone a llevarse todo por delante. En otras, la menor complejidad de una situación significa una valla insalvable ante la que baja la guardia.

No es, sin embargo, un "mal chico". Los compañeros lo aceptan, pero su preocupación por conseguir la atención de los demás se confunde a veces con la mendicidad. Ernesto se esfuerza por despertar la compasión de los otros a fin de lucrar con ella. Cuando alguien toma conciencia de esta situación y adopta medidas para remediarla, Ernesto sencillamente se repliega para mendigar el afecto de otros.

En el claustro docente alguna vez se comentó que el "pobre" Ernesto tiene un rasgo de carácter que no ayuda a su reputación: es alguien que "tira la piedra y esconde la mano". Este concepto está deteriorando progresivamente la imagen de Ernesto ante sus profesores, algunos de los cuales ya le perdieron la confianza.

¿Por qué tantas disimilitudes?

Un atisbo de la realidad familiar permite comprender el perfil estudiantil de cada uno

de estos muchachos, tan distintos, cuando potencialmente parecen tener igualdad de condiciones.

Ernesto y Ricardo representan dos formas de comportamiento típicas de la escolaridad del púber.

Ernesto cuenta con padres muy ocupados. Ambos son profesionales de prestigio y su tiempo está absorbido por su trabajo específico y por actividades complementarias: reuniones sociales, encuentros profesionales, jornadas especiales y congresos.

A Ernesto no le falta nada. La computadora y el equipo de audio son sólo ejemplos. Recibe todo lo que pide, excepto el tiempo y el afecto de sus padres.

No es extraño que los padres de Ernesto no tengan mayores expectativas respecto de su rendimiento escolar. "No le exigimos que estudie mucho; nos conformamos con que se porte bien", dicen. Son conscientes de que Ernesto los necesita, pero al fin de cuentas, ellos trabajan para que Ernesto pueda tener todo lo que tiene.

Ahora bien, Ernesto reclama más que comodidad y aparatos electrónicos. La computadora no reemplaza la atención paterna directa. No obstante, no es fácil torcer el curso de las cosas.

No sorprende el hecho de que Ernesto presente dificultades en la organización de su material de estudio. Al no contar con la supervisión de sus padres, le falta motivación para ponerse a estudiar. Por otra parte, tampoco su lugar de estudio invita al trabajo intelectual. Aunque a diario la mucama se esmera por poner en orden su habitación, ésta adquiere un aspecto desprolijo desde el mismo momento en que Ernesto regresa de la escuela. Nunca se lo ve acondicionarla, porque entiende que no es tarea suya.

A los padres de Ricardo no les sobra el tiempo. La madre trabaja en un horario coincidente con el turno de clases de Ricardo. El padre es viajante y de lunes a viernes prácticamente no se lo ve en el hogar. Pero Ricardo no padece de carencias afectivas y de comunicación.

Ambos padres se interesan efectivamente en el trabajo escolar y extraescolar de sus hijos. Conversan a menudo con Ricardo sobre sus proyectos y lo orientan en función de la resolución de los obstáculos cotidianos.

Como respuesta al interés que los padres le manifiestan, Ricardo no los quiere defraudar y se esfuerza por tener buenas calificaciones en las diferentes asignaturas.



El trabajo, al proporcionarle cierto dinero que él administra, le permite valerse por sí para comprar lo que necesita, y ganar de esa manera en autoestima y seguridad en sí mismo.

En medio de un clima humano estimulante, Ricardo aprendió a ponderar el valor de las cosas: su dinero, su tiempo y sus capacidades.

Ricardo organiza cuidadosamente su tiempo y su material de estudio, a la vez que acondiciona el ambiente donde lleva a cabo sus tareas escolares.

Es ordenado y prolijo, cualidades que su madre incentivó desde que era niño, brindándole oportunidades de colaborar en sencillas tareas de orden y limpieza.

Actualmente él guarda sus cosas solo: ropas, calzados, útiles escolares y demás pertenencias, y tiende su cama a diario.

¿Arriesgamos un pronóstico?

No es menester ser profeta o adivino para entrever el futuro de ambos muchachos.

De persistir el presente orden de cosas, a Ricardo le auguramos un porvenir de éxito, lleno de realizaciones; en tanto lamentamos anticipadamente los fracasos que le depara a Ernesto el derrotero de la vida.

El análisis de los casos de ambos púberes nos permite efectuar la siguiente reflexión.

La educación de la voluntad

No todos los educadores coinciden en que la principal misión de la educación es desarrollar en el sujeto la capacidad de gobernarse por sí mismo. Sin embargo, se trata de una verdad meridiana.

Si bien es cierto que la primera lección de la vida es la obediencia,¹ ésta no tiene sino la función de permitir que la formación de la voluntad transite sobre un carril asegurado.

No es una tarea sencilla la de guiar el desarrollo de una voluntad para que llegue a ser firme y equilibrada, pues la actitud de un excesivo rigor es tan contraproducente como la de una total laxitud. Mientras que la primera constituye un error terrible ya que quebranta la voluntad² del individuo, la otra no configura una salida mejor, puesto que la voluntad no se edifica por falta de andamiaje. Tratar de revertir durante la pubertad esta actitud de laxitud y de indolencia consecuente, es una preocupación que sobreviene demasiado tarde. Para entonces el pasaje de la permisividad al rigor sorprende al púber, situación que de ordinario es generadora de rebeldía.

Solamente la paternidad conscientemente asumida y la bendición de la asistencia del poder divino pueden conseguir el equilibrio. Tal equilibrio se da, por ejemplo, en el caso de la madre que motiva a su pequeño de tan sólo dos años a ayudarla en los quehaceres simples: a estirar las

Yo... una adolescente

Yo... ¿qué soy?

Para los demás, los adultos,
los grandes y viejos desconocidos,
soy un fracaso, soy una confusión,
soy parte de una revolución.

Yo quiero triunfar, pero sin que fracase nadie;
quiero descubrir, pero sin confundir a nadie;
quiero cambiar las cosas, pero sin manosear a nadie.

Quiero creer y que me dejen creer:
creer en la gente, en los amigos, en Dios;
creer simplemente para poder crecer.

Yo... ¿qué soy?

Soy alguien que camina buscando un camino...
Soy alguien que teme perderse en la búsqueda...

Soy un manojo grande de silencios...

Soy un enigma para mi propio Yo.

No sé lo que soy ni sé cuál soy...

Soy un pedazo inmenso de necesidad de tener a Dios,
soy algo nuevo descubierto cada día por mi propio interior,
soy un hueco que se va llenando a la medida de lo que voy dando,
soy una enamorada del amor que teme amar,
soy un conjunto de miedos encerrados que me encierran,
soy un cuarto a oscuras en cuyo centro llora un bebé porque le falta la luz,
soy un rincón escondido de dulces miradas,

soy un deseo insaciable de un amigo,

soy una mano cerrada que no se anima a acariciar,

soy dos brazos atados temerosos de abrazar,

soy una botellita de lágrimas fuertemente tapada,

soy un pedido inmenso de ternura, amor y más amor...

Soy... una adolescente.

sábanas, a llevar al canasto la ropa sucia para lavar, a pasar un paño a los muebles, a acercar la pala de la basura en el momento de barrer el piso, a colocar los cubiertos sobre la mesa a la hora de comer.

No es que con esos servicios —al menos en un comienzo— la mamá ahorre mucho de su tiempo. Al contrario, esas ayudas a veces le generan mayor trabajo. Pero es menester que el niño descubra el gusto por hacer las cosas con responsabilidad y con dignidad. Y no porque la madre se lo exija amenazadoramente, o porque el chico espere por ello un premio o gratificación más allá de la satisfacción que le reporta el mero acto de servir.

Si se propone naturalmente al niño actividades de cooperación en las pequeñas tareas del hogar, se está favoreciendo con ello el desarrollo de una voluntad dueña y segura de sí. Claro, eso demanda tiempo a los padres. Pero será plenamente recompensada por los resultados toda inversión de tiempo y esfuerzo.

La conducta responsable de Ricardo no responde sino a un cuidado continuo brin-

dado desde su más tierna infancia al cultivo de una voluntad sin fisuras. En tanto la inestabilidad y la indolencia de Ernesto encuentran su explicación en la falta de una paternidad responsablemente asumida.

La voluntad, con todo su potencial energético, no surge por generación espontánea o por la activación de mecanismos endócrinos neurovegetativos, como los cambios puberales. Es el resultado de un largo camino de afirmación que requiere el concurso de un tierno cuidado y de una orientación constante.

No es una condición ineludible del género humano que la pubertad sea vivida conflictivamente por ser la época en que la voluntad pugna por afirmarse.

Pongamos los fundamentos adecuados y convenzámonos los padres y los maestros de que tenemos mucho por hacer en beneficio del perfil de una pubertad sin conflictos.

¹Elena G. de White, *La educación* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1978), pág. 287. ²*Ibid.*, pág. 288.

El adolescente: un personaje desconcertante

Ariel está callado y reconcentrado. La radio suena a todo volumen pero él no la escucha. Está recostado en su cama, con las manos debajo de la nuca, absorto, ausente. Los padres lo notan raro. "Anda preocupado", piensan, y arrojan el anzuelo:

-¿Qué tal, Ariel? ¿Cómo van las cosas? ¿Te sucede algo?

-Mmmmmno -vuelve la respuesta.

-¿Quieres que charlemos un rato?

-Preferiría *estar solo* -responde tajantemente.

Come poco, no habla, se cierra herméticamente, lee mucho y mira por la ventana durante horas. Está lánguido, desganado, casi abúlico.

-Este chico se ha convertido en un asceta y ermitaño -dice la madre.

Transcurren algunos días. Poco cambio. De pronto, se torna desbordante en sus reacciones. Llena la casa con adolescentes que cantan, ríen y juegan ruidosamente. En un solo fin de semana participa de tres fiestas. Vuelve tarde, come golosamente, se preocupa exageradamente por su ropa, se peina durante horas frente al espejo, toma sin permiso la mejor corbata del padre.

Una noche el padre le dice:

-Ariel, mamá y yo vamos a salir. ¿Te quedas en casa?

-¿Qué? ¿Me tengo que *quedar solo* y aburrido? ¡No!

Los padres quedan desconcertados ante la contradicción. Y no es para menos. Si usted tiene un adolescente en casa, esta escena le resultará muy familiar. ¿Qué pensar? ¿Qué hacer?

La adolescencia es, tal vez, la etapa más difícil de la vida. Difícil para el propio adolescente y difícil para los que lo rodean. Esto hace necesario que los adultos conozcan y comprendan algunas conductas de esta edad.

Polaridad y contradicción

El adolescente suele adoptar conductas que oscilan de un extremo al otro de la gama. Por momentos atraviesa una etapa de ascetismo, que se origina en una represión interna hacia el despertar de la propia sexualidad y, por extensión, hacia todo lo que hace e inclusive de lo que goza mucho: evita fiestas, rechaza comidas, etc.

Piensa mucho. Está totalmente invadido por su mundo interior y sus fantasías. Sueña con actos heroicos, con conductas altruistas y sacrificadas, con ser el galán o la mujer más atractivos del mundo.



Pero poco después esa represión afloja hasta alcanzar la modalidad opuesta: auto-permisiva y desbordante. Un buen día esta conducta declina nuevamente y el ostracismo se hace presente otra vez.

La bipolaridad forma parte de la búsqueda de sí mismo y de los demás, tarea a la que el adolescente está plenamente abocado. En realidad parece contradictorio, pero no lo es porque su personalidad está buscando un equilibrio y, mientras lo encuentra, prueba los extremos. Y si "nadie lo entiende" es porque él tampoco entiende mucho de lo que le pasa.

En la adolescencia la contradicción es un método de aprendizaje. No lleva el objetivo de desorientar al adulto, sino que está motivada por su propio desconcierto.

Diagnóstico: incierto.

Pronóstico: reservado

No se sorprenda. Usted también pasó por la misma experiencia. De pronto se tiraba sobre la cama y dejaba pasar el tiempo y el mundo. Permanecía durante horas con una actitud entre iritado y descontento y, sobre todo, contemplativo. Leía

un libro por día, cuando no hacía dieta de historietas y televisión. A veces se quejaba de dolores de estómago, cefaleas o náuseas, pero la verdadera razón era que la chica (o el muchacho) que le gustaba no lo llamaba. . . ¿Así que no recuerda que le haya pasado algo como esto? Observe a su adolescente y no se enoje. Usted hacía exactamente lo mismo.

Melancólico y taciturno, se limita a escuchar música o a garabatear su diario personal. El cuadro no es alarmante, pero usted puede agravarlo si se convierte en un agente persecutorio ("Siéntate derecho", "Mira cómo tienes las uñas", "Hace dos semanas que no te veo tomar un libro").

Allí está, "tirada" en el sillón. Hace tres horas que lee sin interrupción, y mientras lo hace se enrolla un mechón de cabello en el dedo a modo de inacabable tirabuzón. O se tirona el lóbulo de la oreja. O se hace crujir los dedos. De pronto se levanta con tanta violencia que rompe las medias de nailon y engancha la "remera" nueva. En menos de cinco minutos hizo media docena de cosas que a usted le destrozaron los nervios. Por supuesto, al menor reproche

vuela a su habitación y se encierra hasta la hora de comer. El diagnóstico más exhaustivo de esta "enfermedad" se resume en una palabra: desconcierto. No obstante, no es nada grave ni hay mala intención en su etiología.

Lo mejor es respetar las soledades del adolescente y demostrarle que siempre encontrará abierta la puerta de la comprensión.

Teléfono ocupado

Como una planta desmañada y exótica, está echado en el piso cuan largo es, hablando incesantemente por teléfono. ¿Con quién habla? ¿Es un compañero del colegio? ¿Alguna amiga de la barra? ¿El llamó? ¿O acaso lo llamaron? Tal vez usted nunca llegue a saberlo por más que aguce el ingenio (y el oído). Si se lo pregunta, él se fastidia. Entonces opta por invocar la economía: "Nene, trata de abreviar que este mes la cuenta del teléfono va a llegar a las nubes". Para peor, se abre la puerta de calle, y entra su esposo malhumorado. La confirmación de su hipótesis no hace más que exacerbar su fastidio: "Estaba seguro de que éste había agarrado el teléfono por su cuenta. . . Hace una hora que quiero comunicarme, y vengo y encuentro a este zángano charlando como si viviera solo".

No tiene demasiado sentido regañarlo. Usted deberá fijar los límites que considere oportunos, conversarlos con el adolescente y ser firme en su decisión de hacerlos respetar. El adolescente pondrá a prueba todos los límites que usted le imponga. Pero los necesita. Ellos le darán seguridad. Y la firmeza con que usted los haga cumplir le hablarán de su afecto e interés por él.

"Esa habitación da asco"

Ya nadie se anima a entrar en ella. La ropa está diseminada por todas partes. Libros, elementos de deporte, fotos y piezas de colección se entrelazan formando un indiferenciado nudo. Usted ha renunciado a limpiarle la habitación, pues el día que se arma de heroico valor y lo hace, escucha la frase: "Mamá, ¿quién ha desordenado mis cosas? Yo tenía sobre el escritorio. . . y ahora no lo encuentro".

Y hablando de ropa, usted no entiende cómo a su adolescente le puede gustar más ese pantalón desflecado, gastado y descolorido a la altura de las rodillas ("Pero si no se lo saca ni para dormir") que la ropa fina que usted se esmera en elegirle. Y por qué usa sólo ese *pullover* —hasta pulverizarlo— con total abstracción de la opinión popular.

Usted necesita manejar el difícil arte de comprender las "rachas". Un día de estos se sorprenderá cuando el orden se abra paso en la habitación de su hijo y cada cosa recupere su lugar. El crecimiento pro-

lijo, ininterrumpido y uniforme no existe. El adolescente padece de cierto desorden interior obvio. Por ello es capaz de cambiar totalmente sus gustos y preferencias en el mínimo tiempo imaginable. Pero esto no es indicio de que su vida será un caos irremediable. Es sólo un modo de vivir una etapa vital. No obstante, usted no deponga las armas dejando rodar las cosas. Oriéntelo sin "marcarlo" cuerpo a cuerpo. Predíquele siempre las bondades del orden y del sistema —como lo ha hecho hasta ahora. Los resultados tardan en llegar pero llegan.

En la adolescencia la contradicción es un método de aprendizaje. No lleva el objetivo de desorientar al adulto, sino que está motivada por su propio desconcierto.

La "onda" es ser flaco

De pronto comienza a poner mucha atención en sí mismo. Se preocupa por los granitos de la frente y los puntos negros de la nariz. Reclama que no cualquier media "hace juego" con determinado pantalón o que tal color no "combina" con los *jeans*. El tema "pinta" ha llegado a preocuparle de veras. No cualquier cuerpo es compatible con la moda. La "onda" es ser flaco —escuálido, diría usted. Y más aún si se trata de las chicas. Cuando alguna descubre que sus medidas se exceden en un centímetro de las magras convencionales, comienza a hacer una dieta "desmayante" que, por lo general, la deja anémica y exhausta.

Observe la "onda" con tolerancia, pero evite que el adolescente se automedique o cometa excesos o sacrificios físicos absurdos para lograr la línea deseada.

Las fiestas: una cuestión de pe\$o

Lo terrible de los cumpleaños y fiestas de adolescentes es que ocurren todas las semanas. Eso equivale a incluir en el presupuesto familiar un regalo semanal, además de ropa nueva, porque el chico no quiere ir "siempre mal vestido".

Las fiestas suelen ocasionar un doble problema: dinero y horarios. Respecto del dinero, todo adolescente debe saber hasta dónde llega su "erario" y hasta dónde sus padres pueden complacer sus gustos y caprichos ("necesidades", dirá él). Los padres deben reconocer que el muchacho o la chica enfrentan fuertes presiones del gru-

po y que hay "compromisos ineludibles", pero aun así. . . la sogá tiene un límite. No es bueno cercenar o impedir la vida social de un adolescente por meros motivos económicos, pero sí es conveniente que él sepa honestamente en qué situación económica vive la familia y aprenda a no soñar con imposibles.

En lo que atañe a los horarios, los límites también deben ser claros. Los padres podrían negociar una hora para volver a casa y exigir que su cumplimiento sea indefectible, aunque eso requiera el sacrificio adicional de ir a buscarlo.

"No me vengan con cuentos"

Justiciero insobornable, quiere poner los puntos sobre todas las *ies*. No soporta la mentira. Tiene opiniones en casi todos los rubros y las suelta sin embarazo, no importa quién esté presente. "A mí no me engañan", repite amenazante (como si toda la familia se hubiera confabulado para confundirlo).

Ha dividido a la familia (y a la sociedad) en dos grupos: los aceptados (porque se lo merecen) y los insoportables (porque también se lo merecen). Selecciona cuidadosamente las personas a las cuales brinda el honor de su visita. "No prometan mi presencia sólo por compromiso. Detesto las visitas para 'cumplir'. Y cuando pregunten por mí digan que estoy con la gente que me interesa" —pontifica levantando el índice.

Por momentos mantiene conversaciones sofisticadas y filosóficas con adultos, o juega animadamente con niños cinco o seis años menores que él.

A la hora de comer sacará a luz todos los defectos hogareños: "Es la tercera vez en la semana que comemos lo mismo", "Mamá nunca está al día con las noticias", "Papá siempre habla de lo mismo".

La capacidad de crítica del adolescente no sólo va dirigida a los demás. También es severo e implacable consigo mismo. Aunque los problemas sociales parecen no afectarlo, en el fondo anhela encontrar su pareja, un íntimo amigo del sexo opuesto que, traicionando su propia adolescencia, lo comprenda y lo quiera sin condiciones. Cuando lo encuentra, la relación frívola, circunstancial y pasajera que entabla con los demás, se transformará en una relación compleja, comprometida, sincera y total.

El adolescente es un ser contradictorio y desconcertante, pero no por eso menos necesitado de la comprensión y ayuda de los adultos.

La vida es un tramo de eternidad recorrido paso a paso. Esos pasos no son todos de la misma extensión ni dados con igual seguridad. ¡Feliz del adolescente que pueda contar en esa difícil etapa con la comprensión, la ayuda y el ejemplo de sus padres y mayores!

EL ADOLESCENTE Y SUS PADRES

Sus hijos opinan. . . ¿usted coincide?

Las comunicaciones de este siglo han obrado milagros, pero también nos han dado algunos sinsabores. Han acortado el espacio, lo cual ha llevado a reducir también el tiempo, condensando la historia de los pueblos y precipitando los acontecimientos, relaciones y crisis que, sin esas comunicaciones ("en la época de papá"), se daban a mayor distancia temporal y no nos causaban tan grande secuencia de incomodidades.

Una de las consecuencias de esta condensación histórica es el hecho de que los adolescentes de hoy deben vivir, afrontar y soportar experiencias que su generación anterior vivió a una edad más avanzada. "En nuestro tiempo, la separación y el conflicto generacional son particularmente marcados en virtud de los rápidos cambios sociales. El escenario de la vida en que crecieron los adultos se ha modificado sustancialmente. De ahí el peligro y la razón de que muchos padres y educadores vivan en 'mundos' o 'tiempos' distintos"¹ y que los unos no puedan decodificar los mensajes de los otros.

Por esta razón con frecuencia los mismos adolescentes influyen en sus compañeros más que los adultos, transmitiendo y manteniendo los valores mediante una comunicación fluida y cercana² que los padres subestiman por "demasiado moderna".

Trataremos de analizar algunos aspectos de las relaciones paterno-filiales a partir del diálogo con los adolescentes. Entrevistamos a un grupo de ellos, entre los 15 y los 18 años, sobre temas de todos los días.

Relaciones paterno-filiales, ¿una vía de doble mano?

Cuando hablamos de relaciones entre padres e hijos adolescentes, debemos tener

en cuenta un hecho real: con las pocas excepciones determinadas por los padres muy jóvenes, la mayoría de los progenitores "enfrentan problemas propios de la 'edad madura' a partir de los cuarenta años. Mientras los hijos están luchando por definir su identidad personal, sus padres comienzan a ver peligrar la suya".³ Dicho en otras palabras, la crisis es de ambas partes. Entonces, ¿por qué achacar toda la crisis al adolescente?

El tema de las relaciones con los padres provoca, por alguna razón, en los jovencitos una sonrisa que denota un: "Dígamelo a mí". Oigámoslos:

"Les cuento todo lo que me pasa. Ellos me aconsejan cómo actuar" (Raquel, 15).

"Yo tengo miedo de contarles todo. Prefiero hablar con mi hermano Daniel (20); es más confidente" (Mónica, 14).

"Cuento casi todo, pero con más fluidez a mamá que a papá" (Walter, 14).

"El hecho de agradecer algo es motivo para una buena comunicación con mis padres. Nos entendemos bien, pero me llevo mejor con mamá" (Eduardo, 17).

"Mamá es para mí una amiga. Ella fue padre, madre, hermana; todo. No puedo ocultarle nada. Hay una relación muy profunda" (Marcela, 17).

La mayoría coincide: "A pesar de todo, nadie nos entiende mejor que ella". Los adolescentes reconocieron que, en general, el diálogo es más fácil con la madre.

"En cuestión de dinero, le pido a mamá. A papá sólo lo veo de noche. Está siempre ocupado. Lo de las amonestaciones lo trato con mamá. Así me ahorro el sermón-reto de papá y las amenazas de que me va a quitar la moto" (Maxi, 15).

"El boletín se lo doy a papá. . . pero el camino me lo prepara mamá" (Mónica, 14).

"Mamá no afloja tanto, papá sí" (Raquel, 15).

Los padres debieran hacer todo lo posible para aceitar las relaciones con sus adolescentes. No es fácil educar un ser en cambio constante, pero la lógica, la justicia, el amor y la fe juntamente con la asistencia divina pueden hacer posible una relación feliz.

Libertad, ¿hasta dónde?

"El principio de la libertad, a menudo acarrea serias dificultades y se necesita mucho tiempo para aplicarlo correctamente. El joven necesita toda la libertad que pueda usar prudentemente (o por lo menos, sin daño para él y los demás) con el objeto de que le sea posible aprender a dirigir personalmente sus asuntos".⁴ Debemos reconocer con calma que la ambivalencia determinada por los deseos de cambio y la resistencia frente al mismo está presente tanto en los adolescentes como en sus padres -fenómeno llamado "ambivalencia dual". El adolescente anhela la libertad para auto-realizarse (deseo) pero siente miedo de encontrarse de lleno con ella (resistencia) porque esto le produce un sentimiento de inseguridad y abandono. Por otro lado, los padres quieren la independencia del hijo (deseo), pero tienen miedo que ella los aleje de su protección y los tome innecesarios (resistencia).

"Mis padres me explicaron que si meto el dedo en el enchufe, patea, pero no suprimieron todos los enchufes. Así fui teniendo libertad para realizar mis experiencias" (Marcelo, 18).

"Los primeros permisos debieron ser rogados. A medida que voy madurando y me van conociendo, pierden temor y me dan más libertad" (Valeria, 17).

"Reconozco que me dieron mucha libertad. Confiaron en mi responsabilidad. De a poco fui tomando conciencia de ella y la usé lo mejor que pude" (Eduardo, 17).

"A mí me dejan ir a cualquier lado" (Maxi, 15).

"A mí no tanto. Me ponen ciertas condiciones: conocer el lugar, tener referencias, ver quién me acompaña" (Raquel, 15).

"Yo sólo puedo salir acompañada por mis hermanos o amigos más íntimos" (Mónica, 14).

Los jovencitos necesitan libertad, pero también necesitan conocer definitivamente los límites de la misma. La libertad no es un producto de mercado, que se adquiere o se dona, sino un modo de vida. A cada edad se le debe conceder la cuota de libertad pertinente. Esta debería ser un ingrediente natural en la educación de un niño. Entonces no sería motivo de discordias, miedos o crisis cuando éste llegara a la adolescencia.

Amistades, ¿cualesquiera?

Sabemos bien que un punto en el cual las relaciones paterno-filiales suelen quebrarse irremediabilmente es en el punto de las amistades. Y no es para menos. La generación anterior puede "ver" el futuro

de sus hijos a través de sus amistades. Esto llena de ansiedad a muchos padres y es razonable que así sea. Comprendemos que desean el bien de sus hijos —esto lo comprenden también los adolescentes— pero nunca lo lograrán con restricciones injustas o coerción sofocante.

"Mis amigos son mejores que mis amigas. Me llaman todos los días por teléfono. Mamá no me dice nada en contra. Pero esto no significa que con las chicas me lleve mal, ni que sea 'varonera'. Los recreos los paso con ellas" (Raquel, 15).

"A mí me dejan tener amigos y amigas, pero no llevar a los muchachos a casa; no es correcto (¿no lo es?). Los compañeros del colegio pueden venir a casa; los del barrio, no. Sin embargo, confío más en mis amigos que en algunas chicas que me fallaron" (Mónica, 14).

"Yo puedo tener los amigos que quiera, siempre que los seleccione de tal manera que no me lleven a hacer algo malo" (Walter, 14).

"Nunca me dejan juntar con los muchachos del barrio. Dicen [los padres] que fuman, que se pelean, que no estudian, que son vagos. . . Yo me tengo que juntar con los que me siento cómodo ¿no?" (Maxi, 15).

¿Quiénes son tus amigos, Maxi? —le preguntamos.

"Los chicos del barrio son mis mejores amigos" —nos respondió.

"Muchas veces los padres quieren imponer su propia amistad a los hijos. Eso no se puede hacer" (Marcelo, 18).

"Las amistades deparan a un adolescente las principales satisfacciones interpersonales y los padres pueden comenzar a sentir que éstas atentan contra la unidad familiar, resquebrajándola un tanto".⁵ Por ello los padres debieran poner atención a sus propios móviles al tratar el tema de las amistades con sus hijos. La única regla es la formación del carácter juvenil, no los temores, ansiedades o prejuicios paternos.

Actitudes que los padres debieran evitar

En la orientación que los padres dan a sus hijos se pueden cometer dos errores: la falta de dirección manifestada mediante la complacencia absoluta ("Haz como quieras. . . mientras te sientas cómodo") o la sujeción rígida, severa ("En casa mando yo, ¿entendiste?"). Ambas tienen sus riesgos y nefastas consecuencias. La dirección paterna debiera ser constante, segura, comprensiva, respetuosa de la dignidad del adolescente.

Las actitudes negativas más comunes que los padres debieran evitar en relación con sus adolescentes son:

1. **Sobreprotección.** ("No lo puedo dejar solo; si es un chiquilín".) Los padres sobreprotectores satisfacen motivos inconscientes de dependencia y sobrevaloración de sí

¡Esta carta es para usted!

¿Pensó alguna vez que su hijo adolescente es rebelde, descarinado, desagradecido? Tal vez se consoló razonando: "Los muchachos de hoy son todos iguales". Si éste es su caso, ¡esta carta es para usted! La escribió una adolescente espontánea y generosamente. Y si es verdad que "son todos iguales", ella puede ser su propia adolescente:

"¡Hola! ¿Cómo están? ¡Cuánto hace que no conversamos! Sí, yo sé que ayer, cuando no hablamos fue por mi distancia, y cuando no me entendieron fue por mi silencio. Pero ahora estoy cerca. Los invito a recorrer mi camino. El camino de mis sueños.
¡Gracias por acompañarme!

"Cabalgemos juntos. En distintos corceles por un mismo sendero. Con ideas distintas hacia un mismo objetivo. Con emociones dispares por un mismo motivo.
¡Gracias por entenderme!

"Gracias por conocerme con sutil sabiduría, por descubrir rayos de sol en el día gris que les regalo. En realidad yo quería que fuera todo sol, pero no sé por qué me salió gris. Ayer el viento me susurró que ya habían olvidado esas nubes.

¡Gracias por saber percibir y perdonar!

"El otro día me ocurrieron tantas cosas. . . estuve apurada. . . ¿Me enojé? No sé, tal vez. Pero vi, en serio, vi vuestro cariño, vi buena voluntad, interés. Lo vi, lo sentí. . . pero callé. El tonto orgullo me prohibió que hablara.

¡Gracias por comprenderme!

"Llegó la tarde, húmeda. . . húmeda en lágrimas para mí, lágrimas de pena, no sé por qué; también callé, me cerré. Pero supieron, no sé cómo, penetrar esa pena y ayudarme a disiparla. Creo que no les agradecí.

¡Gracias por consolarme!

"Pero no, ¡no es cierto que no los necesito! No fue eso lo que quise decirles anoche. Pero fue tal vez lo que di a en-

tender, o fue simplemente no expresar lo contrario: los necesito.

¡Gracias por ayudarme!

"Es oscura la noche, muy oscura cuando no sé retener las estrellas. Es más oscura por inescrutable, por imponente.

¡Gracias por iluminarla!

"Me molestó que me pidieran aquello; creo que estaba ocupada. Me molestó que me encomendaran esa otra tarea; creo que tenía cosas que hacer. No, ¡por favor, no dejen de pedirme algo!

¡Gracias por necesitarme!

"Hoy tengo un sol muy grande que regalarles, un sol dorado de otoño. Un sol que les cuente que soy feliz, que los quiero.

"Les regalo también lo que soy y lo que seré con la ayuda de aquel amigo Jesús que un día me presentaron. (¡Qué hermoso regalo me hicieron!)

"Con mucho amor",

Leticia (17)

mismos. Muchos llegan a la actitud masoquista de esclavizarse por sus hijos. Deberían *protegerlos sin sobreprotegerlos*.

2. *Autoritarismo*. ("No se puede aflojar ni un milímetro; con todo lo que se ve por ahí...") A padres autoritarios corresponden hijos débiles e inseguros. Las reacciones más comunes de los hijos en este caso son: *sumisión*, con su carga de irresponsabilidad; *rebeldía*, con rencor y agresividad; *transferencia*, descarga del autoritarismo en otras personas y cosas; y *autocastigo*, con exigencias intelectuales o sociales exageradas.

3. *Indiferencia o renuncia*. ("Se me escapó de las manos... y bueno, para eso está la escuela".) Esta es una actitud de fracaso y depresión. Los padres no deberían entregarse aunque la situación parezca difícil. En su función de orientadores son insustituibles.

4. *Demagogia*. ("Lo fundamental es ponerse a su altura. No existen diferencias entre nosotros. Somos amigos en todo".) Esta es una actitud de fuga del problema y no de enfrentamiento maduro. El adolescente necesita padres a quienes imitar, y no ser imitado por ellos.

Los padres deberían recordar que a pesar de la incomodidad que les pueda ocasionar la adolescencia de sus hijos, podrán aprender mucho de ellos y con ellos. La comprensión es un elemento esencial en la conducta paterna de todas las edades. Tal comprensión viene de una observación y un estudio continuos de sus hijos. Muchos padres tienen sus días tan absorbidos por otras ocupaciones más exigentes que les



queda poco tiempo para conocer y comprender a sus hijos.

Tomemos contacto con la vida ansiosa y vibrante de la juventud y usemos todos los recursos que nos ofrece la sabiduría divina para ayudarlos a transitar por la senda del equilibrio y la madurez.

¹ Daniel S. Schipani, *Orientación existencial del adolescente* (Buenos Aires, Ed. La Aurora), pág. 66. ² J. Mafud, *Las rebeliones juveniles en la sociedad argentina* (Buenos Aires, Ed. Rueda), Introducción. ³ Schipani *op. cit.*, pág. 67. ⁴ Fowler D. Brooks, *Psicología de la adolescencia* (Buenos Aires, Ed. Kapelusz), pág. 588. ⁵ A. Gesell, F. Ilg y L. Ames, *El adolescente de diez a dieciséis años* (Buenos Aires, Paidós, 1980), pág. 407.

El adolescente y el dinero

—Papá, ¿me das unos pesos?

Si usted tiene un hijo adolescente, esta frase le resultará familiar. A su adolescente también. Pero no crea que pronunciarla es para él tan "fácil" como a usted le parece. En la mayoría de los casos, pedir dinero es incómodo para un adolescente. El se siente tan molesto como usted cuando oye la consabida pregunta. Porque en el hecho de pedir dinero —o de darlo— intervienen muchísimos factores, no siempre explícitos. No se trata de una simple transacción comercial. Es más que dinero lo que se da. Y es más que dinero lo que se pide.

¿Qué significa el dinero para un adolescente?

Primeramente consideremos que el adolescente ya ha comenzado a comprometerse con un ámbito que no es exclusivamente el familiar. Forma parte de un grupo,

y considera a su grupo como parte de sí mismo. Pasea con sus amigos, quiere tener sus discos, sus libros, sus elementos deportivos, en resumen sus propias cosas. Ahora él quiere ser *él*, o en un sentido más amplio, *quiere ser*. Y para eso, una de las cosas que necesita es dinero. Además de todo lo que ha tenido hasta ahora —amor, comprensión, cuidados—, necesita *dinero*. No es que se haya convertido en materialista. La sociedad toda lo es. Si el adolescente pudiera elegir entre ser y tener, elegiría lo primero; pero, lamentablemente, en el mundo de nuestros días a veces es necesario tener para ser (y aquí déle las gracias a la publicidad). Y el adolescente, que está luchando desesperadamente para afirmar su yo, por comprender quién es, por ocupar un lugar en la sociedad, necesita tener al menos lo necesario para ser. Por eso comienza a necesitar del dinero.

En otras oportunidades la necesidad de poder adquisitivo no está condicionada sólo por el consumo. A veces el dinero es requerido por ciertos mecanismos psicológicos internos, por ejemplo, el intento de sentirse "grande" y la búsqueda de identificación con los modelos adultos. Y tener dinero en el bolsillo es una de las conductas que lo hacen "mayor", y que, según él, le aseguran el lugar que ansía en el grupo y en la sociedad.

Es frecuente ver a los adolescentes "haciendo pinta" con el dinero que reciben o con lo que han comprado con él. Pero no los juzgue apresuradamente. Esa actitud expresa la inseguridad que los acosa y la carencia de otros factores que los confirman en su personalidad. Entonces, el disponer de dinero (y el mostrarlo) les da una pseudoseguridad que les ayuda a tomar coraje en el encuentro con su yo. No



obstante, si la situación económica de la familia le permite repetir indefinidamente esta conducta, se provocará en el adolescente la malformación de su carácter, reemplazando con el dinero valores y virtudes que realmente necesita para madurar armónicamente.

Sin duda, con el dinero no sólo se adquieren objetos. Indirectamente se compran amistades, notoriedad, seguridad, afecto, liderazgo. Ahora usted comprende por qué el dinero empieza a ser importante para el adolescente.

¿Pedirlo o ganarlo?

Más importante que la necesidad es la obtención y el buen uso del dinero. Comencemos por la obtención. ¿Qué es

mejor: pedirlo o ganarlo? A simple vista parecería que para el adolescente es más fácil pedirlo y para usted darlo. Pero ésa no es la mejor forma de conseguirlo. Algunos padres asignan a sus hijos, en la medida adecuada para cada edad, una "cuota" periódica que significa para el jovencito un suministro fijo con el cual sabe que puede contar. Otros padres prefieren esperar que el hijo pida. No hay que olvidar que para la personalidad adolescente es difícil pedir, hasta humillante. El jovencito se siente en situación de subordinación y dependencia, de la cual quiere, justamente, salir. ("Es terrible tener que pedirle al 'viejo' a la hora del almuerzo. Eso nos arruina la comida a todos, pero es el único momento del día en que nos vemos". -Oscar, 16.)

Por eso, muchas veces, retira dinero de la casa sin pedirlo, sin avisar, casi como un acto clandestino. ¿Por qué? Para evitar los rezongos de mamá ("¿Otra vez? Si hace dos días te di . . . pesos. ¿Se puede saber qué haces con el dinero?"), o la inspección de papá ("¿En qué andas? A ver. . . hagamos cuentas").

Lo mejor es que el adolescente gane su propio dinero. Lo que no quiere decir que de vez en cuando no se le dé cierta suma de regalo. No es necesario que lleve un horario de trabajo de "tiempo completo". Puede emplear las horas que el estudio y los deportes le dejan libres. Si el trabajo es periódico y no rentado por los padres, mucho mejor para la formación del carácter. Y si está en la temprana adolescencia,

asígnele trabajos en casa (cuidar el jardín, ir a los bancos, etc.) y páguele por ellos según una tarifa que pueden fijar de común acuerdo. En las vacaciones podrá dedicar más tiempo al trabajo y obtener una mayor remuneración.

"Mientras estudian, muchos alumnos recibirán una educación más valiosa si se sostienen a sí mismos. En vez de incurrir en deudas o depender del sacrificio de sus padres, los jóvenes de ambos sexos deben depender de sí mismos. Así apreciarán el valor del dinero y el tiempo, las fuerzas y las oportunidades, y estarán menos expuestos a la tentación de adquirir hábitos de ociosidad y derroche".¹

A veces, el mayor impedimento para que los adolescentes ganen su dinero trabajando son los mismos padres. Estos piensan que su hijo es demasiado joven para iniciarse en la disciplina del trabajo ("Si es casi un niño. Ya tendrá tiempo para sufrir"). Lamentable error. El "trabajo sistemático y bien regulado es esencial no sólo como salvaguardia contra las vicisitudes de la vida, sino como medio para lograr un desarrollo completo".²

El trabajo será para el adolescente no sólo una fuente para obtener dinero, sino un medio que le ayudará a adquirir responsabilidad, austeridad, dignidad, independencia, realismo y madurez.

Además, convengamos que a las chicas y los muchachos les agrada ganar su propio dinero. "Cuando el adolescente se da cuenta de que ese dinero representa parte de su propio tiempo y esfuerzo, comprende su valor, gastándolo con más juicio".³

Dadores ¿voluntarios?

Y usted, ahora que es más consciente de lo que cuesta criar un hijo, sobre todo uno de esta expansiva y exigente edad, ¿cómo

reacciona? Más específicamente, ¿cómo da? Hay al menos cinco modos de reaccionar ante un jovencito que pide (y pide, y pide) dinero:

1. *Con gusto.* Cuando el adolescente está informado de la situación económica de la familia y conoce los límites de la billetera de sus padres, pide lo que puede pedir, y sus padres le dan con gusto lo que pueden dar. Este tipo de padres, además de dinero dan carácter y personalidad. Dar bien es ayudar a crecer.

2. *Creando sentimientos de culpa.* Es la actitud del "te doy, pero..." El adolescente se siente culpable por pedir lo que necesita. En este caso es mejor no dar y evitar la culpa.

3. *Sintiéndose despojados.* No es raro que por medio del dinero se expresen conflictos. Algunos padres dan a sus hijos lo que éstos les piden, pero se sienten "despojados" ante ese requerimiento filial. Es claro que no son culpables de este sentimiento, muy oculto y casi inconsciente, transmitido por sus propios padres y que ellos mismos no alcanzan a comprender.

4. *Porque no pueden negarse.* Hay padres que no pueden decir que no al pedido de dinero de sus hijos porque en el fondo sienten que no les han dado lo suficiente (o lo necesario) en otros aspectos. Entonces dan dinero a cambio del afecto, del tiempo o de la atención que les han retaceado.

5. *Por sometimiento a un patrón modelo.* Hay padres (o hijos) que consideran que para "ser buen padre" hay que dar, aunque ese don sea superior a las propias posibilidades. Tal actitud se registra en padres sometidos a patrones dados o a la voluntad de sus hijos. Para muchos adolescentes (o sus padres) el dinero representa un símbolo afectivo: quien más quiere

más da. "Inconscientemente, los padres saben esto; de ahí que con frecuencia vicien al niño [y al adolescente] dándole demasiado".⁴

Más allá del dinero

De nada sirve dar dinero a un hijo si no se le enseña a administrarlo. Más allá del dinero está el carácter. En sí mismo el dinero no es bueno ni malo, depende del uso que se le dé. Al usar el dinero el adolescente debe aprender nociones más valiosas que el dinero mismo: mayordomía, generosidad, esfuerzo, previsión, criterio.

Enseñar a administrar el dinero no es inmiscuirse en el gasto. El adolescente tiene que sentir que dispone de su dinero como lo cree conveniente (y lo usará bien si desde niño fue bien enseñado). La necesidad de dinero debe conversarse en familia, igual que las posibilidades y los límites económicos, los proyectos especiales, etc. Esto no debería dar pie a los padres para discutir por el dinero frente a sus hijos. Ellos se deben poner de acuerdo respecto del tema y ofrecer al adolescente un frente unido. Además, el jovencito deberá entender bien que, respecto al dinero que los padres le dan, no existe un *deber*, sino un *poder*. Es decir, no "necesito tanto" sino "¿podrías darme...?"

Cuando se le da dinero al adolescente, se le debería decir en líneas generales qué gastos básicos se espera que él sufrague con esa suma (viajes, libros, etc.), entendiendo que puede disponer del resto como lo considere oportuno.

¿Y qué diremos del ahorro? En estos tiempos de inflación todos sabemos que no es posible ni conveniente ahorrar dinero. Pero la actitud de ahorrar es positiva. Por eso es valioso enseñar al adolescente a guardar algún porcentaje mensual o semanal de la asignación o de las ganancias para comprar algo que requiera un gasto mayor y que no se puede realizar con frecuencia: libros —no escolares—, casetes, discos, ropa especial, algún regalo, un vehículo, etc.

El dinero es imprescindible en la vida cotidiana, y también lo es tener una buena noción del esfuerzo que significa, de la utilidad que brinda y de su administración. Y los padres —como siempre— son los más aptos para enseñarlo.

No permita que el dinero limite la creatividad, la laboriosidad o la responsabilidad de su hijo. Estas virtudes valen mucho más que todo el dinero que usted pueda darle.

Ayudemos a conquistar la autonomía

Guardémonos bien de exasperar a nuestros hijos con órdenes fastidiosas relativas a su persona o a cuanto con ella se relaciona, y que tienden a disminuir su libre disposición de la misma: "¡Párate derecho! ¡No muevas los brazos de ese modo! ¡Baja el volumen de la música! ¡Mira por dónde vas!" Son observaciones que parten de un buen sentimiento; pero cuando se repiten veinte veces al día (con lo que además pierden toda eficacia), ¿habremos de extrañarnos por las reacciones de impaciencia que susciten? La necesidad de

independencia comprimida, de ese modo, halla una salida en las conductas desagradables para el entorno: el hostigamiento, la testarudez, son un modo de pagar con la misma moneda.

Toda educación, tanto en la familia como en la escuela, si se encamina en definitiva a la formación de seres libres, capaces de regirse por sí mismos, no ha de considerar el espíritu de independencia como un defecto que se debe combatir, sino como una disposición natural que puede utilizarse y hay que orientar.

¹Elena G. de White, *La educación* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1978), pág. 221. ²*Ibid.*, pág. 215. ³A. Gesell, F. Ilg y L. Ames, *El adolescente de diez a dieciséis años* (Buenos Aires, Paidós, 1980), pág. 249. ⁴A. S. Neill, *Padres problema y los problemas de los padres* (México, Editores Mexicanos Unidos, S.A., 1975), pág. 99.

Capítulo 3

EN LAS PUERTAS DE LA UNIVERSIDAD

El problema vocacional

Entre los problemas y ansiedades que enfrenta un joven está el de definir qué *hacer* y quién *ser* en el futuro. Y con razón, porque ambas son definiciones importantes en la vida de un adolescente.

Mientras cursa el último año de la escuela secundaria, todo adolescente se preocupa seriamente por el curso que va a dar a su vida desde el próximo año en adelante. Y la preocupación es aun mayor porque quien elige es un adolescente en la mayoría de los casos.

Dado el período de cambios trascendentales que atraviesa el adolescente, podemos concluir que la elección se realiza en plena crisis. Peor aún, la definición ideológica, religiosa, ética, sexual, vocacional y ocupacional vienen a completar esta crisis.

A veces nos parece extraño que un sujeto afectado, tanto por el monto de movilidad interna como por su relación con los demás, pueda llevar a cabo todas estas tareas y hacerlas bien. ¿Por qué el adolescente debe elegir y decidir inmerso en tal situación crítica? Simplemente porque la adolescencia, además de ser un período de *crisis*, lo es de *transición* y de *ajuste*. "En los cambios involucrados en el tránsito de la infancia a la edad adulta, el individuo ha de encontrar distintos modos de adaptarse en áreas y niveles diversos y hallará en este proceso dificultades cuya magnitud determinará una adolescencia más o menos conflictiva, más o menos tensa".¹

Una de esas áreas de ajuste es precisamente el estudio y el trabajo como forma y medio de llegar a los roles adultos. Cuando se realiza tal ajuste, decimos que el joven ha logrado su *identidad vocacional* y *profesional*. Ambas identidades difieren ligeramente entre sí. La identidad vocacional es una res-

puesta al *para qué* y al *por qué* de la elección de una determinada carrera u ocupación. En cambio, la identidad ocupacional responde al *cuándo*, al *cómo* y al *dónde* de la decisión mencionada.

La identidad ocupacional

Es un aspecto de la identidad personal del sujeto. Es determinada y determinante en relación con la personalidad toda. Los problemas vocacionales deberían entenderse como problemas de personalidad a los cuales se llegó por fallas, obstáculos o errores del adolescente o de otras personas en el logro de su identidad ocupacional.

Mientras cursa el último año de la escuela secundaria, todo adolescente se preocupa seriamente por el curso que va a dar a su vida a partir del año siguiente.

Esta identidad ocupacional no es más que la autopercepción de los roles ocupacionales a lo largo del tiempo. La ocupación es el "conjunto de expectativas de rol".² A su vez el rol es una secuencia pautada de acciones aprendidas, ejecutadas por una persona en situación de interacción.³

La ocupación es el nombre que recibe la síntesis de todas las expectativas de un rol en un contexto histórico social determinado.

La asunción de un rol puede ser consciente o inconsciente. En el primer caso se da la identidad; en el segundo, la identificación.

La *identificación* se da con la persona que desempeña determinado rol. Por ejemplo, el adolescente que decide seguir la carrera de Derecho porque se ha identificado con su padre que es abogado.

La *identidad* se da cuando el joven elige en forma autónoma e independiente, de acuerdo con su propia identidad personal; por la propia inclinación, conocimiento y valoración de la carrera elige. Con esto no queremos decir que una elección por identificación sea necesariamente errada. Puede ser una buena elección, que, partiendo de la identificación, se independizó de los motivos que llevaron al joven a la misma. Un joven puede elegir la misma carrera de su padre sin que haya identificación y puede elegir una carrera diferente por identificación. La diferencia está en la motivación.

En la identidad ocupacional existe un elemento llamado *esquema corporal* que tiene que ver con los objetos que están "fuera" del propio espacio (personas, máquinas, herramientas, edificios, etc.), que pertenecen a un espacio diferente del nuestro y con los cuales nos relacionamos. En estas relaciones, el gesto, el movimiento y la actitud corporal tienen elementos mágicos. Los adolescentes se sienten muy atraídos por ellos. ¿Quién no conoce al jovencito que se siente hechizado por la magia del delantal blanco del médico o de su vestimenta de cirujano? ¿O la chica que admira la conducta estudiada y oportuna de una actriz de cine durante sus producciones cinematográficas?

Todo adolescente al elegir una carrera universitaria se siente como "aprendiz de



brujo” cuando se imagina que haciendo determinadas cosas o movimientos puede lograr en la realidad un “efecto” de profesión.

Gestación de la identidad ocupacional

La identidad ocupacional se gesta en las relaciones con otros. Esas relaciones son:

1. *Ideal del yo.* Las ocupaciones se consideran siempre en relación con las personas que las desempeñan y la carga afectiva depositada en ellas. Muchos adolescentes eligen tal o cual ocupación porque ella es desempeñada por una persona que aprecian y admiran.

2. *Influencia del grupo familiar.* Los valores de la familia son anclaje significativo en la orientación vocacional del adolescente. La satisfacción o insatisfacción de la familia respecto de los ideales del joven juega un papel importante en su elección final, al punto de paralizar la identidad vocacional, ya sea forzándolo a elegir una carrera simbólica para la familia (por ejemplo medicina, porque

“todos son médicos en la familia”) o llevarlo a elegir una carrera que le resuelva el conflicto por oposición (decidirse por asistencia social para sublimar la falta de recursos económicos).

3. *Influencia de los iguales.* Opera como el grupo familiar pero nunca es tomado como referencia negativa pues es una relación adquirida y siempre debe ser defendida.

4. *Identificación sexual.* Nuestra sociedad tiende cada día más a la igualdad de oportunidades ocupacionales para varones y mujeres, pero no deja de ser cierto que todavía se las diferencia según el sexo: hay ocupaciones catalogadas más o menos “masculinas” o “femeninas”. Y esto juega un importante papel en la causalidad de los gustos, intereses, actitudes e inclinaciones ocupacionales.

Desarrollo de la identidad ocupacional

La identidad ocupacional pasa por tres etapas.⁴

1. La primera es de *crecimiento*. Se extiende hasta los 14 años. Predominan las fantasías, los intereses y los gustos.

2. La segunda es de *exploración*. Se extiende desde los 15 a los 24 años. Es un período de tentativas y ensayos. Es fácil advertir que la carrera universitaria se encuadra dentro de esta etapa. No es raro, por lo tanto, que durante ella reaparezcan las crisis vocacionales.

3. La tercera etapa es la de *establecimiento*. Se prolonga desde los 25 a los 44 años. Este período tiene cuatro momentos: ensayo, estabilización, declinación y retiro.

Un joven habrá adquirido su identidad ocupacional cuando haya integrado las diferentes influencias y sepa quién es, lo que quiere hacer, de qué manera y en qué contexto. Entonces estará en condiciones de ingresar a la universidad con un amplio margen de seguridad.

¿Y si después del ingreso se presentan problemas?

Después que un joven ha seleccionado, elegido y decidido seguir una carrera y entra en la universidad, ¿qué puede suceder? Las alternativas no son muchas. Puede encontrar que su elección satisface sus expectativas o puede darse cuenta de que la carrera que eligió no era la que había imaginado. Porque tal vez descubre áreas cognoscitivas que no lo satisfacen plenamente. O porque la planificación económica le falló. Entonces ¿qué hacer? ¿Desanimarse? ¿Abandonar? No. Perder una batalla no es perder la guerra.

Si la carrera no se adaptase a su imaginación, lo mejor es adaptar la imaginación a la carrera. Si hay asignaturas que no agradan, lo mejor será saborear las que agraden. Después de todo, en cada ocupación hay cosas que desagradan y otras que atraen. Y si el problema es económico, lo mejor será trabajar duro, juntar dinero y continuar estudiando apenas sea posible.

Hasta puede ser que el joven se haya equivocado al elegir su carrera. Eso no justifica el abandono, sino un cambio. Si usted es joven y está frente a las puertas de la universidad o si es padre de un universitario y debe aconsejarlo, piense en la conveniencia de un ingreso consciente y planificado, en una elección reflexiva y madura. Y si aun así la primera experiencia universitaria fuera errada, no se desanime. ¡Vuelva a empezar!

¹ Rodolfo Bohoslavsky, *Orientación vocacional. La estrategia clínica* (Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1977), pág. 43. ² *Idem*, pág. 44. ³ Rocheblave-Spenlé, A.M. *La notion de rôle en psychologie sociale* (P. U. F., París), citado por Bohoslavsky. ⁴ Concepto de Charlotte Bühler, citado por Super, D. *Vocational Development; a Framework for Research* (Nueva York, Teachers College, Columbia University, 1967).



LA SALUD DEL ADOLESCENTE

Una educación para la salud

Estas pocas reflexiones acerca de lo mucho que se ha dicho, y aún se puede decir, sobre los adolescentes, están dirigidas no sólo a los padres sino también a quienes viven en esa etapa de la vida tan especial que se extiende entre la niñez y la juventud. Resulta hartado difícil fijar los límites de la adolescencia, por cuanto su comienzo está determinado por un criterio biológico: los cambios físicos de la pubertad (10-12 años en las niñas y 12-14 años en los varones); en cambio, su finalización tiene que ver con un criterio de maduración psico-social, que generalmente ocurre entre los 18 y 22 años.

Dos conceptos deben quedar claros: el primero es que *la adolescencia no es un problema ni una enfermedad*. Es una etapa de cambios físicos, psíquicos y sociales; de cambios profundos, variables, complejos y con muchas oscilaciones, pero totalmente naturales; de cambios que difieren de un adolescente a otro, pero que son absolutamente normales en ambos sexos. El segundo concepto que debe quedar claro es que *muchas de las dificultades que se presentan se deben al conocimiento insuficiente —o al desconocimiento— de la naturaleza de estos cambios y sus manifestaciones*, no sólo por parte de los adolescentes, sino también por parte de los adultos que tienen que ver con ellos. Por lo tanto, el primer paso a dar en la promoción de la salud de los adolescentes es obtener información.

Cambios físicos, psíquicos y sociales

La pubertad es la etapa durante la cual se producen cambios físicos y biológicos destinados a la adquisición de la capacidad de reproducción. Salvo en el nacimiento, en ningún otro período de la vida se llevan

a cabo transformaciones tan profundas y a un ritmo tan intenso. Estos cambios ocurren en ambos sexos y en todos los aparatos y sistemas, pero especialmente en las glándulas sexuales.

En la piel, la mayor actividad de las glándulas sebáceas posibilita la producción de acné. Las glándulas sudoríparas modifican sus características y el resultado es la transpiración con olor típico. El vello también se altera en su estructura y aparece en lugares donde antes no existía: axilas y pubis, con distribución diferente para cada sexo.

Los músculos y el esqueleto aumentan en masa y peso, con características distintas en niñas y varones. En las niñas se ensancha la pelvis y en los varones el tórax. Pero en ambos hay un crecimiento desproporcionado de las extremidades. A eso se agrega otro hecho: el desarrollo del cerebelo —órgano nervioso que rige los movimientos delicados y finos—, que se completa entre los catorce y quince años; eso explica por qué algunos adolescentes tienen movimientos bruscos y torpes. En esta edad se multiplica el número de conexiones nerviosas cerebrales. Este fenómeno está relacionado con el desarrollo de la inteligencia.

Hay mayor capacidad en los aparatos respiratorio y circulatorio, y, consecuentemente, disminuye la frecuencia del pulso.

Los cambios más marcados se dan en el sistema endocrino o glándulas de secreción interna. Se llaman así porque producen hormonas —sustancias que pasan directamente a la sangre—, a diferencia de las glándulas exocrinas o de secreción externa —cuyos productos se vuelcan al exterior (salivares, gástricas, intestinales, etc.). Las

glándulas endocrinas son, principalmente, la tiroides, la paratiroides, las suprarrenales, las gónadas (ovarios y testículos) y una zona del páncreas. Todas ellas están relacionadas entre sí y con la hipófisis que las comanda desde el cerebro.

Llegada la pubertad hay una verdadera revolución hormonal que actúa sobre todo el organismo, cuyas manifestaciones son más evidentes a nivel del aparato reproductor, que cambia no sólo su estructura sino también su funcionamiento.

Todo esto trae gran repercusión psicológica y social, ya que el adolescente debe aprender a manejarse con un “cuerpo nuevo”, que funciona de otra manera. En la búsqueda de un nuevo equilibrio, debe realizar un “aprendizaje fisiológico”, para el cual, generalmente, no está preparado ni es apoyado. A los niños se les enseña a caminar, a hablar, a comer solos; pero el adolescente rara vez es ayudado en el difícil aprendizaje de esta etapa de la vida. No es ayudado, sencillamente, porque hay desconocimiento en la materia.

Existen “tareas de desarrollo” que el adolescente debe cumplir para llegar a la madurez psico-social. Por ejemplo, le es necesario adquirir identidad, imagen de sí mismo, aceptar un cambio interno y adquirir fortaleza para lograr independencia. En esta etapa se acentúa su tendencia grupal y tiene más importancia lo que dicen sus pares que lo que dicen sus padres. Son habituales los conflictos con los símbolos de autoridad y, a pesar de su rebeldía, tiene sentimientos ambivalentes: quiere independizarse, pero a la vez anhela protección pues teme asumir responsabilidades.

Esta es la etapa para alcanzar conocimientos y tomar decisiones vocacionales.

El adolescente necesita aprender a controlar sus depresiones y frustraciones, y, al mismo tiempo, expresar sin temor sus aspiraciones y deseos. Aparece durante la adolescencia la desidealización de los padres y se toma como modelo otras figuras adultas. Tiene un marcado sentido de la justicia y condena la hipocresía y la mentira. Su búsqueda de identidad también se manifiesta en una gran preocupación metafísica y religiosa, con oscilaciones entre el ateísmo y el misticismo. Es muy sensible el entorno social (familia y comunidad), lo cual suele provocar problemas de adaptación.

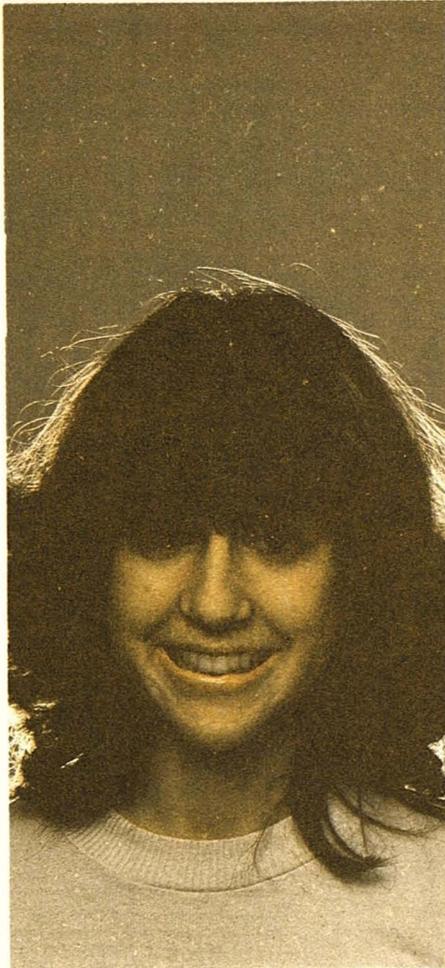
En síntesis: por su niñez perdida, su adultez aún no alcanzada y los intensos cambios bio-psico-sociales provocados en gran parte por su actividad hormonal diferente, el adolescente está en crisis. Pero sus padres también están en crisis: por la pérdida del hijo-niño y la presencia del hijo que se hace adulto. Algunos padres lo viven como una presencia competitiva, y otros como un símbolo evidente de que su propia juventud está quedando atrás. Conocer esta situación ayudará a resolverla.

Las enfermedades y afecciones a prevenir en esta edad no son demasiadas, y habitualmente se detectan sin mayores dificultades; entre las más comunes tenemos: escoliosis, acné, bocio, tumores, obesidad, anorexia nerviosa, jaqueca y lesiones por deporte. Otras suelen ser más graves: la tuberculosis, la diabetes y la anemia. Disminuye, en esta etapa, el índice de mortalidad, a pesar de que los adolescentes padecen algunas enfermedades que son propias de su edad.

Educación para la salud: Áreas a promover

Una verdadera educación para la salud debe tener en cuenta que hay ciertas áreas en la vida del adolescente que tienen mayor importancia que otras. Obviamente, no debemos olvidar que las acciones dirigidas a promover la salud deben ser integrales, teniendo en cuenta que las áreas están interrelacionadas. Veamos los aspectos más significativos.

Sexualidad. Esta área comprende la instrucción sexual y la educación sexual propiamente dicha. La instrucción sexual consiste en información sobre conceptos de anatomía, fisiología, higiene y reproducción. La educación sexual, que implica orientación formativa respecto de los fines para los que el individuo está destinado sexualmente, se vincula íntimamente con la moral y la "educación no verbal"; es decir, el ejemplo y la conducta. Esta importante tarea puede ser realizada por todos los adultos que se relacionan con adolescentes. Debe ser realizada en primer lugar por los padres, pero también por los docentes, los ministros religiosos, los médicos y los



psicólogos. Sea cual fuere la profesión, ninguna de ellas trae implícita "per se" una capacitación en educación sexual. La cuestión puede agravarse por un mal manejo, muchas veces inconsciente, de los adultos, que tienen tabúes o conflictos aún no resueltos. En materia de educación sexual hay muchos casos en los que la actitud es más importante que el contenido. Citando a Clemente de Alejandría, diremos: "No debemos tener vergüenza de nombrar lo que Dios no tuvo vergüenza de crear"; y a Jansen: "El matrimonio no es una unión de órganos o de células, sino de personas". Es necesario actuar y hablar con naturalidad, sin falso pudor. También es necesario no ir al extremo del "tecnicismo". Cierta tipo de información puede darse en clases grupales, usando diversos métodos ilustrativos, pero se requerirá fundamentalmente la conversación individual. No olvidemos que para el adolescente, su cuerpo tiene una importancia primordial. Con esto se relaciona la segunda área a promover.

Alimentación. Es necesario tener en cuenta los mayores requerimientos nutricionales de los adolescentes, por el intenso ritmo de crecimiento y desarrollo. Hay que hacer hincapié en una dieta equilibrada, con abundancia de verduras y frutas frescas (fuentes de vitaminas y minerales), y

cuidar la tendencia hacia la ingesta desordenada de golosinas, gaseosas y dulces (con exceso de hidratos de carbono), a los que son tan afectos en esta edad. Existe el peligro de dos situaciones extremas, producto muchas veces de la canalización inadecuada de ansiedades y frustraciones: la gratificación oral por medio de un excesivo consumo de alimentos, que lleva a la obesidad; y la anorexia nerviosa, durante la cual una inapetencia invencible puede llevar a desnutrición grave y aun a la muerte.

Higiene corporal y mental. Abarca desde el aseo personal hasta la prevención de hábitos como el tabaquismo, el alcoholismo y la drogadicción, que suelen adquirirse en la adolescencia. Estos aspectos tienen que ver con dos importantes áreas a tener en cuenta: la *orientación vocacional* y la *utilización del tiempo libre*. El asesoramiento debe apuntar a las aptitudes personales, aconsejando y orientando en cuanto a deportes, *hobbies*, actividades artísticas y culturales. Debe recordarse el gran potencial de energía que posee el adolescente. Por eso mismo, se lo estimulará a utilizar esa energía en actividades al aire libre, el mayor tiempo posible, reduciendo al mínimo las horas frente al televisor. La *actividad física* no significa descuido en los estudios, que de por sí requieren sedentarismo. Por el contrario, un equilibrio entre las actividades intelectuales y físicas lo beneficiará grandemente. De esta manera se ayuda a la prevención de malos hábitos y, por otra parte, se aprovecha la tendencia grupal propia de esta etapa de la vida.

En síntesis: Los adolescentes tienen características propias: inseguridad, inestabilidad, rebeldía, búsqueda de identidad y autoestima, que mal conducidas pueden llevarlos a situaciones negativas y aun destructivas. Pero también son poseedores de cualidades tan positivas como el idealismo, el gran sentido de justicia, el dinamismo, el empuje y los deseos de superación. Cada adulto en contacto con adolescentes puede llevar a cabo una tarea maravillosa: orientarlos con palabra y con ejemplo hacia objetivos sanos, nobles y perdurables. Tan sólo hay que recordar que "la mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos" (Elena G. de White, *La educación*, pág. 57).

Cumplir con esa tarea traerá la satisfacción de saber que se está colaborando con el Creador en la preparación adecuada de los jóvenes para esta vida y la venidera, porque *educar es redimir*.

LA VIDA AFECTIVA DEL ADOLESCENTE

Diferentes sexos pero el mismo despertar

Los adolescentes estrenan el mundo cada día. Están constantemente buscando —y encontrando— algo distinto. Un día, en ellos brota el hombre, la mujer. Entonces, el despertar es casi total. Las hormonas han dado el toque mágico que les permite descubrir un mundo (¡qué digo!, un universo) nuevo, emocionante, único.

El muchacho o la chica están experimentando con mayor grado de conciencia sus emociones. Han encontrado el valor del sentimiento compartido, y ese mundo de los afectos, renovado en las experiencias inéditas, adquiere un peso específico valiosísimo: cada sentimiento ocupa un “espacio”, propio o ajeno, y es considerado, ponderado, necesitado. La valiosa sensibilidad que enriquece esta etapa de la vida y que bien haríamos los adultos en preservar, o reaprender, crea un mundo idealizado y celosamente custodiado: las flores, la puesta de sol, la contemplación, la palabra secreta, la abstracción del uno en el otro. Todo ello conforma el aura romántica del amor juvenil, que a veces (por qué será) se gasta con el rodar del tiempo, pero que en ese momento es la legítima expresión de un estado interior.

El primer amor

El y ella se encuentran. Ya se han enviado algunos mensajes secretos de afecto. Se sienten atraídos por características similares. Hasta ese momento los padres, la familia, el grupo, algún ídolo, eran los depositarios del amor preadolescente. Ahora el jovencito se percibe a sí mismo como una individualidad; y el encuentro con otra individualidad afín, hace que comience a distanciarse del amor familiar. No es que

renuncie a él, sino que lo desplaza temporariamente a un segundo lugar.

El hecho de enamorarse de un igual permite al adolescente realizar un proceso de identificación. Al mirarse en la persona amada como en un espejo, se siente más él; comienza a encontrarse con su yo adulto.

El primer amor es la primera relación adulta de la pareja que un adolescente aborda; un vínculo que interesa y compromete en su totalidad los aspectos emotivos, sociales, sexuales, y conmueve intensamente al ser humano en manera integral.

Ternura, sí, pero también dolor

Un sin fin de regalitos van y vienen entre los dos, juguetes incluidos: muñecos, figuras, postales, servilletas de papel con dibujos, papelititos escritos, etc. Porque todo, momentáneamente, pretende ser fijado en el tiempo. Toda esa cosa fantástica tiene que quedar plasmada en algo: corteza de árboles, cuadernos, libros, fotos, arena mojada y todo lo que soporte la fuerza de su mensaje.

A veces pensamos que este primer amor lleva sólo una carga sexual. Entonces nos equivocamos radicalmente. Este acercamiento implica también un sentimiento de ternura y devoción. De lo contrario, usted no podría explicarse el hecho de que todavía recuerde su primer amor como una experiencia dulce, serena y gratificante.

Contrariamente a lo que los adultos creen, ese primer amor no es sólo “rosado” para el adolescente. También le acarrea mucho dolor, contradicciones, temores, inseguridad y confusión. Siente que el mundo se le ensancha, otorgándole una mayor

dimensión de sí mismo. Siente incertidumbre por lo que va a pasar después y para lo cual no tiene a mano respuestas probadas. El jovencito se siente como un actor novel forzado a salir a escena sin libreto.

Síntomas de la “enfermedad”

Ese día el muchacho (o la chica) cambia radicalmente. Se torna inapetente, distraído y ensimismado. Pierde interés por las cosas que hasta ayer lo apasionaban. El partido de fútbol se convierte en una obligación o la salida con los amigas se ha vuelto “un plomo”.

La languidez de ánimo cunde. El desgaño se apodera del adolescente. Se desparra por camas y sillones. Busca más que nunca la soledad. Y vive en las nubes. Comienzan la coquetería, la seducción, la conquista, los celos, la necesidad del otro, el placer de compartir, la inquietante proximidad. Lo inunda una serie de tensiones desconocidas; las primeras caricias y los besos son la respuesta a esa necesidad latente de su cuerpo, de su sensualidad en maduración.

Impulsivo, apocalíptico, dramático y exuberante, el adolescente enamorado no puede con sus emociones más elementales. Las penas lo ahogan y las alegrías lo desbordan. Todo esto sí que es nuevo. Y vital. Y es mucho todo junto. El ingreso al mundo de los afectos adultos no es cosa fácil.

El adolescente no puede hablar de todo lo que le está pasando. Le haría bien, por supuesto, pero no puede. Ante todo, porque para poner “en palabras” lo que le sucede, él mismo necesitaría saberlo, o haber tenido una experiencia previa de la



que carece. Y, luego, porque no puede "tomar distancia" de sus emociones. Está instalado justo en medio del ciclón. No se anima a hablar con sus padres, pero tampoco lo puede confiar totalmente a sus amigos, porque ellos tienen conflictos similares. Cada uno está tratando de encontrar su propio centro, y no es muy eficaz la mutua ayuda que puedan proporcionarse.

Sentimientos y normas sociales entran en colisión. La aproximación, las caricias, el beso, son abismos de decisión conflictivos. Lo que "desearía" y lo "permitido" parecen distantes e irreconciliables. La respuesta constituye una toma de decisión de carácter ético-moral y aun espiritual. Todo esto confunde al adolescente y le hace imposible confiarlo.

La identidad

La parejita es un oasis en el mundo que rodea al adolescente. En ella se reconoce y se reafirma. Por ella se separa un poco más de los objetos de amor familiares. Diciéndolo de otra manera, pasa de la sexualidad endogámica a la exogámica.

Si usted le dice a su hija que ese chico no le gusta mucho por cualquier razón, seguramente será un posible noviecito para ella. Porque la búsqueda del primer amor no sigue el camino que los padres proponen. Si un adolescente hace "lo que le gusta a mamá" (o a papá) es señal de que se está conformando a los padres más que a sí mismo. Y ésta no es una actitud muy adolescente. No se asuste si su hijo adopta la actitud de "el que elige soy yo y mientras me guste a mí..." Oriéntelo, pero tenga el valor de no forzarlo, porque cometerá el error que quiere evitar.

La formación de la primera pareja tiene que ver con el proceso de definición sexual del adolescente. Antes, todo fluctuaba

entre identificaciones con el padre, la madre o los hermanos. Ahora esta bisexualidad se termina. El sexo adquiere una marca que está a un paso de ser definitiva.

Aunque le resulte difícil de entender, ésta es otra pérdida para su adolescente: el abandono de la oscilación pendular entre lo femenino y lo masculino. Y ya son tres las pérdidas en este sentido: los padres de la infancia, el cuerpo infantil y la bisexualidad, y la identidad y el rol infantiles.

Por eso, aunque la pareja es un paso más en la afirmación de la personalidad adolescente, es también un duelo que tiene que superar del mejor modo posible. La pareja le ayudará a suplir cada una de esas pérdidas con mayor naturalidad y menor pena.

La formación de la pareja significa que cada uno abandona el componente sexual que no corresponde a su definición y lo deposita en el otro miembro de la pareja.

Como usted ve, la búsqueda del adolescente es permanente: la búsqueda de sí mismo, del otro, de su independencia. Ayúdele a encontrar su propia identidad. No lo obligue a adoptar identidades dadas y experimentadas ("Yo a tu edad..."), sino a elaborar la propia como lo más caro que posee el adolescente.

Sí, coincidimos en que este amor por lo general le durará poco, porque es tan inmaduro como fugaz, pero es necesario para que él sepa quién es y cuánto puede.

La misión de los padres

Primeramente, usted como padre o madre deberá superar la angustia que le provoca el ver a su muchachito o a su niña convertirse en un hombre o una mujer. Necesitará aceptar el comienzo de la separación definitiva, y sentir cómo ese niño que hasta ahora le pertenecía pasa a ser

posesión afectiva de otra personita no mayor que él mismo. Deberá enfrentar con serenidad que el hecho de que "la nena tiene novio" coincide con sus primeras arrugas y canas. Revivirá en su hijo su propia adolescencia. La crisis y la nostalgia se apoderarán también de usted. No es difícil que aparezcan celos, competencias y temores, y que los sentimientos entren a complicar las cosas de tal modo que al final nadie sepa cómo manejarlos. Entonces, no piense que su adolescente le "esconde" cosas, que "ya no lo quiere como antes". Piense en la experiencia totalizadora por la que él está pasando, en lo difícil que es para él encontrar el punto medio.

La misión de los padres consiste en mostrar al adolescente cómo es el amor de verdad: el que construye cada día, el que tolera, el que respeta, el que crece y comparte un proyecto de vida, el que sabe esperar. Usted, que ya pasó por ese camino, en vez de decirle al muchacho que el primer enamoramiento dura poco (él siente que es "para toda la vida"), aliéntelo en la búsqueda del equilibrio afectivo, de la generosidad y de la profundidad de los sentimientos.

Sea un moderador inteligente, comprensivo, sereno. La receptividad siempre ha obtenido resultados más convincentes que la sanción que enjuicia y reprime sin escuchar. El adolescente que siente a los padres de su lado, está mucho mejor equipado para resolver por sí mismo todas las dificultades que se le presentan al entrar en el territorio costoso, imperativo y vital del amor.

Cuando los padres no tienen totalmente resuelta su propia sexualidad, se ven impedidos de proporcionar al hijo las aclaraciones y la orientación que necesita. En ese caso el adolescente percibe la falta y sabe muy bien que no puede preguntar. No hay diálogo. Busca información y apoyo en extraños.

¡Qué bien le vendría contar con un interlocutor adulto! Alguien que lo respete sin minimizarlo, que sepa acompañar el nacimiento y desarrollo de los sentimientos en pareja sin minar con desencanto tanta alegría. Alguien que valore la dimensión de cada experiencia sin avasallar con la suya propia. Alguien que pueda comprender los silencios y secretos sin interpretarlos mal. Alguien que prevenga claramente contra los peligros del sexo descontrolado sin señalar ni condenar las buenas intenciones.

Usted es ese adulto. Más, es el único adulto que su hijo necesita para lograr una feliz transferencia del "primer amor" al amor maduro y verdadero. (Y de paso, deponga por un momento su sabiduría amorosa y aprenda de su adolescente la fresca y espontánea cualidad del amor recién nacido, ésa que a veces la rigurosa realidad va postergando a lo largo de la vida.)

Actitud de los adultos hacia el sexo

Una faceta del sexo especialmente turbadora para el adolescente es que muchos adultos se manifiestan de manera contradictoria con respecto a él. Unas veces hablan de él como si fuese algo sagrado, otras como si fuese vergonzoso, y otras se ríen a carcajadas como si fuese lo más divertido del mundo. Esto da al adolescente la impresión de que los adultos son unos hipócritas y dificulta su propia comprensión de la cuestión sexual. Parece que a los mayores se les hace difícil considerar al sexo como algo natural y noble a la par.

Si se tratan de negar en la realidad las facetas espirituales del amor, caerán en una confusión mayor; se sentirán defraudados por sí mismos y por los demás, por la compañía del otro sexo y más por el matrimonio.

INDICE

EL HOGAR COMO AGENTE EDUCATIVO. *Enrique Chaj* ... 4

PARTE III EL NIÑO EN EDAD ESCOLAR

1. EL NIÑO VA A LA ESCUELA
¿Así que su hijo ingresó a primer grado? *Juan Carlos Olmedo* 6
"Ya voy solo a la escuela". *Mónica Casarramona* 7
¿"Deberes" en vacaciones? *Mónica Casarramona* 9
El hogar y la escuela, pilares de la vida sana. *Mirta P. de Casarramona* 10
"Darío repite el grado". *Mónica Casarramona* 10
Actividades que no van a la escuela. *Mónica Casarramona* 11
2. COMO FORMAR EL HABITO DE LA LECTURA
El niño y el libro. *Celia G. de da Silva* 13
El niño y la lectura. *Mónica Casarramona* 14
3. ¿SU HIJO LEE Y ESCRIBE BIEN?
Cómo ayudar al niño disléxico. *Mónica Casarramona* ... 17
4. AYUDE A SU HIJO A PREPARAR EXAMENES
La familia entera frente al examen. *Mónica Casarramona* 19
El apoyo familiar y el aprendizaje. *Irving W. Stout y Grace Langdon* 21
5. ¿POR QUE MIENTEN LOS NIÑOS?
La mentira tiene remedio. *Mónica Casarramona* 22
Causas y tratamiento de la mentira infantil. *Mónica Casarramona* 23
Los padres como modelos de veracidad. *Elena G. de White* 24
6. LA FORMACION SOCIAL DE LOS HIJOS
Vacaciones en familia. *Mónica Casarramona* 26
El maltrato infantil. *Maritza Padilla A.* 27
La epidemia invisible. *Mónica Casarramona* 29
7. LA SALUD DEL NIÑO
La necesidad del control médico. *Marta R. Bina Estrada* . 30
"Mi hijo se moja en la cama". *Mónica Casarramona* ... 31

8. ¿POR QUE LOS NIÑOS TIENEN MIEDO?
Qué es el miedo y cómo enfrentarlo. *Mónica Casarramona* 33
La respuesta más difícil. *Domenico Acconci* 35
9. LA VOLUNTAD, ESE TESORO
Modelar la voluntad sin quebrantar la autoestima. *James Dobson (h)* 37
El poder de los hábitos. *Elena G. de White* 39
¿Qué es un hábito? *Azenilto G. Brito* 39
No entiendo a la gente grande. . . *Mónica Casarramona* 40
10. LA VIDA ESPIRITUAL DE LOS HIJOS
La educación religiosa del niño. *Mónica Casarramona* .. 41
Educar para la responsabilidad. *Domenico Acconci* ... 43

PARTE IV SU HIJO ADOLESCENTE

1. UN HIJO CON VOZ Y VOTO
El preadolescente. *Mónica Casarramona* 46
Dos perfiles de la pubertad. *Victor A. Komiejczuk* 47
El adolescente: un personaje desconcertante. *Mónica Casarramona* 50
2. EL ADOLESCENTE Y SUS PADRES
Sus hijos opinan. . . ¿usted coincide? *Mónica Casarramona y Ana Lía Muro* 53
¡Esta carta es para usted! *Mónica Casarramona* 54
El adolescente y el dinero. *Mónica Casarramona* 55
Ayudemos a conquistar la autonomía. *A. Berge* 57
3. EN LAS PUERTAS DE LA UNIVERSIDAD
El problema vocacional. *Mónica Casarramona* 58
4. LA SALUD DEL ADOLESCENTE
Una educación para la salud. *Marta R. Bina Estrada* 61
5. LA VIDA AFECTIVA DEL ADOLESCENTE
Diferentes sexos pero el mismo despertar. *Mónica Casarramona* 63
Actitud de los adultos hacia el sexo. *Benjamín Spock* .. 65

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Primera edición, 1987 (20.000 ejemplares)
Primera reimposición, 1987 (35.000 ejemplares)
Segunda reimposición, 1988 (25.000 ejemplares)

Es propiedad. Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723.

ISBN 950-573-116-7

Se terminó de imprimir el 2 de febrero de 1988,
mediante el sistema offset, en los talleres gráficos de la
Asociación Casa Editora Sudamericana. Avda. San Martín 4555,
1602 Florida, Buenos Aires, Argentina.



VIDA FELIZ

Este libro coleccionable que acaba de leer es sólo una selección de los temas de la educación de la revista mensual Vida Feliz.

Para suscribirse pida información a AGES, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida Buenos Aires, Argentina.

Los hijos de la separación

Actualidad ¿Hoyá donde es el trabajo?

Nutrición La clave de la salud

Suscríbese a Vida Feliz y tenga su propia colección por adelantado.

Además...

...para casos específicos, Revistas Especiales

Estrés Drogadicción Tabaquismo Alcoholismo Alimentación

